

RUSIA

ANTE EL SEGUNDO
PLAN QUINQUENAL

césar vallejo

Primera Edición: 1965
DERECHOS ADQUIRIDOS POR
Editorial Gráfica LABOR,
Lucanas 1136, Lima.
Lima, 1965.

César Vallejo

RUSIA

ANTE EL SEGUNDO
PLAN QUINQUENAL

Nota: Este libro le es ofrecido por la biblioteca popular "Riqch'ariy, La Lectura Es La Fábrica De La Conciencia Revolucionaria" Estrictamente para uso personal. En ningún caso puede ser utilizado con fines comerciales.

Atte. Stalin Boza

PRIMERA EDICION
LIMA - PERU

UNAS PALABRAS A LA PRIMERA EDICION

A los dos primeros viajes de Vallejo a Rusia, Octubre 28 y Setiembre 29, pertenece "RUSIA EN 1931". En los primeros días de Octubre 31, Vallejo que reside en Madrid desde el 30 de diciembre de 1930, recibe del Soviet, una invitación para el Congreso Internacional de Escritores Simpatizantes. Pese a sus escrúpulos —sabemos que Vallejo no cobrará jamás subsidios del pueblo ruso, por infimos que fueran, y menos aún, si cabe declararlo, del pueblo español— él acepta la invitación por ser ésta compensada en realidad por la traducción al ruso de su novela "El Tungsteno" cuyos derechos de autor, por consecuencia del sistema económico entonces en vigencia, quedan bloqueados en la Unión Soviética.

Vallejo sale de Madrid el 11 de Octubre. Después de un viaje en ferrocarril agotador, llega el 16 a la frontera rusa. Han organizado, en plena estación, una gran recepción en honor de los delegados, y Vallejo se ve en la obligación de pronunciar un discurso que él, entusiasta y profundamente conmovido improvisa en francés.

De inmediato no puede dejar de notar el progreso sorprendente que se ha alcanzado en el aspecto exterior de la revolución en poco más de un año: la gente es visiblemente alegre y feliz; la ciudad, embellecida y reluciente. "Traigo muchas fotografías!" escribe a las 48 horas; pero llegará a Madrid sin ellas, habiéndolas extraviado.

Es a un ritmo vertiginoso que se desplaza el Congreso; los delegados pasan sus noches en el tren: único sitio y momento para que Vallejo tome notas y redacte sus impresiones —a veces inesperadas— pues en el tren de Niepostroi a Rostov, dice en una carta: "En Rusia, me doy cuenta que la tinta ha desaparecido: ¡todo el mundo escribe con lápiz!"

Después de conocer la Central eléctrica más poderosa del mundo, visita, en el Cáucaso, el kholkoz más grande de toda la Unión Soviética y allí se encuentra con Piscator, el conocido director de teatro alemán.

En este viaje Vallejo y algunos técnicos que le acompañan escapan a la muerte. Pasan debajo de una grúa que sostiene un gigantesco bloque de piedra (¿o metal?), se detienen unos instantes, observando alrededor la imponente maquinaria y reanudan su camino. No han recorrido unos escasos metros cuando se desprende el bloque de la grúa, quedando triturados no sabrá Vallejos si 3... 4 obreros!

El 25 de Octubre, llegan los delegados a Voronev. Vallejo decide separarse de la delegación que prosigue hasta los Urales. Regresa a Moscú donde completa su documentación, y después de dos días de entrevistas con miembros de Comités y Oficinas de Relaciones Culturales toma el tren de regreso a España. Recorre de un solo trecho el trayecto Moscú-Madrid, que en esa época requiere cinco días de ferrocarril.

Apenas en Madrid, se pone a escribir afiebradamente "RUSIA ANTE EL SEGUNDO PLAN QUINQUENAL", que termina en menos de dos meses,

dejando además muchas notas sin aprovechar, tal es el material recogido en el curso del más extenuante viaje que haya emprendido Vallejo. La extensión de lo recorrido y la visión de una realidad inagotable le permiten lograr un estudio de innumerables aspectos. Sin embargo, él no se dispersa en superficiales detalles turísticos. En forma concisa, metódica y rigurosa nos habla estrictamente de los problemas inmediatos, esenciales, entrañables de la sociedad humana: la servidumbre, el régimen alimenticio, el frío en relación al confort y el confort en el futuro, la forma de vestir sin omitir el reciente maquillaje, la vida familiar la mano de obra, los accidentes de trabajo, los salarios, la locomoción, la higiene, la nueva arquitectura, la cultura entre los obreros, la mujer en la economía nacional, etc.

Antes de su partida a Rusia, Vallejo había recibido de la Editorial Teivos de Madrid, una promesa de publicación de su segundo reportaje sobre la Unión Soviética. Terminado el libro, el editor se retracta, negándose inclusive a leerlo. También lo rechaza "Ulises", el editor —un año y meses antes— de "Rusia en 1931", cuyo fulminante éxito no se pudo comparar sino con el de "Sin novedad en el frente" de Remarque.

Pese al tiempo transcurrido, no puede quedar inadvertida la singular actualidad de este libro, escrito 34 años atrás!

Σωζης Π. x Vallejo

RUSIA ANTE EL SEGUNDO PLAN QUINQUENAL

I

Estaciones del Soviet
¿Quiénes mandan y quiénes obedecen?
¿Existen los sirvientes en Rusia?
El sirviente a través de la historia.
El sirviente en la sociedad burguesa.
El "sirviente" en la sociedad soviética.
Teoría dialéctica del confort.
El confort actual en Rusia.
Reportaje al "criado" de un hotel soviético.
Polémica entre Losorsky y su "sirviente".
Elegancia proletaria.
Moscú nocturno.
Régimen alimenticio.
La vida familiar.
Examen de un niño de siete años.
La comida y la revolución.

La "soirée" de una madre.
¿Cuál es, compañero, el ideal de su vida?

Maquillaje burgués y maquillaje proletario.

¿Qué es el Club Obrero?

Una velada revolucionaria.
La oratoria de un carretero.
Los obreros discuten sobre literatura.
El arte y la revolución.

El paisaje mecánico.
Un equipo de obreras en el Niéper.
La dialéctica y la mano de obra.
La mujer en la economía burguesa y en la economía rusa.

Rendimiento del trabajo.
Destino dialéctico de la mano de obra.
Accidentes del trabajo socialista.
El frío y el confort del porvenir.

II

La central eléctrica más poderosa del mundo.
Cómo come el obrero soviético.
El régimen alimenticio según los trabajos.
La emoción artística y técnica.
El fuego pasional y racional.

El espíritu bolchevique entre las masas.
En una liga atea.
Amor clasista y amor revolucionario.
La vida familiar.

Algunos tipos sociales de mujer.
El pequeño socialismo.
Una extraña escritora bolchevique.
Literatura y burocracia.
Revelaciones trascendentales.

Tipos individuales interinos y propios de la crisis
de crecimiento socialista.

La verdad sobre la situación de Rusia.

Advenimiento de la ciudad socialista.
La nueva arquitectura.
La masa libre y fraternal.
Higiene, locomoción, deporte.
Patriotismo horizontal.
Jerarquía de comodidades.
¿Es justa esta jerarquía?
Jerarquía económica capitalista.
La cuestión de los salarios.
¿Standard socialista y standard socialista?
Contradicción y justicia dialéctica.

I

ESTACIONES DEL SOVIET

Al entrar en la estación de Niegoreloje —primera del Soviet, después de la frontera polaca—, aparecen en los andenes y en las puertas de las oficinas ferroviarias, numerosas personas, a ver la llegada del tren internacional. ¿Quiénes son las gentes que se ven en las estaciones ferroviarias del territorio soviético? ¿Qué hacen en las estaciones y de dónde vienen y a dónde van? Niegoreloje, Minsk, Moscú, Leningrado, Kharkov, Voroniek, Rostov, Samara, Tcheliabinski... ¿Hay diferencia alguna entre el público de estas estaciones y el de Bordeaux, París, Londres, Génova, Dresde, Budapest, San Sebastián? Sí. Existen importantes diferencias.

El público de las estaciones capitalistas está integrado por tres clases de personas: los que trabajan en la estación, los viajeros y los paseantes

o desocupados, que van a despedir o a recibir a sus conocidos o que, simplemente, se entretienen en matar el tiempo. El público de las estaciones rusas no contiene elementos de la tercera categoría. No hay en tales estaciones paseantes ni desocupados. Todos son ahí trabajadores o viajeros que parten o que llegan.

En las estaciones capitalistas se ven dos clases de indumentaria: la elegante o, al menos, decente de los ricos y de los altos empleados del ferrocarril, y la mísera y hasta haraposa de los pobres y de los obreros ferroviarios. En las estaciones soviéticas no se ve sino una sola y única vestimenta: la sumaria, pero limpia y decente, en medio de su burda sencillez, de todos los circunstantes.

En las estaciones capitalistas se oyen dos tonos de voz humana: el tono vigoroso, altivo y de mando, de unos cuantos, y el tono bajo, humillado y de esclavo, de la mayoría. El primero parte de la boca del viajero de "pullman" y del alto funcionario de la estación y hasta del simple capataz o vigilante de los trabajadores inferiores; el segundo parte de la boca de estos últimos. En las estaciones soviéticas no se oye sino un solo tono de voz humana: el tranquilo, fraternal y libre, de los trabajadores.

En las estaciones capitalistas, la gente obra y se mueve de dos modos: por curvas y en plano horizontal, los que mandan; por zigzags agudos (una ava parte del cuadrante) y en plano inclinado, los que obedecen. ¿Os habéis detenido a comparar alguna vez las actitudes y movimientos de los que mandan, con las actitudes y movimientos de los que obedecen, situando este espectáculo en

el terreno de la geometría del espacio? Es indudable que la plástica cubista responde, en cierta medida y sentido, a la preponderancia, como número y como peso histórico, del proletariado, o sea de los que obedecen, en los destinos capitalistas de la sociedad.

En las estaciones soviéticas, la totalidad de las gentes obra y se mueve por zigzags y en plano horizontal. Aquí han desaparecido las curvas y los planos inclinados. En otros términos, no hay aquí ni redondos mandones, ni esclavos a pico. En cada trabajador, hay, por lo general, un hombre que manda y obedece, a un mismo tiempo. Nadie manda únicamente, ni obedece únicamente. La plástica cubista, en régimen soviético, resulta, por esto, trasnochada o, con mayor justeza, derogada.

¿QUIENES MANDAN Y QUIENES OBEDECEN?

Pero los domésticos, ¿existen o no existen en Rusia? ¿Cada cual se sirve a sí mismo? ¿Cada cual se sirve su plato, come y se lo lleva a devolver? ¿Cada cual asea su habitación, vacía su vaso de noche y hace su cama? ¿Stalin se sirve a sí mismo su taza de café? ¿Molotov barre él mismo y friega su dormitorio? Todas estas preguntas se hacen millares de personas en el extranjero, amigos o enemigos de la revolución social. Suelen estos últimos añadir fatídicamente:

—Porque, de subsistir en Rusia los sirvientes, subsistirán, forzosamente, los patronos o señores, a quienes sirven aquéllos, y, en este caso, la revolución nos deja en las mismas en que estamos con el capitalismo.

Aunque percibimos de sobra la segunda intención que se esconde y espía detrás de esta pregun-

ta, y aunque, de otra parte, comprendemos hasta qué punto es bisonía la curiosidad de los simpatizantes del Soviet —muchos de los cuales son obreros y campesinos ilusos—, vamos a responder a unos y otros, contándoles, a grandes rasgos, lo que hemos visto y observado a este respecto en Rusia, convencidos como estamos de que así contribuimos a aclarar uno de los aspectos de la vida soviética, que más vivo interés documental ofrece al que lo ignora.

La revolución bolchevique ha cambiado el contenido social de la obediencia, de una parte, y, de otra, ha quitado a la obediencia el carácter clasista que ella tiene dentro de la sociedad capitalista, socializándola en extensión, es decir, universalizándola.

El individuo obedece, en el régimen burgués, constreñido por disciplinas impuestas de afuera a adentro y en abierta discrepancia con su razón y con las necesidades históricas y humanas de su propia naturaleza. En el orden soviético, el individuo obedece también por disciplinas impuestas de afuera a adentro, pero fundadas en la razón y destinadas a satisfacer dichas necesidades. Esto se puede comprobar comparando el sentido ascendente de la vida cotidiana de los trabajadores soviéticos, con la debacle de la vida de los trabajadores en el orden capitalista. Además, hay aquí el factor orientación de esas disciplinas. En Rusia, la dictadura proletaria y hasta el Estado, son provisorios y tienden a destruirse a sí mismos, junto con todas las normas de fuerza que les son propias. En los países capitalistas, el Estado tiende, por el contrario, a robustecerse y a hacer más du-

ras y dictatoriales tales normas. Nadie puede, sin duda, negar que, hace diez o quince años, la dictadura era mucho más rígida en Rusia, cuando el Estado francés o yanqui, por ejemplo, eran más liberales. Mientras el Estado soviético tiende a suavizar sus normas de gobierno, aflojando cada vez más la rienda a la acción del individuo, los Estados capitalistas se hacen, por el contrario, más dictatoriales, se fascistizan. Se ha llegado ya a reclamar dictador para todos los países capitalistas, cuando no lo hay ya de hecho.

El acto social de la obediencia, en el orden burgués, lo ejerce y practica únicamente una capa o clase social, es decir, es clasista. La clase que obedece y se somete es la de los trabajadores; la que es obedecida y a la que se somete la anterior, es el patronato o clase capitalista. La obediencia supone, en este caso, jerarquía social. Más todavía, el acto de obedecer se realiza piramidalmente y de abajo a arriba: la clase más numerosa, la masa, la base de la pirámide, es la que obedece; la clase de unos cuantos, los patronos, la cúspide, es la obedecida. Esta es una pirámide en que se hallan invertidos o en que se pretende invertir, contra la ley de la pesantez y de la gravitación universal, los términos arquitectónicos de toda construcción. En efecto: en el orden normal de las cosas, es la base o el cimiento, lo que determina e impone las formas que han de añadirse o edificarse sobre ellos, y son éstas últimas (muros, techos, torres) las que dependen y obedecen, al ser edificadas, a la base o cimiento de la construcción. No cabe duda que un cimiento de argamasa *impone* unos muros y techos ligeros y *prohíbe* que éstos sean

de piedra o de cemento armado. Hasta biológicamente, la flor, el tallo, las hojas del vegetal obedecen a la raíz.

En la sociedad soviética, el acto social de obediencia lo ejercen y practican todos los individuos, es decir, se ha universalizado, es socialista. Todos obedecen a todos. La obediencia, en este caso, supone igualdad social. El acto de obedecer se realiza horizontalmente y en un solo plano: el democrático.

Esta democracia social se refleja actualmente en la vida del propio partido comunista ruso. El "centralismo jerárquico" pre-revolucionario, ha pasado a la historia. Las condiciones sociales de Rusia han cambiado, haciéndolo innecesario. Lenin decía, en 1904: "Los bolcheviques estamos por la democracia, pero solamente cuando ella sea realmente posible. Hoy, la democracia sería una necesidad. Bajo la autocracia zarista, con sus represiones feroces, implantar la democracia en el partido, equivaldría a facilitar al zarismo la destrucción de nuestra organización". La democracia no es, efectivamente, posible, si no goza de las garantías necesarias para manifestarse. La revolución, primero y, después, el nacimiento y consolidación creciente de los derechos del trabajador, han creado en Rusia dichas garantías y, en la actualidad, la democracia proletaria no sólo es ya posible, sino que es un hecho concreto necesario para el desarrollo socialista del país.

En la vida soviética ha caído, pues, la pirámide burguesa y, con sus materiales, se ha edificado una vasta y única mesa redonda, en la que los puntos de la circunferencia son de tal igualdad

en altura, que no es posible establecer entre ellos ninguna jerarquía vertical. El edificio social se sostiene aquí, no ya de arriba a abajo, ni de abajo a arriba, sino codeándose y hombreándose, paralela y recíprocamente, los diversos elementos colectivos e individuales, que lo integran (¿Os acordáis del modo constructivo de los arcos según el cual los ladrillos carecen de sostén en medio de la puerta, y sólo se mantienen suspendidos, apoyándose concéntricamente los unos en los otros?). En la sociedad soviética, nadie se apoya unilateralmente en nadie. (Este fenómeno de apoyarse un sector social, una clase social o un individuo en otro sector, en otra clase o en otro individuo, de manera unilateral, es decir, apoyándose únicamente, pero sin dejar que los otros se apoyen en ellos, es lo que biológicamente se llama parasitismo). En el mundo soviético todos se apoyan en todos. Los individuos, repito, se desarrollan y viven en círculo y no pisando unos sobre otros.

Los que obedecen no han desaparecido, pues, en Rusia. El acto social de la obediencia subsiste en la vida soviética. Y, no solamente subsiste, sino que se ha depurado y extendido, haciéndose una norma justa y universal, de todos los componentes de la colectividad.

¿EXISTEN LOS SIRVIENTES EN RUSIA?

Una de las formas de obediencia social, de más visible y elemental aparatosidad a los ojos de los transeúntes, la constituye y la ha constituido siempre —en todas las sociedades y épocas—, la servidumbre doméstica. ¿Por qué? Simplemente, porque es observando las relaciones sociales entre sirvientes y patrones, cómo el hombre se da cuenta con mayor claridad de que en la vida colectiva hay unos que se someten y obedecen, y otros a quienes los primeros prestan dicha sumisión y dicha obediencia. El espectáculo de un hombre que limpia el calzado a otro, resume y sintetiza la desigualdad social de los individuos y el orden jerárquico vertical de los distintos sectores de la sociedad. Y, naturalmente, cada vez que hay una revolución social, destinada a establecer la igualdad de los hombres, la gente se pregunta, con ma-

licia los escépticos o interesados en mantener la desigualdad social, y con ingenuidad los que esperan y luchan por la igualdad:

—¿Ha suprimido la revolución a los sirvientes?

—No y sí los ha suprimido. En Rusia, todos son sirvientes o nadie es sirviente de nadie.

Particularizando el acto social de obediencia al rol de los sirvientes, todo lo que hemos expuesto genéricamente con relación a aquél, concierne a estos últimos y explica su posición en la sociedad soviética. Pero, examinemos, transcribiendo, objetiva e imparcialmente, lo que hemos visto en Rusia, qué es un sirviente en la U.R.S.S., cuáles son su función y valor sociales y cuál es su destino individual y colectivo.

Entre los diversos tipos de "sirvientes" (como podrá ir dándose cuenta el lector, la palabra "sirviente" ha cambiado a tal extremo su contenido social en Rusia, que ya no es la misma que se emplea en el mundo burgués. Hasta puede decirse que no tiene ya razón de existir. La verdadera palabra es camarada. Sin embargo, y sólo para mayor claridad, seguiremos empleándola entre comillas), decía que entre los diversos tipos de "sirvientes" con los que hemos tenido que ver en Rusia, hemos escogido uno como campo especial de observación y estudio: un "sirviente" del Hotel Europa de Moscú.

A las nueve de la mañana, he penetrado al Hotel Europa, con mi maleta a la mano. Me dirijo a la administración del establecimiento. En Rusia,

la revolución ha suprimido la noción y el papel de "administrador" y "gerente", reemplazándolos por el de director. Se dice: director de fábrica, de hotel, de kolkoz o de restorán. Concluído el acuerdo del caso, para mi permanencia en el hotel, el director llama a un "sirviente". Este es un hombre que, desde que llegué al hotel, ha permanecido de pie, a unos pasos del director, atento a las miradas y movimientos de este último. Tanto el del "Europa" —uno de los mejores hoteles de Moscú— como los demás "sirvientes" que he visto en los muchos restaurantes y hoteles por los que he pasado en el inmenso territorio ruso, visten, dentro de su trabajo, un traje limpio, decente y sin "botones", ni librea. Nada que les humille, ni que los ridiculice. Ningún sentimiento de inferioridad personal respecto del director; ningún temor, ningún gesto servil. Cuando me vio entrar al local, permaneció tranquilo, en su mismo sitio. Ni carreras de perro ante la pitanza de la propina que se anuncia, ni solicitud ni esmero aparatosos del que lo que busca, en el fondo de estas muecas, no es sino granjearse el favor del amo de la casa. La propina está en Rusia suprimida; los amos y los intereses de los amos, también suprimidos.

La voz y el gesto con que el director llama al "sirviente", están despojados de la soberbia militar, del aire superior y de la crueldad fanfarrona con que dan sus órdenes los patrones y empleados burgueses a sus sirvientes. El "sirviente" ruso acude a la llamada con entusiasmo, que no con la adulación del sirviente en la sociedad capitalista. Un diálogo rápido y cordial tiene lugar entre el director y el "sirviente". Cuántas veces he con-

templado en Rusia idéntico trato recíproco de igualdad y fraternidad vivientes (éstas no son naturalmente las de 'a Revolución Francesa), entre un director, un ingeniero, un sabio, un poeta, de una parte, y un "sirviente", de la otra! Una de las primeras cosas que llaman instantáneamente la atención, apenas se llega a Rusia, es, sin duda, la suerte de relaciones sociales entre los "sirvientes" y los otros individuos. El plano de igualdad es aquí absoluto, de una evidencia fulminante y que no admite dudas. La mayoría de las veces, esta igualdad se traduce por un tuteo familiar entre la persona servida y el que sirve. El respeto es recíproco; la cordialidad, mutua. No hay más que entrar a una cooperativa, a un taller, a una oficina, a una casa cualquiera, para convencerse en el acto de esta igualdad que, no por ser circunstancial y de primer plano, no es menos impresionante y significativa.

EL SIRVIENTE A TRAVES DE LA HISTORIA

Esta igualdad en el trato social responde, por cierto, a una transformación profunda de la estructura económica. Nunca en la Historia, desde que existe la sociedad clasista, se habían equilibrado con tal rigor las posiciones sociales de la persona servida y del sirviente. Entre el amo y su esclavo, entre el señor y su siervo, entre el caballero y su lacayo, entre el patrón y su sirviente, las relaciones han ido, ciertamente, equilibrándose a través de los siglos, con un ritmo lento, evolutivo y, a lo sumo, convulso y hasta bonascoso. Sin embargo, comparando la situación del sirviente o doméstico de Citroen y de Morgan, con la situación de un esclavo de Petronio o de un tetrarca antiguo, se advierte un cambio más de forma que de fondo. No goza, sin duda, Citroen, del derecho de propiedad romano sobre su sirviente, conside-

rado éste como una cosa, pero el doméstico depende económicamente de su patrón a tal extremo, que en suma, su vida está suspensa de la voluntad de Citroen, tan omnívota, en este punto, como la de Nerón. Un capricho de éste, un rato de mal humor o una simple gana deportiva de hacer algo, puede trastornar por completo o echar por tierra la situación económica del sirviente y hasta su existencia misma.

¿Y los seguros sociales? —preguntaréis— ¿Y la asistencia del Estado?

Formulad estas preguntas a los millones de desocupados y hambrientos de Alemania, Inglaterra, Estados Unidos. Ellos os responderán hasta qué punto son ilusorios tales seguros y tal asistencia del Estado.

EL SIRVIENTE EN LA SOCIEDAD BURGUESA

Se puede, pues, sostener, en primer lugar, que un cierto "derecho de propiedad", disfrazado, tácito, indirecto, pero real y efectivo, se oculta, en estado latente, en el patrón actual respecto de su sirviente. En segundo lugar, este "derecho de propiedad" se especifica prácticamente en una serie de formas subjetivas de relación cotidiana entre uno y otro, que expresan la clase de vínculo económico que los une. Así, por ejemplo, el patrón cree haber hecho un favor al sirviente o haberle concedido una gracia extraordinaria, tomándole a su servicio y éste, a su vez, tiene la idea de haber caído en deuda de gratitud respecto a su patrón, por el mismo motivo. Semejante idea en el patrón y en el sirviente, tiene un peso decisivo en sus re-

laciones de toda índole: económicas, morales y hasta políticas. El hecho original de tomar a un hombre a su servicio, le acuerda al que lo toma, instantánea y consciente o inconscientemente, una condición de acreedor, con toda la corte de prerrogativas, privilegios, honores y fueros especiales, que la sociedad capitalista y sus códigos, confieren a dicha condición. Correlativamente, a partir de este momento, el sirviente se coloca respecto de su patrón, en una posición de deudor, es decir, de inferioridad absoluta. De otro lado y más adelante, esta inferioridad se acentúa a causa del género de ocupación a que se dedica, dentro de la casa, el sirviente. En concepto burgués, los trabajos se dividen en superiores e inferiores. Entre éstos figura el hacer el aseo, los recados, servir a la mesa, los actos de fuerza física, etc. Luego, viene la "inferioridad cultural" en que se ve el sirviente respecto al patrón. Después, es la estimación social y el respeto general de que disfrute y que influyen sobre su criado. En fin, aludamos al sobresalto diario en que vive el sirviente, despojado como se ve de toda garantía de seguridad y de permanencia en su trabajo. De sobra sabe que, de un momento a otro y sin ninguna explicación o justificación por parte del patrón, se le puede echar a la calle.

El resultado de todos estos factores y circunstancias sociales, es el "*complejo de inferioridad*" integral en que se debate el sirviente, en el orden burgués, respecto de su patrón y del resto de la sociedad.

EL "SIRVIENTE" EN LA SOCIEDAD SOVIETICA

En la sociedad soviética se han transformado de raíz las bases económicas de semejante situación.

Los sujetos contratantes de la locación de este servicio, no son los mismos que en el derecho burgués. Aquí son dos individuos, obrando y contrayendo obligaciones por cuenta propia y particular y para fines personales; en el derecho soviético son dos agentes de la colectividad obrando y contrayendo obligaciones por cuenta de ésta y para fines sociales. Conviene tener presente que el sistema soviético continúa hasta hoy estructurado sobre la base del comunismo de Estado. Este sigue jugando el papel de único propietario y administrador de los intereses colectivos. Ciertamente es

que dentro del Estado los sindicatos, trusts, cooperativas, sovkoz, kolkoz, arteles, etc., tienden a constituirse rápidamente en organismos económicos sustantivos e independientes del Estado, habiendo llegado ya muchos de ellos, particularmente en el orden agrario, a una independencia, por decirlo así, total. Esto es y debe ser el destino de todas las actividades e intereses sociales: liberarse del Estado, haciéndolo día a día menos necesario, hasta su desaparición absoluta. Sin embargo, detrás de cada uno de sus organismos vigila aún el Estado Proletario y esto seguirá siendo así, mientras vayan capacitándose tales núcleos económicos para bastarse a sí mismos y mientras las condiciones de la economía general vayan suscitando las formas prácticamente colectivas del orden social.

Por eso y para simplificar los términos de mi reportaje, me ha parecido necesario, cada vez que se trata del interés colectivo ruso, tomar al Estado como el personero general —que lo es, en realidad—, de la cosa social. No es el funcionario o administrador de los intereses del Estado soviético (el director de un hotel, verbigracia), la persona servida, sino la comunidad; y, correlativamente, no es el “sirviente”, considerado aisladamente como individuo, el que sirve, sino la propia comunidad, de la cual aquél no es sino un miembro orgánico, una parte íntima, viviente, entrañable y solidaria. Es, en una palabra, la sociedad que se sirve a sí misma.

El salario, el trabajo, etc., no son como acontece en el derecho burgués, propiedad particular de ninguno de ellos, independiente de la colec-

tividad y de la cual, éstos son libres de disponer a su entero arbitrio, sino que constituyen parte integrante del patrimonio económico social, de la que no pueden aquéllos disponer sino en los términos, forma y medida que determine la colectividad y bajo su control inapelable. En tal virtud, la fijación del monto del salario no depende de la voluntad, gana o capricho individual del agente que toma los servicios, como sucede en los contratos de este género en el mundo capitalista, sino que depende del equilibrio económico colectivo en el cual está contemplado y pesa el propio interés individual del “sirviente”, que, a la postre, no es más que el mismo interés social, visto de espaldas. Del mismo modo, la cantidad y alcance económicos de los servicios del “sirviente”, son determinados y prestados no ya con arreglo a un regateo menudo y particular del “sirviente” y del director del hotel, sino con arreglo a las necesidades colectivas del momento. Es, naturalmente, necesario que uno y otro posean, en esta cuestión, como en las otras concernientes al papel que juegan socialmente, una consciencia más o menos clara de este rol.

Habiendo sido abolida la propiedad privada en Rusia, desaparece automáticamente cada especie de “derecho de propiedad”, disfrazado, tácito, indirecto, pero real y efectivo, que duerme, oculto y latente, en el patrón burgués respecto de su sirviente, así como también las manifestaciones y formas específicas con que, en las relaciones diarias, se patentiza aquel derecho sordo y embosado.

Cuando el Estado soviético toma a su servicio a un "criado", no lo hace como el que concede una gracia o acuerda un favor particular al "sirviente", ni éste tiene tampoco semejante idea. Uno y otro contratante ajustan sus obligaciones, obedeciendo, económicamente, a las necesidades colectivas, que no pueden dejar de satisfacerse.

Esta es otra de las importantes diferencias entre los actos de derecho burgués o individualista y los de derecho soviético o colectivista. Las necesidades a cuya satisfacción se destinan los contratos, carecen con frecuencia, en el orden capitalista, del carácter inexorable con que se plantean en el orden soviético. Allá, un individuo que necesita un sirviente, puede, en muchos casos, pasarse de éste, mientras que aquí la necesidad de un "sirviente" o de cualquier otro trabajador, es casi fatal. ¿Por qué? Simplemente, porque en el primer caso, la necesidad se crea casi siempre —y no exageramos—, por capricho o apetito afectivo, nervioso o medular, arbitrario y, en cierto modo, "libre" del individuo o de la institución esencialmente individualista, de que se trata en cada caso, mientras que, en el mundo soviético, la necesidad nace siempre de un juego de fuerzas e intereses determinado por potenciales colectivos coordinados y que no es posible romper o contrariar sino rompiendo la armonía racional y el equilibrio vital de la sociedad. En el orden burgués, sí pueden no ser satisfechas tales o cuales necesidades de individuos o instituciones. La arbitrariedad (en léxico burgués, libertad) va en la sociedad capitalista hasta atentar contra necesidades justas y elementales. Un indi-

viduo puede, a su arbitrio, dejar de alimentarse durante el tiempo que quiera, y si contrae una enfermedad por esta causa, a ningún Estado burgués se le ocurriría señalarle, por este concepto, como a un delincuente.

En el orden soviético, las necesidades, por ser de origen racional y por encarnar formas esenciales de la vida colectiva —impostergables e insustituibles—, se cumplen y se satisfacen irrefragablemente.

No es, en Rusia, del resorte individual y privado de nadie, romper o rescindir arbitrariamente el contrato de locación de servicios. Si los intereses sociales exigen la rescisión o terminación de ambas obligaciones, no teme el "sirviente" caer en el arroyo y en la miseria, por falta de trabajo. Aquí, nos encontramos con que el "patrón" tiene tanto interés por la suerte económica personal del "sirviente", como éste mismo. Correlativamente, el "sirviente" no escamotea sus obligaciones, porque los intereses del "patrón" son los suyos propios personales.

En suma, y en buena cuenta, el "patrón" se paga a sí mismo en la persona del "sirviente" y éste, a su turno, se sirve a sí mismo, en la persona del "patrón". Ambos, como hemos dicho, no son sino agentes de la colectividad y sus funciones no son más que aspectos de la total actividad social.

Pero llegamos aquí a un punto, que es menester detenerse a examinar de manera más detallada, para apreciar mejor la suerte de relaciones sociales que dominan en Rusia entre el "patrón" (el Estado) y el sirviente. Este punto se refiere

a la existencia misma del "sirviente" como sujeto de producción y consumo dentro de la economía soviética y a su productividad.

Dentro de la concepción soviética de la economía, el trabajador y el consumidor son productos genuinos y directos del proceso económico colectivo. La función genésica no es, como en la sociedad capitalista, la manifestación de un capricho más o menos "libre", refragable, del individuo, sino un verdadero acto económico necesario y colectivo, una operación fundamental de la producción impuesta por necesidades profundas y plurales del proceso económico y destinada, igualmente, a incrementar el bienestar material y moral del todo colectivo. La presencia de un individuo en la sociedad ha sido, pues, determinada por fuerzas y necesidades de esta misma sociedad, a la cual él sirve y de la cual él vive. En el mundo burgués y, en general, en toda sociedad basada en la división de clases, el sirviente viene al patrón, como un ente extraño por entero a éste, como un sujeto caído de otro planeta. El patrón se imagina no estar ligado para nada a los antecedentes sociales del sirviente, ni mucho menos, desde luego, a las causas de la existencia de éste en la sociedad. Su posición frente a ese trabajador, tiene que ser en consecuencia, la de un hombre que no se interesa en lo menor en el destino social de éste, mientras que en Rusia el "patrón" (léase, repito, el Estado) recibe al "sirviente" como a un hijo suyo, salido de sus brazos y cuyo destino le atañe entrañablemente y no ya, por sensiblera y arbitraria generosidad, como imaginarían los profesores

y filántropos burgueses, sino por acto racional y por conveniencia científica y objetiva de la economía colectiva. Esta diferencia entre uno y otro mundo, explica luego otras tantas, relativas a la misma cuestión, tales como la absurda y monstruosa posición del patrón capitalista, según la cual desearía —si lo pudiera—, que su "sirviente" fuese únicamente sujeto de producción y sólo en mínima proporción, sujeto de consumo: en otros términos, aquél querría que el sirviente trabajase día y noche y no comiese nunca. Si Ford aumentó, en cierto momento, el salario de sus obreros, lo hizo movido por un interés particular de su negocio, por un apetito de especulación individual. Lo que buscaba con ello no era, ciertamente, mejorar la situación del trabajador —que comiera y bebiera bien, que descansase más, que cultivase mejor su espíritu y su cuerpo—, ni impulsar la economía colectiva —haciendo que ganen más el fabricante de zapatos, de telas, el de papel, etc.—, sino simple y exclusivamente, vender más automóviles, desarrollar sus fábricas y aumentar sus utilidades. Pero otra es la posición del "patrón" (léase siempre Estado) en Rusia. Los aumentos de salarios se hacen, para mejorar la situación del trabajador, y, consecuentemente, para impulsar la economía general, pues la vida del individuo y la de la sociedad están inseparablemente solidarizadas, como anverso y reverso de una medalla y el destino de la una depende del de la otra y viceversa.

Esto no es todo. La capacidad productiva del "sirviente", grande o pequeña, está, asimismo, determinada, en concepto soviético, por el proceso

social de la producción. Si el "sirviente" produce como cien, el mérito es, en mucho, del ambiente colectivo, y si produce como uno, culpa es también, en gran parte, de la sociedad. Siendo el trabajo del "sirviente", en Rusia, como en el mundo burgués, el de mano de obra, no se le cotiza allí, sin embargo, con salarios abusivos e irrisorios, que ocultan en el patrón burgués, además de su sed de provecho, una especie de oscura sanción de castigo al individuo desprovisto de especialidad, por el delito o pecado de no saber un oficio. Si este trabajador carece de especialidad, no es esto, en efecto, culpa suya, sino de la colectividad. De otra parte, en Rusia, y por estas mismas razones, el género de servicios del "criado", no tiene nada de inferior, socialmente considerado. Todos los trabajos —ha dicho Montesquieu—, son igualmente dignos. Lo que hay, a lo sumo, en las labores del "sirviente", es una inferioridad material, que se traduce por las condiciones antihigiénicas en que ellas se realizan y que tienen su explicación en el atraso de la técnica del trabajo. Pero no se trata aquí de una inferioridad social ni permanente o casi congénita del "sirviente", como creen estúpidamente los patrones burgueses. El progreso de la técnica está redimiendo día a día a la mano de obra, de su inferioridad material. Un tiempo va a llegar, y ha llegado ya, en que el calzado o el retrete, será un acto tan limpio y pulcro, como escribir o leer. En Rusia y en los Estados Unidos, gran parte de los trabajos de limpieza doméstica se llevan a cabo por medio de aparatos y máquinas especiales. El papel del "sirviente" se circunscribe al

manejo de estos aparatos, acto al que la técnica ha despojado de todo asomo antihigiénico o insalubre. La mano de obra y, en este caso, el "sirviente" ejecuta, pues, un trabajo tan digno como el que ejecuta un ministro o un poeta y, en Rusia, el "criado" del Hotel Europa es, desde este punto de vista, absolutamente igual a Stalin o a Kalinin. A esto hay que añadir que esta igualdad social ante el trabajo, determina en Rusia la igualdad *bien entendida* en todos los demás terrenos de la vida. En efecto, el hecho de que Molotov trabaje como Presidente del Consejo de los Comisarios del Pueblo, no le coloca en una jerarquía superior a la del camarada que trabaja sirviéndole a la mesa. Entre uno y otro, apenas hay una *diferencia de labores* mas, de ninguna manera, una *desigualdad de situación social*. Esta dilucidación es de gran importancia. Sus papeles sociales son distintos, pero no desiguales. No hay que confundir las nociones de identidad y de igualdad, ni las realidades que ellas expresan. Molotov no es socialmente idéntico al camarada que le sirve el desayuno, mas es socialmente igual a él. La igualdad, no solamente no es incompatible con la diferencia social, sino que la supone y se apoya en ella. La igualdad no es posible sin la diferencia entre los individuos que son iguales. Pero esta diferencia es y debe ser, para que haya igualdad, una diferencia horizontal y no vertical. Molotov no ocupa, ciertamente, idéntico sitio social que el "sirviente", pero tampoco se halla situado más arriba, ni más abajo, sino únicamente más allá o más acá, dentro del gran círculo horizontal en que se apoya

la vida social soviética. Me parece que esto es de una claridad elemental y meridiana.

El "sirviente" no ve, pues, en Rusia, en la persona a la que sirve, a un superior suyo, considerados ambos socialmente. Hasta por lo que toca a la cultura, el "criado" sabe que, en el actual momento social de Rusia, la diferencia de trabajos, impuesta por la técnica de producción exige que unos individuos hagan labores materiales y otros intelectuales, y que la razón y las conveniencias colectivas, así como el determinismo de la historia, le han acordado a él, por ahora, las primeras. Para aceptar y, más aún, reclamar, espontánea y alegremente, tales labores, menester es, sin duda, tener una conciencia clara de lo que uno puede y debe realizar en la sociedad. No toda la mano de obra tiene hoy en Rusia esa conciencia, pero la tiene la mayoría y muchos, a medias. Esta conciencia va extendiéndose y ahondándose rápidamente.

Como se ve, ha sido necesario, como decíamos antes, transformar de raíz la estructura económica y las relaciones de la producción en Rusia, para obtener un nuevo equilibrio social entre el "patrón" y el "sirviente", según el cual los derechos y obligaciones de ambos, se desenvuelven y se ejercen dentro de un riguroso pie de igualdad y fraternidad realmente democráticas.

TEORIA DIALECTICA DEL CONFORT

El "sirviente" del Hotel Europa toma mis maletas y las sube a mi habitación, que se halla en el segundo piso. No hay ascensores en Rusia, sino en muy contadas casas: en el Gran Hotel y en el Metropol de Moscú y en el Hotel Europa de Leningrado. En provincias, no existe el ascensor. Así, pues, el "sirviente" echa al hombro los bagajes y los desciende de la misma manera. En general, todos los trabajos que exigen mucha fuerza y que, en los hoteles de las urbes capitalistas, por electricidad, se ejecutan en Rusia a brazo de hombre.

—¡Atraso! —exclaman los enemigos del Soviet—. ¿Cómo pretende entonces Rusia estar a la cabeza del mundo?

—En efecto. Es un atraso. La ausencia de ascensores, de automóviles suficientes y otros ele-

mentos de confort moderno, denuncian, en este dominio, la frugalidad casi primitiva, de la vida en Rusia. Pero examinemos más de cerca la cuestión y tratemos de ver el alcance y la significación dialécticos del fenómeno, en función del proceso económico integral.

Primeramente, recordemos el principio económico según el cual el confort como expresión se realizan valiéndose de aparatos mecánicos y na de un standard de vida igualmente sano y equilibrado, debe seguir paso a paso el ritmo y las modalidades generales del proceso económico. El confort se sujeta o debe sujetarse, para no degenerar en lujo o en cualquiera otra forma de prodigalidad, al juego de necesidades vigentes de la producción. El confort procede de este juego de necesidades y su destino no es otro que el de satisfacerlas, siempre en función de los fines económicos de la colectividad y del individuo. Contrariamente a lo que piensan los sociólogos capitalistas, el confort no es una cosa inútil o adjetiva sin contenido ni trascendencia positiva dentro de la producción, y del cual se puede prescindir a voluntad e independientemente de las necesidades estrictamente técnicas de la economía. No. El confort es uno de los aspectos sustantivos y, según los momentos, necesarios de la producción, cuyas exigencias impiden suprimirlo o establecerlo a voluntad y sin contemplar tales necesidades. El renglón de gastos destinados al confort en una casa o en un taller, debe, en consecuencia, basarse y concebirse ciñéndose a los datos, exigencias y posibilidades del proceso entero de la producción o economía de esa casa o de ese

taller y con el fin exclusivo de servir al mayor equilibrio e incremento de dicha economía. Cuando el confort en cualquiera de sus formas, no es así concebido, degenera en lacra o absceso económico, en elemento negativo, antisocial y decadente de la colectividad.

El problema se reduce a establecer, en cada período social, el grado de confort que exige y permite el momento de la producción. No es cuestión de juzgar con demasiado simplismo las cosas, atribuyendo, por ejemplo, a la ausencia de confort o a su existencia, tales o cuales valores sintomáticos de progreso o atraso social. La simple falta de confort no revela nada por sí sola. Menester es analizar si esta falta de confort responde o no responde, en el terreno de la producción —que es el fundamental de la vida social—, a las condiciones, necesidades y posibilidades del proceso económico en marcha.

EL CONFORT ACTUAL EN RUSIA

Sabido es que la sociedad socialista es planta que requiere, para nacer y crecer, un vasto y profundo desarrollo industrial, una avanzada etapa económica. En este sentido, el socialismo habría sido imposible antes de la era capitalista. Sólo un gran perfeccionamiento de la técnica, que permita nivelar y extender universalmente las formas del trabajo y del consumo, puede propiciar y determinar una fórmula socialista de la vida. ¿Rusia estaba en 1917 organizada y madura para este fin? Todos saben, igualmente, que no. Es después de 1917, que el Soviet se ha lanzado a la gigantesca empresa de industrializar, con la última palabra de la técnica, la economía rusa. La tarea es doblemente atrevida, si se tiene en cuenta la rapidez vertiginosa con que ella está

realizándose y la profundidad de la transformación de los métodos económicos que ella entraña. Trátase, por ejemplo, de fabricar sobre el terreno, las máquinas e instrumentos de producción fundamentales, es decir, las máquinas para fabricar máquinas. Se trata, por otro lado, de organizar toda la producción, desde sus primeras y más remotas formas, sobre una base nueva, sobre una base integralmente socialista. Asistimos, pues, al nacimiento, total y de golpe, de una economía de máximo adelanto y, a la vez, socializada ya, en sus entrañas esenciales.

Cabe entonces preguntar: ¿Es ésta la hora de prestar atención al taxi para cada transeúnte y al ascensor en los hoteles? ¿La utilidad que la economía general obtendría al producir ascensores, aventajaría a la que se obtiene actualmente de las energías y capitales invertidos en la fabricación de máquinas para fabricar máquinas? ¿La facilidad y rapidez que los ascensores ofrecerían al movimiento social de la vida importan más, desde el punto de vista económico actual, que las otras formas de trabajo en que están actualmente invertidas las fuerzas de producción? Ciertamente que no.

En primer lugar, la gente, en Rusia, no para en sus viviendas. Sale y entra a ellas, una o dos veces al día. No hay ese tráfico doméstico de las urbes capitalistas. La gente vive siempre afuera, en el trabajo y la acción social. En segundo lugar, el movimiento de viajeros, en los hoteles rusos, es reducidísimo, salvo en los grandes de las capitales. El tráfico de bultos y de personas, no llega al punto de exigir tales medios de transpor-

te doméstico. Mañana, cuando lo exijan las nuevas formas económicas y sociales se irán aumentando y perfeccionando, en la proporción y ritmo necesarios, todos esos elementos de confort ciudadano. Aumentarlos y perfeccionarlos hoy, sería un simple alarde de lujo, como sucede, verbigracia, en Madrid, donde los ascensores abundan tanto como los mendigos.

El confort de la vida diaria no nace, pues, ni debe nacer arbitrariamente, en cualquier momento económico. El confort tiene su hora en el proceso de la producción, hora que no es dable adelantar ni retrasar caprichosa y artificialmente. Un confort anticipado a las necesidades y posibilidades del momento económico, equivaldría a poner la carreta delante de los bueyes.

Por último, nadie sabe hasta este instante cuáles serán en el futuro socialista los elementos de confort cotidiano. Es posible o casi seguro, verbigracia, que el automóvil resulte innecesario.

Lo importante, por el momento, en Rusia, es echar los cimientos del gran edificio de la producción socialista. Las formas arquitectónicas ulteriores irán, planteándose cada cual a su hora y no es éste tiempo de adivinarlas ni mucho menos de improvisarlas.

Al hablar de confort, no me refiero aquí al confort dentro del trabajo, sino únicamente al de la vida cotidiana. Dentro de las fábricas, en las oficinas y en los campos, la técnica va rodeándose, en Rusia, de las mejores comodidades de trabajo.

Un ligero diálogo sostengo con el "sirviente" del hotel, aprovechando del instante en que de-

posita mi bagaje en la habitación. Me sirve aquí de intérprete un joven austriaco, al que acabo de conocer en el tren y que habla perfectamente el ruso y el francés. Este es un socialista de Viena, que en el trayecto de Varsovia a Moscú, no ha perdido ocasión para manifestar su escepticismo ante la revolución rusa. Entre ambos, formulamos varias preguntas al "sirviente".

—¿Hay en Rusia mucha mano de obra dedicada a los servicios domésticos?

El "sirviente" nos mira con inteligencia y tiene una sonrisa de franca cordialidad. Es alto, fornido, afeitado, vivaz aunque tranquilo y sus gestos y ademanes son los de un hombre que se produce a sus anchas.

—Muchas —nos dice—. Cada día más. Todos los meses se abre una nueva cooperativa de alimentación, un nuevo taller, un nuevo teatro, una nueva fábrica, un nuevo club obrero... Y, claro, todos estos establecimientos y locales necesitan de camaradas para esta clase de servicios: aseo, recados, vigilancia, servir a la mesa, etc., etc.

Por largo tiempo aún subsistirá este género de servicios —que no es más que una de las muchas formas de trabajo de la mano de obra en general—, dentro de la producción y de la vida colectiva. La técnica no ha progresado hasta el punto de eliminar, por innecesaria, la mano de obra. Los servicios domésticos, por el contrario, han aumentado en los últimos tiempos. La técnica ha colonizado, con sus recientes adelantos, también por este respecto, a millones de trabajadores. Aquí ha sucedido lo que en el dominio general de la producción moderna. Se trata de

una etapa bien definida de proletarización de las masas, cuyas características y mecanismo, con relación al crecimiento de la masa obrera, han sido atinadamente estudiados por Vandervelde y Renner.

Es, precisamente, en los Estados Unidos, cuya economía es hoy la más avanzada del sistema capitalista, donde la servidumbre es más numerosa que en cualquier otro país. El trabajo no permite, en efecto, un género de existencia casera, dentro de la cual cada uno se basta a sí mismo, para satisfacer sus necesidades domésticas de aseo, cocina, lavado, etc., etc. Los mismos que antes, por su relativa holgura económica, ocupaban un departamento y tenían uno o más criados a su servicio personal, se han desprendido de éstos, y si aún conservan su departamento, el aseo y orden de él corren a cargo de domésticos o servicios colectivos. A los criados particulares han reemplazado, pues, los criados colectivos. Esto resulta más económico. Es la racionalización del servicio doméstico, su *standardización* en grandes hoteles, en grandes restaurantes, grandes lavanderías, etc. De este modo, la servidumbre no ha disminuído como han pretendido sostener muchos periodistas, sino que ha aumentadó en los Estados Unidos, desde el momento en que el inmenso sector social que antes se servía a sí mismo, ha entrado a la categoría de los que se hacen servir. Para dar una idea exacta del crecimiento de la servidumbre en Norte América, recordemos que hasta los propios criados se hacen servir, a la postre, por otros criados.

En Rusia, donde el movimiento de proletarización de los trabajadores sigue un ritmo más rápido aún que en los Estados Unidos, aunque en otra dirección económica y con diferente contenido social, está sucediendo otro tanto en el terreno de los servicios domésticos. Miles de "sirvientes" trabajan para millones de obreros en los inmensos comedores de las fábricas, en las vastas cocinas de cooperativa, en los grandes bloques de las casas proletarias, en los establecimientos colectivos de baños, etc.

Mas en Rusia, como en los Estados Unidos, el porvenir de la servidumbre es su desaparición, más o menos lenta o acelerada. La servidumbre desaparecerá, como desaparecerá la mano de obra en general. Todas las actividades de la producción tienden a especializarse, a devenir actividades técnicas. El progreso infinito e incesante de la técnica, tiende a reemplazar el trabajo material del hombre, por el de la máquina. Al hombre sólo le será exigido, en el futuro, una actividad cada vez más intelectual y menos física de la producción económica. Los servicios domésticos se harán con sólo tocar unos botones eléctricos y cambiar unas agujas de un cuadrante. Muchos de ellos como ya lo hemos dicho han empezado ya a ser ejecutados así en los países de avanzada industrialización.

REPORTAJE AL "CRIADO" DE UN HOTEL SOVIETICO

Le pregunto al "sirviente" del "Europa":

—¿Hay más hombre o mujeres en este ramo de trabajo?

—Hay más mujeres.

Realmente, comparando mis observaciones en este terreno entre 1928, 1929 y 1931, contado que mientras antes los "sirvientes" eran en un 50% hombres, hoy son las mujeres las que figuran aquí en un 95%, por no decir en un ciento por ciento. En general, son jóvenes campesinas, ágiles y fuertes, capaces de levantar bultos y maletas y de realizar cualquier otra labor de fuerza.

—¿Los hay viejos "sirvientes"?

—Que yo sepa, no.

Muchas veces, he preguntado: ¿Qué se han hecho los viejos en Rusia? ¿Dónde están? Las respuestas varían. Unos me dicen que se han retraído a los campos. Otros afirman que murieron casi todos en la guerra europea y en las guerras civiles. Otros sostienen que han ido desapareciendo año por año, después de la revolución de Octubre, eliminados lentamente por las nuevas formas de vida. No faltan quienes dicen que han rejuvenecido y hasta que han renacido en la sacudida de fondo de la revolución social. La verdad es que no se ven viejos en ninguna parte en Rusia. ¿Habrán traído los bolcheviques la juventud eterna al mundo?

—¿Qué edad tiene usted?

—Cuarenta y tres años.

—¿De dónde es usted?

—Nací en Berezov, en los Urales. El ejército del zar me trajo para pelear contra los alemanes. Vino la revolución y aquí me tenéis sirviéndola en la medida de mis posibilidades.

—¿Valiente manera de servir a la revolución! —me dice aparte y con mofa el socialista austríaco.

—Pero fijese —le arguyo—, la consciencia clara que tiene de estar sirviendo a la revolución, es decir, de que es un "sirviente" de ella y no de ningún individuo en particular. Además, no olvide usted que ha dicho "en la medida de sus posibilidades". Bastan estas dos circunstancias para filiar social, económica y políticamente a este hombre y para diferenciar su papel del de sus compañeros de trabajo del capitalismo.

—¿Sabe usted leer y escribir? —le pregunta el austro-marxista.

—Naturalmente. He aprendido hace apenas pocos años, en 1927, en las Facultades Obreras del Soviet. Si no venía la revolución, me habría quedado analfabeto para siempre. ¿He aprendido a leer a los 33 años!

—¿Es muy duro el trabajo que hace usted? ¿En qué trabajaba antes? ¿Desde cuándo está usted en este hotel?

—Estoy aquí desde hace tres años y medio. Antes, estuve en el campo, en Iaroslavi, cerca de Moscú, trabajando en la cría de puercos de un artel. Luego, sobrevino una refundición de esas tierras, uniéndose los arteles, las comunas, las cooperativas y los campesinos medianos, para formar de todo un kolkos. Se organizó de otro modo el trabajo. Instalaron máquinas, con créditos y fondos del Estado. Nos consultaron entonces si queríamos aprender ahí mismo los nuevos trabajos con máquinas, o escoger otra cosa. Casi todos optaron por el aprendizaje, mientras unos cuantos solamente escogimos otros derroteros. Yo preferí venir a Moscú, donde también se necesitaban trabajadores, y en la Bolsa de Trabajo, encontré este puesto del hotel. A mí me gustan las ciudades.

—¿Se le impuso a usted, a la fuerza, este trabajo?

—No. Se me dio a escoger entre otros en la Bolsa de Trabajo. Yo quise este puesto, porque como no tengo oficio ni especialidad alguna, puedo trabajar aquí con las únicas aptitudes que poseo y seguir, al propio tiempo, mis estudios.

—¿Para qué estudia usted? ¿Y cómo se las arregla para estudiar y trabajar, a la vez?

—Estudio para mecánico de aviación, en la Facultad Obrera número 6 de Moscú. En el hotel termino mi jornada de trabajo a las 2 de la tarde. A las 4 estoy en la Facultad hasta las 7.

—¿Cuánto paga usted para hacer sus estudios?

—Nada. Todo se me da gratuitamente: clases, libros, práctica en los talleres, etc.

—¿Y cuándo obtendrá usted su brevete?

—Seguramente, el año que viene.

—¿Cuánto gana usted aquí?

—Tres rublos al día y la comida.

—¿Duerme usted aquí?

—No. Tengo mi habitación en los alrededores de Moscú y allí vivo con mi compañera y nuestro hijo, que tiene 7 años.

—¿En qué trabaja su compañera?

—Sabe idiomas y hace traducciones en el Comisariato del trabajo.

—¿Cuánto gana?

—Cinco rublos al día. Entre ella y yo, ganamos ocho rublos.

—¿Y qué hace el chico y dónde y a cargo de quién está, mientras vosotros trabajáis?

—Yo salgo de mi habitación a las 5 de la mañana. Mi compañera va a su trabajo a las nueve, y a esta hora vienen de la escuela a llevarse al chico, hasta las cinco de la tarde. En la escuela le dan almuerzo, lunch y enseñanza, junto con los otros niños. A las cinco me lo devuelven a la casa.

—¿Cuánto paga usted por todo esto a la escuela?

—Nada. A las cinco mi compañera está de vuelta en casa y, a partir de ese momento, el chico permanece con nosotros hasta el día siguiente.

—¿Pero, si su compañera es retenida afuera por sus deberes de trabajo o de cualquier otro género?

—En ese caso —que, dicho sea de paso, sucede con frecuencia—, se avisa por teléfono a la escuela, para que retengan al chico hasta la hora que se indique.

—¿Cuántos pagáis por vuestra habitación?

—Veinte y cinco rublos mensuales. Más treinta rublos de alimentación de mi compañera, unos cincuenta para nuestra cena con el chico, unos treinta para locomoción, doce para la cooperativa y veinte y cinco de cuota para el Plan Quinquenal, hacen un total de 170 al mes. Nos quedan 70 ó 80 rublos para espectáculos y para vestidos.

—Es poco, me parece para vestirse.

—Es suficiente —arguye el “sirviente”—. Como irá usted observando, mi compañera y yo vestimos sumariamente. El chico, lo mismo. De otro lado, los precios de ropa en las cooperativas son de una baratura que se acuerda con nuestro peculio. Los 12 rublos que pagamos al mes a la cooperativa, nos dan precisamente, derecho a un *carnet* de compras, a precios baratísimos.

—¿Y los 24 rublos para el Plan Quinquenal?

—A fin de impulsar económicamente la realización del Plan Quinquenal los trabajadores aportan, según sus posibilidades y de modo absolutamente espontáneo, un tanto por ciento de sus salarios, hasta un límite máximo de 10%. Mi compañera y yo damos este porcentaje.

El timbre del teléfono interrumpe tan interesante conversación y el “sirviente” nos abandona. Son las nueve y media del día. Es la hora en que se intensifica el servicio en el comedor del hotel.

Mientras me instalo en mi habitación, el socialista austriaco, muy interesado en los informes del “sirviente” me dice:

—Nada de revolucionario ni del otro mundo encuentro, en verdad, en lo que nos dice este hombre sobre su situación personal en Rusia. Aproximadamente, es la misma posición que tienen los sirvientes en los Estados Unidos.

—Con unas cuantas diferencias, muy pequeñas, pero decisivas —le respondo—. 1.—Este hombre está penetrado de un espíritu consciente de combatividad clasista, al servicio del primer Estado Proletario, que está echando las bases socialistas y de justicia universal de la sociedad futura; 2.— Los fines de la vida y del trabajo de este “sirviente” son, mediata e inmediatamente colectivos. Lo que busca no es vivir en su isla individual y egoísta y pasarla de la mejor manera, él y los suyos, al margen del resto de la humanidad. Lo que quiere, no es hacer sus realitos y economías para comprar un día un pequeño comercio o un terreno, en el cual trabajar estafando, en mayor o menor escala, al prójimo, hasta fraguarse una fortuna, por los mismos medios y siguiendo el ejemplo de sus antiguos patrones, contra quienes protestara, mientras fue sirviente, por la explotación que de él hacían; no. Este hombre no es un aspirante a patrón, ni un candidato a capitalista, ni un explotador en potencia de la humanidad. Este “sirviente” vive y trabaja para la humanidad y lo hace, como acaba-

mos de verlo, llevando una existencia de una sobriedad tal, que parece casi estrecha y, si se quiere, mísera. No se propone salirse de la esfera colectiva, con relieve o cultura de gran hombre, con un montón de oro, ni con espasmos de placer obeso y epicúreo. Ansía únicamente contribuir, por el contrario, a la mayor redondez del mundo social, suprimiendo sus jorobas y fisuras, en una palabra, suprimiendo sus injusticias y desigualdades; 3. — Hay entre él y la sociedad en que vive un acuerdo perfecto, que se traduce por la aceptación espontánea y sincera del orden soviético, sus métodos de Estado y sus destinos; 4. — No es, ni se siente explotado por la sociedad, ni por ningún otro individuo. Fíjese usted que todo trabajador del capitalismo, y no digamos ya los sirvientes, es, de una u otra manera, directa o indirectamente y en mayor o menor escala, explotado por la empresa, el señor o propietario a cuyo servicio trabaja. En caso de duda, habría que preguntárselo al primer obrero que pasa por una calle de Nueva York; 5. — Goza este individuo de garantías efectivas en el pago de su salario, en la permanencia de su trabajo, en su libertad para escoger otro distinto, en sus seguros sociales de enfermedad, accidente o falta de trabajo, vejez. No hay obrero soviético que, en cualquiera de estos casos, no reciba la asistencia social necesaria. Prueba de ello es que no se encuentran por ninguna parte de Rusia, ni desocupados, ni enfermos, ni mutilados, expuestos a la caridad pública y a la miseria; 6. — La igualdad social en que este hombre se halla, respecto de todos los demás individuos que integran la sociedad soviética. ¿Ha advertido usted que este "lacayo" tiene por com-

pañera o "esposa" nada menos que a una mujer de letras?

Estas condiciones características y exclusivas del "sirviente" en Rusia, bastan, entre otras, para diferenciarlo, en su favor desde luego, del sirviente en el régimen burgués.

POLEMICA ENTRE LOSOVSKY Y SU "SIRVIENTE"

Más tarde, voy al comedor del hotel. Los "sirvientes" se hallan en pleno trabajo. Una cosa me llama la atención inmediatamente: la diferencia de trato que dan a los "sirvientes" los extranjeros, de una parte, y los rusos, de otra. Estos se muestran cordiales, sencillos, fraternales con los "criados", hablándoles dentro de un sincero y franco espíritu de camaradería. Aquéllos son secos, imperativos, rebosantes de soberbia y superioridad social. Pero los "sirvientes" lo comprenden todo y permanecen inalterables.

Poco después, llegan al hotel dos hombres, con sus carteras al brazo. Pasan al comedor y se disponen a almorzar. Uno de ellos, particularmente, se muestra con los "sirvientes" de una cordialidad

y sencillez impresionantes. Toma a uno de ellos por el brazo e inicia con él una larga conversación. Por el tono de su voz y la expresión del rostro, debe, sin duda, tratarse de algo serio, interesante y hasta profundo. El "sirviente", a su vez, le argumenta, le discute. La charla se hace apasionada. Seguramente, el que acaba de llegar, debe ser otro "sirviente", y de lo que están hablando es de cosas del oficio. Pero he aquí que, de improviso, se acerca el austro-marxista y me desliza al oído:

—¿Sabe usted quién es ése que acaba de llegar y que está discutiendo acaloradamente con uno de los "sirvientes"? ¡Es Losovski!

En efecto. Confronto a este personaje con el recuerdo difuso que guardo de las fotografías que he visto de él en el extranjero y me convengo que el fraternal amigo de los "sirvientes" del "Europa" es nada menos que Losovsky, Presidente del Consejo Nacional de los Sindicatos de la Unión Soviética y una de las primeras figuras de la revolución rusa.

—¿De qué están discutiendo? —le pregunto al socialista austriaco—. Trate usted de apercibirse.

—Discuten del último aumento de salarios del proletariado soviético.

—¿Y qué alega el "sirviente"? —le vuelvo a interrogar al intérprete, picado de curiosidad y, a la vez, de escepticismo sobre la capacidad ideológica y polémica del "criado".

—Pues alega cosas muy interesantes. Le guardaba el secreto. Sabe mucho. Le dice a Losovski, por ejemplo, que, en vez de haber decretado el aumento general de los salarios, siguiendo dos escalas, como se ha hecho, debería haberse llevado

a cabo en tantas escalas como tipos de salarios existen y desde el nuevo punto de vista impuesto por las últimas renovaciones de la técnica.

—¿Y qué contesta Losovski?

—Que en las dos escalas establecidas están incluidos todos los índices, examinados conforme a las nuevas condiciones del trabajo. Semejante diálogo revela una cosa: que la igualdad social de ambos individuos proviene de haber sido *elevada* la condición del "sirviente", hasta nivelarse con la de la persona a quien sirve, mas no de haber descendido la condición de ésta última, hasta nivelarse con la de aquél. La igualdad a base de este descenso no es otra cosa que demagogia y no pasa de un gesto o postura falsa, incidental, pasajera, histriónica y sin ningún contenido social. La igualdad a base de elevación de uno de los términos de ella, significa y se llama democracia.

A las dos de la tarde, el "sirviente", el de mi habitación, aparece en el comedor, en traje de calle. Acaba de tomar su baño —en la misma bañera de los clientes—, y se sienta a comer, también, en la misma mesa de los "patrones".

Luego abandona el hotel, al mismo tiempo que sus cinco compañeros de equipo, que terminan su jornada a la par que él. Desde este momento, estos hombres no muestran ya ningún signo, ni moral ni material, de la clase de trabajo a que se dedican. Su fisonomía de obreros no difiere en nada de la de los demás transeúntes, que son igualmente todos obreros. Esto es lo que no ocurre en la sociedad capitalista, donde el "sirviente" parece llevar como un estigma, dentro o fuera de su trabajo, la traza de sirviente. Así se vista de rey o de dic-

tador, se denuncia, a lo lejos, que es un "lacayo". ¿Por qué esta marca indeleble y ostensible? Ella no se explica, ciertamente, sino por la huella dolorosa, por la cicatriz moral que imprime en ese trabajador, el complejo de inferioridad en que vive y se arrastra en la sociedad. El trabajo físico sólo deja una huella fugaz e indistinta, que bien puede corresponder a la labor del albañil, como a la del picapedrero o del tejedor. Ciertamente, en el estado actual de la técnica, cada trabajo imprime en el individuo o en conjunto de individuos, una fisonomía o aire social particular, con modalidades características en la manera de pensar y sentir y hasta de obrar y comportarse en las diversas circunstancias de la vida diaria. Pero se trata de una fisonomía que no implica, de ningún modo, desigualdad social de oficio a oficio. En dignidad y altura humana, no hay ni debe haber distinción entre los trabajadores de los diferentes oficios y profesiones. Ahí todos son y deben ser iguales.

Los cinco "sirvientes" se alejan entre la multitud de transeúntes. Al partir, nos promete el "sirviente" de mi habitación, a ruego nuestro, volver a vernos en el hotel a las 7 y media de la noche, hora en que acaban sus clases de la Facultad Obrera. Nos proponemos seguirle hoy, todo el día, en sus diversos quehaceres, hasta el fin de la jornada.

ELEGANCIA PROLETARIA

¡Las calles de las ciudades soviéticas!

¡Qué diferencia entre mis observaciones de Octubre de 1928 y éstas de ahora, de noviembre de 1931! El paso lento y procesional de los transeúntes de entonces, se ha hecho rápido, fluido. Su ritmo litúrgico y vagaroso, se ha hecho técnico y, por así decirlo, algebraico. Ya no dan las gentes la sensación de desfilar unas tras de otras, sino en multitud y paralelamente. Las frentes iban un tanto inclinadas o, al menos, pensativas y hoy van en alto, ávidas de acción tangible, de praxis material. El individuo soviético, considerado urbanamente, ha convertido su ser social centrípeto de antes, en ser centrífugo, en polo de reacción colectiva. Las miradas, los gestos, los movimientos del individuo, giran en torno del hecho social,

del eje de la calle, del momento colectivo. Causa de este nuevo aspecto y contenido social de los transeúntes, es el vuelo que ha tomado la técnica de producción. Moscú, Leningrado, Karkhov, Tiflis, Samara, están llenándose de automóviles, camiones, autobuses, tranvías. De otro lado, el avance industrial promueve y posibilita el crecimiento demográfico, por el desarrollo de la natalidad en las ciudades —debido a las mejores condiciones de vida—, y por la afluencia de población procedente de la estepa, debida ésta, a su turno, a la proletarización de las masas. El transeúnte, por todas estas razones, se ve obligado a ajustar su paso y sus maneras a la cadencia y velocidad mecánica envolvente y a la densidad y dinamismo de la multitud. Por las vías y arterias urbanas más frecuentadas de peatones y de carros, el individuo se conduce y avanza en actitud de alerta a lo que pasa en torno suyo y con cierta premura e impaciencia. No se puede, en efecto, caminar ensimismado, cuando se va en muchedumbre y entre carros. Por otra parte, no puede negarse que la gente que vive entre máquinas, demuestra en todos sus actos sentido de rapidez, de justeza, de solidaridad y cooperación casi automáticas.

Otra de las sorpresas de este viaje la constituye la decencia avanzada o la casi elegancia con que visten los trabajadores. Fuera de las horas y lugares de labor, los trabajadores —que lo son todos en Rusia—, llevan trajes mejor hechos, de mejores telas y con mayor desenvoltura. Los hombres conservan, ciertamente, el corte y la línea de años anteriores: botas, pantalón de deporte, americana enteramente cerrada y con un cintu-

rón, camisa de franela gruesa, guantes de cuero, *pull-over*, pelliza de cuero o gabán de tela, con cuello de astrakán, gorra occidental o el típico gorrón moscovita de piel y chanclos de caucho. Los colores vivos y radiantes se han trocado en tonos grises, apagados y hasta oscuros. Formas amplias, como para los grandes ademanes proletarios. Mas es en las mujeres en las que se nota, de modo más elocuente, el progreso y mejora suntuaria. Las obreras soviéticas llevan ahora, con frecuencia, abrigo de pieles, zapatos de taco muy alto, falda más larga, corpiño más descotado, peinado más hecho, cutis más acicalado. El talle siempre salubre y espléndido, se ha ductilizado a favor de una gracia más civil, más ágil y lineal. De las modas de París y Nueva York, cuyas veleidades siguen de cerca, como observadores, los talleres y cooperativas rusos, la mujer soviética toma, con gran prudencia, los elementos sanos, separándolos escrupulosamente de lo que en ellas hay de típicamente capitalista: lo decadente, lo fin de clase. En los teatros, cinemas, clubs obreros, conciertos, conferencias, han empezado hombres y mujeres a presentarse con una cuidadosa corrección en el vestir, aunque enmarcando siempre su decencia en las líneas generales y características del espíritu y la vida proletarias: simplicidad, fuerza, utilidad, gracia elemental, sentido de medida y equilibrio, formas artísticas y económicas todas éstas que son peculiares y distintivas de la técnica e instrumentos actuales de producción.

Las vitrinas y escaparates de las cooperativas, aparecen repletos y adornados de artículos y prendas suntuarias: trajes de lana y seda, calzado a la

moda, guantes de todas clases, abrigos, corsets, medias de hilo y de seda, alhajas de fantasía, artículos de tocador. Al darme de manos a boca con estos establecimientos de comercio, pregunté, desde el primer momento:

—Pero ¿para quién es esto? ¿Quién compra todo esto?

—Los trabajadores —me decía un actor de teatro de la Revolución.

Y, más tarde, la respuesta la he hallado confirmada en las diversas ciudades soviéticas, donde esta nueva elegancia proletaria, basada, cierto es, en una nueva sensibilidad y orientada hacia nuevas necesidades de buen gusto y de confort sociales se halla difundida universalmente. La nueva sensibilidad está patente en las formas y proporciones suntuarias, de que acabamos de hablar, y las necesidades de confort y de buen gusto son aquí nuevas, porque parten de un *standard* de vida entrañado a un orden colectivo de rigurosa justicia económica.

MOSCU NOCTURNO

A las siete y media de la noche, está de regreso en el "Europa" el "sirviente".

—¿Qué tiene usted que hacer ahora? —le preguntamos.

—Voy a mi habitación —nos dice—. Me espera, seguramente, mi compañera. Cenaremos con el chico y yo saldré inmediatamente. El Club Obrero del Sindicato de los Servicios de Hoteles y Restaurantes, tiene hoy, a las 9 y media, una velada. Si queréis, venid conmigo.

Un tranvía. Quince kopeks el billete, por un recorrido del centro de Moscú a la periferia oriental de la ciudad, donde se encuentra la calle Masenka, número 12, residencia del "sirviente" del hotel.

El actual aspecto nocturno de Moscú, es el de una verdadera urbe moderna. Un intenso tráfico

de automóviles, tranvías y autobuses y, sobre todo, mucha gente a pie. Es la ciudad mejor y más iluminada de Europa. Sus calles y plazas están todas pavimentadas, y los faros y reflectores, distribuidos convenientemente a lo ancho de la ciudad, comunican al pavimento y a las fachadas de las casas —que son, en su mayoría, nuevas o que han sido pintadas con color de cemento armado—, un aspecto fantástico de gran ciudad. Moscú ha tomado últimamente un aire de alegría y bienestar indudable. Queda muy poco ya de la vetusta metrópoli medieval, que fue hasta ayer nomás.

En la actualidad, Moscú es, sin duda, la ciudad más poblada de Europa. Las calles aparecen, a toda hora, desbordantes de gente. Londres, París, Berlín, Roma, ofrecen este espectáculo solamente en sus arterias centrales.

—¿Y qué tal —le pregunto al "sirviente"—, la situación general del país?

—Ahí vamos luchando —dice—. Se avanza poco a poco. En los países capitalistas no cesa de decirse que la revolución rusa ha fracasado y que estamos en una situación catastrófica... Pero, ya ve usted que eso no es cierto y, cuando vuelva a su país, cuente lo que ve aquí y diga únicamente la verdad de lo que ve.

—¿La cosa va entonces bien?

—Eso lo va usted a ver con sus propios ojos y no es cuestión de que se lo digan. Lo único que ahora puedo decirle es que en Rusia todos, por igual, comemos, tenemos un lecho donde dormir, un libro para leer, un trabajo seguro, un traje decente y una voluntad de lucha para defender

este estado de cosas y para hacerlo progresar, hasta socializar totalmente la vida y hasta que impere para siempre la justicia entre los hombres. Es todo cuanto puedo decirle. ¿Sucede algo parecido en los países capitalistas?

—No, le digo—. En Alemania, en Italia, en España, en Francia, en Inglaterra, se ven trabajadores hambrientos y descamisados por calles y plazas, al lado de gente ociosa, rica y feliz, y los que están arriba en el poder, luchan por eternizar esa injusticia, haciendo abalear a los que están abajo, a los verdaderos y únicos productores de riqueza.

Al nombrar España, el "sirviente" me pregunta con vivo interés:

—¿Qué ha sucedido en España? ¿Cómo ha sido la Revolución? ¿Cuál es el nuevo estado de cosas?

—La Revolución se ha, en sustancia, reducido a dos acontecimientos: la caída del Rey y su dictadura militar y el reemplazo de ambos por un Presidente de la República y una dictadura civil. Económica, social y políticamente, la vida española no ha cambiado en nada. Para ser más preciso, sí ha cambiado en algo: la dictadura republicana es más cruel y sanguinaria que la dictadura monárquica.

REGIMEN ALIMENTICIO

Entramos a la habitación del "sirviente". El hijo de éste avanza con saltarín regocijo, a recibir al padre, que le toma las manos y se las estrecha, formulándole preguntas, en tono más bien severo que meloso. La madre tendrá unos veinte y cinco años. Habla un poco de francés. Presentaciones. Una atmósfera de instantánea cordialidad se produce en la habitación. El "sirviente" apellida Yerko; su compañera, Mirailova; el pequeño se llama Iaros. Van a cenar y nos invitan a acompañarlos. Mientras ella prepara la mesa, yo hago, a la ligera, un inventario del cuarto. Son los muebles de todas las viviendas de Rusia: una cama de metal, un diván, dos sillas de madera, una mesita con unos cuantos folletos, fotografías en los muros de Lenin, Vorochilov, Stalin. En la

habitación hay una diminuta cocina de petróleo. En este aspecto también, se nota inmediatamente un notable progreso: los muebles son hoy en Moscú más abundantes y, muchos, de flamante fabricación. Se me informa que esta pequeña cocina les basta para preparar una sopa y alguna otra cosa caliente, pues el resto del menú de la noche es frío.

En Rusia se observa un orden exótico y caprichoso en el régimen alimenticio. La colectividad come durante el día entero, unos a las 6 de la mañana, otros a las ocho, otros a las 11, a la 1, a las 2, a las 4, etc. De otra parte, cada individuo toma indistintamente y a horas variables, según los días, dos, tres, cuatro o una sola comida. En general, es por la mañana o al mediodía, cuando se toma la comida de fondo, y en cuanto al resto del día, las demás comidas carecen casi de importancia, por lo que toca a las horas en que deben tomarse y a su cantidad y calidad. Yerko y Mirailova dan una importancia secundaria a este ágape familiar de ocho de la noche. No es tanto el menú el que los reúne a esta hora, sino el deseo de estar juntos, al menos, un momento cada día.

LA VIDA FAMILIAR

Con respecto a la vida familiar rusa, no se acaba en el extranjero de saber, a ciencia cierta, cómo se vive en Rusia. Aquí, como en muchos otros terrenos, existe una gran variedad de formas de hogar, desde el tipo de familia patriarcal primitivo y, más aún, desde el tipo de familia pre-social o salvaje de la tribu (en Siberia, por ejemplo), hasta el de la familia socialista, pasando por el hogar romano, el medieval, el burgués y el proletario o soviético. La forma de la familia sigue la dirección y las peripecias de las formas económicas de cada región, según el ritmo y la clase de producción. Así, verbigracia, el hogar patriarcal primitivo domina en las grandes estepas, cuya vida económica se caracteriza o gira en torno a las formas de explotación agrícola pura-

mente extensiva y pastoril mientras que el hogar proletario domina en los grandes centros industriales, cuya vida económica se caracteriza o gira en torno a las formas de producción típicamente soviéticas, es decir, basadas en el carácter clasista de la técnica y en la dictadura socializante del proletariado. Esta diversidad de tipos de familia —al par que la diversidad de tipos de producción—, es una consecuencia de dos factores: la inmensidad territorial del país, que no permite por ahora una rápida nivelación cualitativa y cuantitativa de la vida económica, de un lado, y, de otro, los obstáculos internos y externos que el Soviet no cesa de encontrar en el desarrollo económico de Rusia. Los obstáculos internos están en el atraso secular del país y en el sabotaje reaccionario de las clases conservadoras moribundas; los obstáculos externos están en la guerra económica y política que sostienen contra el Estado Proletario de manera más o menos sorda y disfrazada, los gobiernos capitalistas. Sin embargo, puede afirmarse que el tipo de familia central y con dirección y fuerza histórica más definidas y dialécticas, lo constituye el hogar proletario o soviético, que antecede inmediata y cíclicamente al hogar socialista.

EXAMEN DE UN NIÑO DE SIETE AÑOS

Iaros lleva al cuello el pañuelo rojo de *pionnier* o militante de la infancia comunista. Es el *niño de Octubre*, el hijo de la revolución bolchevique, el hombre socialista de mañana, el soldado de la causa proletaria, en fin, el depositario de la justicia social. Iaros es alegre, móvil, vigoroso, comunicativo y un poco locuaz. Le someto a un breve interrogatorio:

- ¿Cómo se llama tu escuela?
- Se llama escuela Donetz.
- ¿Qué te enseñan?
- Aritmética, Gramática, Geografía, Historia, Trabajo Manual...
- ¿Cuántos profesores tienes?
- Muchos.
- ¿Y compañeros de sala?

—Más de cincuenta o sesenta.

—¿Los profesores son malos? ¿Castigan mucho?

—No. Son buenos.

—¿Os pegan alguna vez con la mano o con una vara o con un latiguillo? Cuéntenos la verdad, porque vamos a decir que no os peguen más. Cuéntenos.

Mirailova y Yerko nos dicen entonces que no se dan nunca esos castigos en las escuelas rusas. El castigo material, en todas sus formas, ha sido radicalmente eliminado. Sólo quedan las sanciones morales, aún para los alumnos más pequeños. Cuando hay que vérselas con un niño de malos instintos, se le envía a un plantel especial y se le somete a un régimen distinto del de un niño normal y de inclinaciones sanas. Al efecto, existen numerosos tipos de escuelas y de disciplinas y métodos pedagógicos.

—Cosa que en mi concepto —arguyo—, debe ser muy costoso para el Estado.

—Sí. Pero el Estado —replica con gran convicción el “sirviente”—, tiene fondos para todo. El tesoro fiscal, dentro del Soviet, es riquísimo, como que el Estado, en Rusia, es propietario de toda la riqueza del país.

El socialista austriaco observa:

—La cosa es clara. Lo que en sociedad burguesa, basada en la propiedad privada, se paga, de modo particular, por cada individuo, es pagado en Rusia por el Estado, único detentador de la propiedad.

—Sí —dice Yerko—. Pero hay una diferencia. Cuando es el Estado el que maneja la riqueza de

un país, gozan de ésta todos los individuos por igual, como acontece en Rusia con la educación, a la que tienen derecho y de la que disfrutan los hijos de todos los trabajadores por igual. Esto es lo que se llama la escuela única. En cambio, cuando la riqueza de un país está manejada, como ocurre en la sociedad capitalista, por unos cuantos individuos —los patrones—, gozan únicamente de ella éstos. La educación está entonces reservada, en sus formas superiores, a unos cuantos, mientras los demás, los más numerosos, apenas aprenden a leer y a escribir. Ahí existen escuelas, colegios y universidades solamente para los hijos de los patrones y otras escuelas, distintas e inferiores, solamente para los hijos de los trabajadores. Ahí no hay ni es posible que haya lo que se llama escuela única.

Decididamente, va resultando difícil encontrar en Rusia gente que no conozca a conciencia lo que es la política soviética y lo que es la política capitalista. Los “sirvientes”, los guardias, las mujeres, el simple mano de obra, los niños y no digo ya los obreros calificados y los militantes del Partido Comunista, la masa entera posee una cultura sólida y a grandes líneas sobre política y economía mundial. Esto es lo primero que se aprende en los planteles de enseñanza de todo género y grado. Ved lo que ya sabe Iaros al respecto:

—¿Qué te gusta más aprender?

El niño responde sin vacilar:

—La clase que más nos gusta a todos es la clase de Marxismo.

—¿Quién es tu profesor de Marxismo?

—La komsomolka Vielania.

—¿Qué os enseña Vielania?

—Muchas cosas. Dice que Marx fue un gran hombre y que él ha dicho que hay que hacer la revolución social.

—¿Qué es eso de revolución social?

—Es cuando los trabajadores luchan contra los burgueses, para hacer la justicia para todos.

—¿Y quiénes son los trabajadores?

—Los que trabajan para ganar y vivir, sin robar ni perjudicar a los otros.

—¿Y los burgueses?

—Los burgueses son los que quieren vivir y comer de los otros, sin hacer nada.

—¿Conoces tú a algún burgués?

Iaros permanece pensativo y, al fin, contesta:

—No. Ya no quedan burgueses en Rusia. Los echó la revolución. Pero los hay en otras partes.

—¿Conoces a algún trabajador?

—¡Claro! —dice, riendo—. Todos vosotros sois trabajadores.

—¿A quién quieres tú más, a un burgues o a un trabajador?

—¡Al trabajador!

Más tarde le preguntamos:

—¿Por qué llevas pañuelo rojo al cuello?

—Porque soy *pionnier*.

—¿Qué quiere decir eso de *pionnier*?

—*Pionnier* es el niño que defiende a los trabajadores y a la revolución.

—Pero ¿contra quién los defiendes, cuando acabas de decir que ya no quedan burgueses en Rusia?

—Los defendemos contra los burgueses de otras partes, que quieren venir a pelear con los obreros de aquí.

—Iaros —añade luego Mirailova—, sabe también otras muchas cosas. ¿Quién fue —le pregunta—, Hegel?

El chico vacila; no recuerda, sin duda. Pero los padres renuevan varias veces la pregunta, obligándole a hacer memoria. Por fin, Iaros suelta la respuesta:

—Hegel fue el maestro de Marx. Pero Marx, cuando aprendió más, dijo que Hegel se había equivocado.

Una última pregunta le formulo:

—¿Crees en Dios?

Iaros responde, desorientado:

—¿Quién es Dios?

La ignorancia de Iaros de la noción de Dios, ha sido expresada con inocencia impresionante. Un profundo silencio impera unos instantes en el cuarto.

He aquí, pienso para mí, expuestas en cuatro palabras, toda la doctrina y la práctica revolucionarias del proletariado. Iaros posee ya, a los siete años de edad, una noción clara, un esquema redondo, sin fisuras ni lagunas, de la lucha de clases y del destino socialista de la humanidad. La circunstancia de haber tropezado con él, al azar, entre los otros niños rusos, inviste a sus declaraciones de un valor documental extraordinario: Iaros es el tipo medio de la niñez soviética, y por sus labios habla el espíritu dorsal de la infancia comunista. Así es y habla el niño de Oc-

tubre, representado aquí por el hijo de un "sirviente" del hotel Europa de Moscú.

Yerko le estrecha la mano a su hijo y le dice:

—¡Muy bien *pionnier*! Veo que cada día te aplicas más a tus clases.

Volviéndose a nosotros, comenta con una risa llena de buen humor:

—Como veis, el *pionnier* sabe más marxismo que sus padres.

—¿Estáis vosotros dos en el Partido? —les pregunto.

—No. ¡Eso!... Eso exige mucho trabajo, mucho tiempo, mucha abnegación.

—De donde resulta —le digo entonces al austro-marxista—, que en Rusia, pertenecer al partido que gobierna, es sacrificarse por el bien general, mientras que en los países burgueses es rodearse de granjerías, privilegios y de toda suerte de beneficios personales.

—Eso depende de la moral política de cada sujeto, me arguye el discípulo de Renner.

Mas yo sé que lo que he dicho corresponde a la realidad, trátase de partidos conservadores o liberales, fascistas o socialistas de la II Internacional.

LA COMIDA Y LA REVOLUCION

La cena ha terminado. Ella ha sido, realmente, frugal, casi un simple lunch o lo que en España se llama una merienda. Una sopa de legumbres, un pescado frío con salsa, una manzana, pan negro y té. Según veo, la comida también ha mejorado en Rusia, en gusto y en calidad. Antes, se comía preocupándose únicamente de la cantidad y del valor nutritivo intrínseco del menú. ¿Comer? Eso era lo de menos. No se disponía de tiempo, de medios, ni de gusto para la buena cocina. Las horas no estaban para ello. Las necesidades colectivas eran otras, mucho más graves y trascendentales. Se come un plato exquisito o un manjar delicioso solamente en día de bonanza y holgura. Molicie y refinamiento son incompatibles con lucha y afán constructivo de las bases

mismas de un nuevo orden social. Por lo demás, históricamente, banquetes y festines delicados son manifestaciones tardías y postreras de civilizaciones tramontanas. Es solamente ahora, que en Rusia se empieza a depurar el gusto, cuando el terrible esfuerzo constructivo del Soviet ha logrado ya vencer el primer ciclo de sus grandes dificultades. Pero la cocina que nacerá de esta nueva sociedad, va a ser, desde luego, rigurosamente proletaria, como la estructura económica de que procede.

LA SOIREE DE UNA MADRE

Yerko se despide de su compañera y de su hijo, para dirigirse a su Club Obrero. La despedida es un "hasta luego", sin besos ni contactos de manos. Observo también, esta vez, que el saludo, dentro de la familia y dentro de la amistad, está despojándose de todo contacto físico entre las personas, salvo tratándose de los niños.

Mirailova pasará hoy la noche, entre tanto regresa su compañero, entretenida en pequeños quehaceres domésticos, los únicos, por lo demás, que ella tiene en su habitación: arreglar la ropa, ordenar los objetos, leer, instruir al niño o jugar con él, recibir acaso una visita, oír la radio, visitar tal vez con laros a compañeras que habitan la misma casa, en habitaciones contiguas. Porque aún se hacen visitas en Rusia, aunque, realmente,

muy raras. Son visitas cuyo tema de conversación lo constituye casi siempre una cuestión, problema o debate de política, economía o cultura soviética. En suma, se trata de verdaderas discusiones o conferencias contradictorias. El dueño o dueña de casa suele entonces ofrecer té, pastas o cualquier otro agasajo a sus visitantes. Pero, ni baile, ni chisme, ni torneo de vestidos y maquillajes. Como interés y encanto de estas reuniones, les basta la actualidad e importancia revolucionarias de la charla.

¿CUAL ES, COMPAÑERO, EL IDEAL DE SU VIDA?

De nuevo en el tranvía, le pregunto al "sirviente":

—¿Cuál es, compañero, el ideal de su vida?

Yerko se muestra impresionado ante semejante pregunta. Titubea un instante y dice:

—Mi ideal es rendir el máximo de mis energías y servicios a la revolución proletaria, en Rusia y en el resto del mundo.

—¿Y para usted mismo? ¿Qué desea para usted?

—Eso precisamente, que acabo de decirle. Dar-me con toda mi vida a la causa proletaria. Allí está mi felicidad personal.

—¿Y para su hijo?

—Lo mismo. Quiero que haga lo propio que yo y que su madre.

—Pero existen también los pequeños placeres del individuo, las diarias satisfacciones de nece-

sidades profundas y naturales, en lo material y en lo espiritual, de cada persona: el amar y ser amado, la gloria, el deseo, la emoción artística, el deporte, el trabajo, la meditación...

—Todo eso es medalla de dos caras: lo individual y lo social. En el hombre burgués lo individual ha absorbido a tal punto lo social, que se diría una medalla de una sola cara. El hombre proletario se propone establecer el equilibrio. Todo placer individual debe entrañar un placer para la colectividad, un provecho social. Y viceversa: toda ganancia colectiva *lleva siempre* consigo un provecho o placer para el individuo. Fijese usted bien en lo que va subrayado. Esto quiere decir que no todo placer individual implica siempre, en la realidad, un provecho colectivo, mientras que, en cambio, toda ganancia de la sociedad implica siempre, en la realidad, un provecho del individuo. Así, pues, aquél que persigue la felicidad colectiva, persigue tácitamente la suya propia individual. Los pequeños placeres y diarias satisfacciones personales, de que habla usted, *deben*, por consiguiente, ser subordinados a las necesidades e intereses colectivos, ya que, obrando así, se consigue, por rebote, el bienestar de cada individuo. Me parece que todo esto es bastante claro y sencillo, racional y justo.

Más tarde, le pregunto:

—¿Y el resto de su familia? ¿Dónde están sus padres, sus hermanos y demás parientes?

—¡Que quiere usted! —me dice con cierta tristeza—. No sé nada de ellos. Ignoro si viven o han muerto, dónde están y cómo viven. Cuando se me trajo a la guerra, dejé a mis padres vivos y

tres hermanos menores. No volví más a mi tierra. ¡La revolución! ¡Cuántas sacudidas nos ha traído a todos la revolución! ¿Padres? ¿Parientes? ¿A esas alturas? La revolución es triste, le aseguro.

—¿Y los parientes de su compañera?

—Eso ya es otra cosa. Pero no hablemos de esto, se lo ruego. Son cosas dolorosas y, sobre todo, que no tienen ningún interés. Hablemos del Plan Quinquenal, de las brigadas de choque... Mire usted: ya llegamos al Club Obrero...

Yo me pregunto mentalmente: ¿Qué trágico secreto había en la familia de Mirailova, para que Yerko eluda así la conversación?

En todo caso, una cosa se deduce claramente de la actitud de Yerko respecto a ambas familias: el sentimiento y la conducta familiar tradicional del "sirviente" son nulos, no existen. Yerko anda totalmente absorbido por la vida social. Es lo que ocurre con todos los trabajadores rusos, según lo iremos constatando más adelante.

MAQUILLAJE BURGUES Y MAQUILLAJE PROLETARIO

Llegamos al Club Obrero. Son las nueve y media de la noche. El acceso a la velada es gratis. Los gastos de esas sesiones se sufragan con los fondos del Sindicato y con subvenciones del Estado.

Es un local amplio, de varios salones para conferencias, asambleas, exposiciones artísticas, biblioteca y lectura, un teatro y una cantina. Una gran masa de trabajadores invade el local y se disemina por las distintas salas. Son obreros y obreras del Sindicato y de otros sindicatos y ramos de trabajo. Todos visten con escrupulosa decencia proletaria. Advierto aquí también un cierto viraje respecto de años anteriores: un maquillaje tímido y de suma discreción, en los rostros

femeninos, y corbatas, burdas y al desgaire, en los cuellos masculinos.

Habiéndonos presentado Yerko a varios obreros y obreras, les formulo esta pregunta:

—¿Cómo es que muchas de vosotras lleváis polvo y carmín en el rostro y otras no? ¿Es que las hay que empiezan a aburguesarse? ¿Hay acaso sectores obreros que tienden a formar una cierta *élite* o aristocracia mundana sobre los demás?

Mis interrogaciones formuladas con cierta severidad en medio de la prudencia del caso, producen visible embarazo en el grupo. Pero, inmediatamente, unas y otras concuerdan en una única respuesta, llena de sinceridad y convicción. Ellas me dicen, a una sola voz:

—El arreglarse así el rostro, no tiene nada de burgués. En esto, como en otras muchas cosas, es la medida y la tendencia del hecho, las que deciden de su fisonomía clasista. Nosotras no lo hacemos por clownería concupiscente de burdel. Lo hacemos solamente con el sano propósito de rectificar, siguiendo las líneas y el color naturales, tales o cuales detalles imperfectos del rostro, sin violentar, tergiversar ni ahogar los trazos vivientes, auténticos y humanos de cada tipo de mujer. Y esto lo hacen únicamente las obreras más activas y avanzadas, las que trabajan más y aspiran más, en una palabra, la *élite*, como usted dice, de las trabajadoras rusas. Pero ésta es la *élite* del esfuerzo, de la inteligencia y de la abnegación por el bien colectivo. No es, como en la sociedad capitalista, la *élite* de la ociosidad, del vicio y de la decadencia, disfrazados de "chic", de "buen tono" y de maneras cortesananas. Usted no tiene sino

que observar que en Rusia son las obreras que más se esfuerzan en presentarse y vivir decentemente, las que más se destacan también en el trabajo y la acción revolucionaria. En las brigadas de choque femeninas, podrá usted encontrar a las mujeres que visten y viven más decentemente y con gusto más fino y depurado. Nosotras no concebimos incompatibilidad permanente y sistemática entre el trabajo y la emulación socialista, de un lado, y el mejoramiento progresivo de las costumbres y los usos, de otro lado. Todo lo que puede haber entre ambas cosas es una incompatibilidad momentánea, dialéctica, cuando las necesidades revolucionarias son de tal gravedad y de tal urgencia en el terreno de la producción que tienden a acumular y polarizar en otros esfuerzos distintos de los de hoy, la totalidad de las energías colectivas, como sucedía en Rusia en años anteriores. Mas luego, como usted verá, esa tensión económica y política ha cedido el lugar a la actual tregua y holgura social que nos permiten prestar cierta atención a actividades y menesteres de más mediato y lento interés colectivo. Por lo demás, poco a poco irá generalizándose esta sana preocupación de decencia y buen gusto, entre todas las trabajadoras del Soviet.

Uno de los obreros añade:

—Por lo que toca a los hombres, empezamos, según verá usted, a vivir también mejor. Nuestros recursos y medios de existencia progresan en cantidad y calidad. Compare usted cómo vivíamos hace cuatro o cinco años y cómo vivimos hoy. Únicamente tratándose de los obreros atrasados, sin oficio ni cultura, todo cuanto ganan, lo beben

o lo comen o no saben invertirlo. El Estado y los sindicatos extreman su control con ellos, pero siempre quedan algunos, particularmente en las regiones apartadas, adonde llega, tarde y lentamente, la nueva moralidad obrera. Es un mal que va desapareciendo pronto. Usted habrá ya tenido ocasión de constatarlo. En general, nuestra decencia proletaria va extendiéndose y depurándose y empieza a tomar de los usos y modas burgueses, las formas que éstas contienen de salud cultural, universal y humana.

El bienestar material sigue nivelándose en los distintos sectores sociales y en las diversas zonas del país, es decir, horizontal y verticalmente. En cada ciudad, en cada aldea, en cada centro colectivo, los individuos van igualando sus elementos de vida, en el vestir, en la alimentación, en los medios de locomoción, etc. Por otra parte, las regiones y provincias van, asimismo, igualando su *standard of life*. Así vemos cómo las aldeas ribereñas del Nieper disfrutan de una existencia material semejante a la de las grandes ciudades, detentadoras exclusivas hasta hoy de todo el bienestar y confort del país, como Moscú, Leningrado, etc. La calidad de los alimentos y vestidos de los obreros del Cáucaso, no difiere de la de los obreros de la región moscovita o de cualquiera otra zona del Soviet. Más de una vez, así lo he comprobado. Lo único que varía es el gusto de raza a raza y de región a región.

Hay, por último, un síntoma concluyente de este crecimiento, firme y uniforme, de bienestar general, y es la desaparición total de la mendicidad. Ella ha sido eliminada radicalmente por la

acción lenta, pero segura e infalible, de una política que, en lugar de pretender cortar el mal traumáticamente, y en sus manifestaciones externas, lo atacaba en sus raíces y de adentro a afuera. Desde luego, las regiones demasiado remotas, tales como la Siberia, por ejemplo, no disfrutaban todavía del bienestar material democrático a que me refiero. Las dificultades de distancia no pueden, en este caso, ser vencidas por el Soviet en un abrir y cerrar de ojos. No hay que olvidar que hace sólo quince años que está el proletariado en el poder. En los países capitalistas, la burguesía está en el poder desde hace siglos y, sin embargo, los mendigos y descamisados, los hambrientos y sin casa hormigean por calles y plazas, y esto, en las propias capitales y no ya en las regiones apartadas.

¿QUE ES EL CLUB OBRERO?

El Club Obrero es una institución creada después de la revolución de Octubre en Rusia, y no existe otra alguna similar en ningún otro país. El Club Obrero es una prolongación de la vida sindical, una rama de la solidaridad y convivencia clasistas del proletariado. Sus distintivos pueden reducirse a los siguientes: su radio de acción rebasa los intereses del sindicato y se engrava íntimamente a los de la colectividad entera; sus actividades son extratécnicas del oficio o profesión de sus componentes y alcanzan todas las formas de creación: artísticas, políticas, literarias, morales, jurídicas y económicas; es un centro de cultura general, en el que se debaten y dilucidan cuestiones de interés nacional y mundial; es un hogar, propicio al reposo espiritual de cada obre-

ro y al intercambio de ideas e iniciativas entre los trabajadores, de individuo a individuo; y, por último, dentro de él tienen cabida todos los obreros sin distinción de oficio o sindicato, que pueden, particularmente en las sesiones públicas y los espectáculos del Club, intervenir indistintamente en sus trabajos y esfuerzos creadores. La estructura, mecanismo y alcances del Club Obrero difieren notablemente de los del Sindicato. Se trata, por lo demás, de una institución que sólo es posible en una etapa avanzada del proletariado y dentro de una paz relativa de la lucha de clases, como un órgano ya de edificación socialista, mientras que el sindicato es, por naturaleza, un órgano de combate clasista y de barricada económica. Ambos conviven y se completan en el Soviet, ya que los dos son órganos genuinos de la dictadura proletaria.

UNA VELADA REVOLUCIONARIA

El programa de la sesión del Club es el siguiente: canto coral de la Internacional; crítica de masas sobre la edificación socialista del país; danzas con motivos domésticos (de restaurantes, de hoteles y cooperativas); crítica de masas sobre literatura del día; canciones de la cocina colectiva; informes del secretario del Sindicato; danzas clásicas por una artista de la Opera de Moscú; trozos musicales de Tchaikovski y de Liszt, en balalaika y piano; baladas revolucionarias por veteranos del Ejército Rojo; una escena de la comedia "Cinco millones de San Antonios", de Kirchón; entrega de una bandera a las brigadas de choque del Sindicato.

LA ORATORIA DE UN CARRETERO

Anotemos, principalmente, la significación social y política de la crítica de masas, sobre la edificación socialista de la U.R.S.S. Una franca atmósfera de libertad de opinión y de interés revolucionario, enmarca la discusión. La dirige un "rapporteur" o presidente momentáneo, desde el tablado del teatro, y los trabajadores hablan y discuten desde la sala, como en un parlamento burgués, pidiendo cada orador la palabra, dentro de un orden severo, aunque salpicado del buen humor proletario y del resuello fecundo de la masa. Ni personalismos, ni pasiones individuales. Nada de abstracción, de "altas ideas", ni de la doctrina por la doctrina. Nada de exhibiciones oratorias, de "pose" tribunicia, ni de gorgoritos italianos. Nada de rodeos ni eufemismo en los

juicios. No es la elocuencia chabacana de guerrilla —con hipos taumaturgos, sinalefas tropicales y tiritos de bolsillo—, de las Cámaras hispano-americanas. Tampoco es la gallada de repetición, la gárgara *standard* y electoral —con bemoles calvinistas, *buldings* de alta frecuencia y aguiluchos bursátiles—, de Roosevelt, Macdonald, los reverendos del Ejército de Salvación y los *referees* de Broadway, Y. S. A. R. S. Ltd. Ni es el monólogo cortesano —oficio, oficio y sólo oficio—, de Briand, el académico, el del ripio asotanado, del cascabel de Wilson y del "¡Bis! ¡Bis! ¡Bis!" Tampoco es ésta la campanada heroico-pantomímica de Hitler y Mussolini, con pausas de sacristía, latín napoleónico y clara de huevos en los entreactos. No. Los trabajadores se producen y hablan simplemente como trabajadores: pie a tierra, sencillos, sinceros, directos, cara a cara con la realidad material y tangible, lógicos y, sobre todo, dialécticos e inspirados en los intereses de la colectividad y de la revolución. A una obrera, "sirvienta" de un restorán de fábrica, le he preguntado, refiriéndome a un obrero que expuso uno de los más cálidos alegatos acerca de las desastrosas cosechas de 1930:

—¿Quién es ése que está hablando? Parece un gran orador.

La "sirvienta" repuso riendo:

—¿Gran orador? No. Ha dicho que es un carretero de construcciones. Precisamente, dice que no sabe leer ni escribir, pero que sus informes son tan fidedignos, como si los tomase él mismo directamente de la prensa, pues se los da el secretariado de su Sindicato.

—Pero ¿no es, al menos, un *leader* o aspirante a *leader* de sus compañeros? Su ardor es tan grande, que no se diría sino que defiende conscientemente un ideal entrañable y elevado.

—No —me dice mi vecina—. Lo que sostiene es algo muy pequeño y al alcance de todos: dice que el Estado debería prever el tiempo que hará cada año, a fin de disponer de las cosechas anteriores con mayor prudencia, evitando complicaciones y escaseces de última hora e irremediables.

—Eso no es científico, ni serio —responde Yerko—. El Estado no puede prever semejante cosa.

La “sirvienta” pide la palabra y apoya ante la masa, las exigencias del carretero. Dice, entre otras cosas:

—¿Por qué no va a poder el Soviet prever el tiempo que hará? ¿Dónde están, entonces, los sabios del Soviet? Ahora, ya se prevé, en todos los observatorios del mundo, el tiempo que hará al día siguiente. De lo que se trata entonces es de ver un poco más lejos. Con una buena brigada de choque de meteorólogos, se puede, poco a poco, llegar a hacer lo que pide el compañero que me ha precedido en el uso de la palabra.

Una acalorada discusión se traba en torno a éste y otros comentarios relativos a las últimas cosechas. Me quedo yo pensando: “¿Por qué no va a poder el Soviet prever el tiempo que hará en el año? Con una brigada de choque de meteorólogos, se puede, poco a poco, realizar este deseo”. He aquí “algo muy pequeño y al alcance de todos”. No se puede plantear una iniciativa tan audaz, y que toca los límites de la extravagancia, en términos más sencillos y elementales

y, a la vez, más fervidos y generosos. Le digo, aparte, a Yerko:

—Me parece todo esto un tanto ridículo o, por lo menos, ingenuo. Permítame usted que le diga, compañero, que yo creo, por lo que he podido observar, que el carretero es un demagogo inconsciente. Su palabra se me antoja, a tal punto, declamatoria, que, si se tratase de un orador burgués, tentado estaría de creerle un pequeño arribista, que hace su camino. Pero...

El “sirviente” del “Europa” me interrumpe vivamente:

—¡Ah no! Eso no, compañero. ¡Arribista, ese carretero!

Se echa a reír y añade:

—Declamatorio, sí. Tiene usted razón. Este es uno de los defectos que tenemos: somos declamatorios. Pero no arribistas y ni siquiera demagogos. ¿Qué puede aspirar ese carretero? ¿En qué puede ser arribista? ¿Cómo? ¿Para qué? No sabe ni leer. Si fuese un arribista —con que no es posible entre nosotros—, empezaría por aprender a leer. Además —añade, señalándome a otro orador, que está hablando—, fíjese usted en ése. El mismo ardor y la misma exaltación del otro.

En efecto. El nuevo trabajador que habla, lo hace con idéntica convicción acalorada que el carretero. Así se producen todos los oradores rusos. Declamatorios, sí. Las épocas heroicas y revolucionarias de la historia, han sido todas grandilocuentes. La lucha tiene, inevitablemente, un aparato épico y una dinámica de estampido. El grito de dolor, el hurra acometivo, la arenga, el estridor de las armas, el jadear de los hechos, el

paso atropellado de la multitud, nutren el discurso, hinchándolo. La voz se hace, por fuerza, bóveda atascada de altura hasta las narices. La lucha social es una polémica a alta voz. Es cuando el pensamiento funciona hablando. Tal es el tono de los profetas y apóstoles antiguos, de la Reforma y de la Revolución Francesa.

Pero ¿demagogo? ¿arribista? ¿Y para qué? Al *leader* o aspirante a *leader* soviético sólo le espera una cosa: llegar a ocupar un alto cargo y a jugar un alto rol dentro del Partido Comunista. Y jugar un alto rol bolchevique, significa sacrificio personal, desgarrada heroicidad. ¿Y para el *leader*? A éste, individualmente, ¿qué provecho ni ganancia le trae un tal papel? Ninguno. Todo lo contrario: el desvelo, las privaciones, las responsabilidades de toda hora. Apenas le queda, como única recompensa, la íntima satisfacción moral de servir así a la revolución y a la humanidad. Una semejante ambición por una gloria tal, no puede, ciertamente, llamarse arribismo. A esa gloria se llega en el mundo soviético a fuerza de trabajo, de inteligencia, de desinterés y abnegación. Allí está la vida de Lenin, la de Trotski, la de Stalin. Lo que sucede es que nosotros, los burgueses, tenemos tan desarrollado el sentimiento de interés individual por los bienes bajos y egoístas de la existencia y estamos tan habituados a no ver en torno nuestro más que ese interés, que nos cuesta trabajo concebir la vida desde el ángulo colectivista, generoso y desinteresado, del militante bolchevique. Nos cuesta trabajo y no nos entra.

LOS OBREROS DISCUTEN SOBRE LITERATURA

La crítica de masas sobre la literatura soviética ofrece, igualmente, muchas sugerencias y enseñanzas. Los obreros del Club —en su mayoría integrado por simples manos de obra, los “sirvientes”—, discutían esa noche un estudio de Lunatcharski, aparecido unos días antes de la “*Isvestia*”, sobre la nueva escuela literaria francesa, el *populismo* y sus relaciones y diferencias con la actual literatura rusa. En el extranjero se exclamará con un poco de escepticismo y otro mucho de burla:

—¿Los sirvientes, discutiendo y criticando públicamente las teorías estéticas de un ex-Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes?

La respuesta la habían obtenido por anticipado, oyendo hablar a los "sirvientes" de Moscú. Uno de ellos decía:

—Eso del *populismo* no pasa de una moda. Como ya los escritores burgueses han agotado todos los "inventos", salen hoy volviéndose hacia nosotros con igual facilidad con que se habrían vuelto, o pueden volverse, más tarde, hacia los criminales, por ejemplo, hacia los locos o hacia los deportivos. Eso no va a ninguna parte, porque es una simple excentricidad.

Otro aducía:

—Además, de los "sirvientes" ya se han hecho novelas, hace siglos. Los rusos y los franceses ya lo han hecho.

—Lo que quieren —decía una obrera— es halagar a los trabajadores, para dorarles, con ensueños literarios, la píldora amarga de la vida.

Yerko terció:

—Yo no sé nada de esas cosas. A mí no me vengan los escritores burgueses a hacerme leer nada. Lo poco que he leído de ellos no es más que corrupción, adulterio, asesinato, lujo.

Un oficial del Ejército Rojo, dijo:

—Este compañero tiene razón. Los escritores *populistas* tratan en sus libros siempre de esas mismas cosas: adulterio y corrupción. La diferencia está en que los ven por otro lado, distinto de los otros. Por otra parte, esos *populistas* escriben en los grandes periódicos de París, defendiendo, disfrazadamente, a la burguesía y a la cultura burguesa. En fin, los *populistas*, como muy bien lo dice el camarada Lunatcharski, lo que, a lo sumo, hacen, describiendo la existencia de las clases

populares, es suscitar la piedad por ellas. La piedad, compañeros, no la queremos, nosotros, los trabajadores. No queremos que nos tengan lástima. Con eso no se gana nada, aparte de que se nos inflige así una ofensa y un insulto. El obrero no mendiga nada. El obrero exige únicamente la justicia social para todos. La revolución es la lucha por la justicia y no hay que confundirla con el limosneo. No es gracia lo que se nos debe, sino justicia, justicia y justicia. Y esta justicia sólo se consigue a la fuerza, las armas en la mano, ya que los capitalistas no quieren devolver por las buenas lo que nos quitaron y siguen quitándonos todos los días a nosotros, los trabajadores y verdaderos propietarios del mundo. ¡Abajo, compañeros, todos los escritores burgueses, *populistas*, *superrealistas* y compañía! ¡Vivan los escritores revolucionarios!

Advierto que las palabras e ideas expuestas por los distintos oradores, son claramente comprendidas por la masa entera. Frecuentes son las interrupciones, destinadas a precisar y transparentar los términos de la discusión. Las preguntas de los menos iniciados e instruidos, llueven. Los otros las satisfacen con pacientes detalles. Momentos hay en que el tono intelectual se repliega en llaneza casi infantil. Con todo, el examen se mantiene siempre ceñido a la esencia, simple y humana, de cada problema. Aquí se aprende a comprender lo sencillo de los más arduos problemas sociales. ¡Qué lejos se está de las caparazones ideológicas y de las complicaciones filosóficas del juicio burgués! En la crítica de masas, el argumento es sincero; la palabra, justa; la convicción, des-

nuda; la idea, limpia; la intención, diáfana; el cuadro dialéctico, esquemático; el proceso, rápido. Resultado de este concurso de factores son las fecundas conclusiones, de carácter práctico y operante, que de tales debates se desprenden diariamente. La crítica de masas y, en general, las actividades ideológicas de los clubs obreros, constituyen una de las fuerzas más ricas y luminosas de doctrina revolucionaria en Rusia. Si en lugar de esperar de la Sociedad de Naciones el arreglo del mundo, lo esperase la humanidad de un Club Obrero, puede estar segura ésta que, a estas horas, la guerra sería tan imposible como lo es ahora la paz.

EL ARTE Y LA REVOLUCION

Un segundo momento sobresaliente de la sesión del Club Obrero, se refiere a las danzas domésticas. El tema de estas danzas está sacado de la vida y el trabajo diarios de los "sirvientes". Es un asunto rigurosamente proletario, por esto y porque los artistas —hombres y mujeres—, son igualmente obreros. La expresión, el estilo, el léxico, también lo son. La mentalidad con que están ideados los trajes y el decorado, también, así como la composición coreográfica y, por último, el canto: solos, dúos y coros. La emoción resulta de esta manera, lógica y profundamente revolucionaria, ya que la idea de proletariado implica la idea de revolución. Todo, en efecto, concurre en estas danzas al sentimiento de la lucha de clases, al de la justicia social, en fin, al sentimiento socialista. Es-

to se agita, tácita o expresamente, en el texto de las canciones y los himnos, en las figuras, en el desarrollo musical, en las alusiones literales y en las simples sugerencias.

Sin duda, la propaganda constituye aquí la punta de proa del espectáculo. Sin embargo, —y esto es lo extraordinario del arte soviético— propaganda y agitación política comprendidas, puede quedar, a la larga y, en muchos casos queda realmente en estas obras de arte, un respetable saldo favorable a la estética de todos los lugares y de todos los tiempos. La prueba está en la influencia que, ahora mismo, ejercen, desde un ángulo estrictamente estético, el teatro, la música y el cine soviéticos en los más avanzados círculos artísticos del mundo.

En fin, los números de música me revelaron otro aspecto, no menos luminoso e inesperado, del espíritu revolucionario ruso.

Se tocó en piano y balalaika, la "Canción Triste" de Tchaikowsky y, luego, la Rapsodia número 2, de Liszt. Confesaré que se me antojó a mí un tanto inoportuno, aquí, en un centro obrero soviético, el anuncio de la música del romántico húngaro. Pero mi sorpresa fué aún mayor, cuando ella fue ejecutada. Tras de los aplausos tributados a Tchaikowsky, cuya dulzura herbácea e idílica había sumergido a la masa en recogida ternura, los sonos pareados de la rapsodia, penetraron rápida e irresistiblemente en los pechos proletarios. Durante el tiempo que duró esta música, vi y sentí cómo vibraba la masa, poseída de un vasto calofrío espiritual. Esta, la masa revolucionaria, la del materialismo histórico, que ha

hecho con su sangre la más grande revolución económica de la historia y que no oye, día y noche, sino el martillo de las fábricas y el motor de los tractores; ésta, la masa socialista, dinámica y técnica, me estaba enseñando, a mí, pequeño burgués, contemplativo y arbitrario, indolente y egoísta, cuáles son y serán los derroteros, el signo, la fórmula dialéctica de la nueva sociedad por la que lucha. Esta masa me dice ahora: La sustancia primera de la revolución, es el amor universal. Su forma necesaria e ineluctable es hoy la lucha. Pero, mañana, cuando la lucha pase, —puesto que pasará, puesto que esa es la ley de la historia—, la forma del amor será el abrazo definitivo de todos los hombres. Y entonces tendrá cabida en los combatientes de hoy, forjadores de ese porvenir, todo cuanto, de una u otra manera, expresa la existencia de esa materia prima de la historia, que es, a la vez, la razón de ser de toda rebeldía y de toda lucha social: el amor. Hoy mismo ya, en las horas de relativo sosiego, los trabajadores pueden percibir y perciben, de cuando en cuando, a través de la lucha cotidiana, aquellas expresiones, directas y fuera de combate, del amor de los hombres. Esto me dice y trata de hacerme comprender la masa, mientras la balalaika de la estepa deja pasar por sus cuerdas los últimos compases de la rapsodia húngara. Yo guardo la enseñanza, sumisa y racionalmente.

Una compacta ovación, larga, interminable, sucede a la música. Observo que en los ojos de los trabajadores —de hombres y mujeres—. hay ahora una luz desusada, casi extraordinaria. A Yerko, le pregunto:

—¿Qué le ha parecido, compañero? ¿Le ha gustado Liszt?

—Sí, me responde, convencido, el "sirviente" del Europa.

Y yo sé, por experiencia personal, lo que valen los monosílabos en boca de un bolchevique. (a)

(a) Anotemos aquí un hecho que revela el proceso realmente democrático del arte soviético, la descentralización espiritual del país, la nivelación geográfica creciente de la vida artística: el mismo teatro y la misma música que se da y se oye en las grandes ciudades soviéticas, se da y se oye en las más apartadas regiones de Rusia. Es más todavía: muchas innovaciones artísticas, registradas como éxitos y logros positivos del arte ruso son de iniciativa y creación regionales. Esto testimonia, por lo demás, que la masa trabajadora —campesinos y obreros—, de Rusia, como de los otros países, es una fuente prodigiosa y casi intacta de cultura. El folklore proletario no está sino empezando. (Nota del autor).

EL PAISAJE MECANICO

Rusia es triste. La tristeza de la fuerza. De los inmensos kolkoz esparcidos en las estepas infinitas de las ciclópeas fábricas erguidas en los centros nerviosos de su geografía económica, emana una extraña impresión que he sentido ante las titánicas mamposterías del Canal de Panamá, ante los docks de Londres, ante las fábricas de Dresde, ante las zonas mineras del Rhur, ante los talleres y laboratorios de Grenoble y las sabanas marginales del Danubio. Es la tristeza de la pugna heroica del hombre o de la naturaleza por las formas superiores de la vida.

¡Nieprestoi! Desde el andén del ferrocarril, aborda la mirada todo el panorama de la ciudad industrial en construcción. La mañana es horriblemente fría. La atmósfera, de ventisquero. El terreno, cenagoso. Ha llovido toda la noche. Aquí

llueve diez meses al año, sin descanso. El Niéper resulta así, por la altura de su caudal, propicio para un "salto" marxista, para un plan quinquenal, en fin, para una audaz empresa industrial. Así es cómo el Soviet ha echado aquí las bases de una poderosa central eléctrica, destinada a producir fuerza motriz para la industrialización intensiva y moderna de esa zona. Terminada la totalidad de los trabajos, conforme al proyecto elaborado por el *Gozplán*, Rusia poseerá en Nieprestoi una estación eléctrica de cinco millones de caballos de fuerza, es decir, la más grande del mundo.

Descendemos, a campo traviesa, por una ligera pendiente, en dirección a la ciudad. El barro nos llega literalmente hasta las rodillas y nos envuelve un viento glacial, que sopla del otro lado del río. La perspectiva es grande por los cuatro costados. En todos los lugares de este inmenso país, que es Rusia, impera una constante sensación de distancia. Es lo contrario de lo que ocurre en Francia o en Inglaterra o en Italia, donde todo parece estar pegado a nuestras narices. ¿Será porque la naturaleza es así? ¿O porque es el hombre que imprime, por acto social, sus pesos y medidas en las cosas?

El conglomerado urbano que vemos a lo lejos, —la ciudad industrial— está integrado por numerosas aldeas yuxtapuestas y nacidas cíclicamente, unas tras otras. La más antigua data de remotos tiempos de la época zarista. Hoy se yergue, en el centro vital de todas ellas, el sector de laboratorios, gabinetes y oficinas, instalado recientemente para dirigir e impulsar las obras

de ingeniería y mecánica en construcción. El aspecto panorámico de la ciudad se completa y toma todo su carácter con las edificaciones gigantescas que se llevan a cabo sobre el río y que ocupan el lado austral de la región.

UN EQUIPO DE OBRERAS EN EL NIEPER

Nuestro primer contacto con la vida social de Nieprestoi, lo tenemos en un grupo de mujeres que avanzan, viniendo del norte, en dirección al mismo punto a que nosotros nos dirigimos. Son obreras de cantería y albañilería. Mano de obra. Se detienen ante una columna o pilar cuadrado y vacante de la ruta. Forman ahí un semicírculo gris e indistinto, entre una parda niebla evanescente. Sus trajes son oscuros y esquemáticos, apropiados color y corte, para el polvo, el barro y la lluvia. Al acercarnos, vemos que el pilar es una especie de barómetro enorme, un diagrama, en el que se registra, con líneas, cifras y colores, el movimiento diario de los trabajos. El diagrama parece ofrecer un cuadro claro, sencillo y completo del esfuerzo constructivo. pues veo que estas mujeres, —que no deben

ser, por cierto, muy instruídas— discurren con gran convicción en torno de los datos del pilar. El austriaco y yo también estudiamos el barómetro. Se trata de cifras de la víspera, de los trabajos del día anterior. Es un gráfico comparativo del rendimiento de los diferentes equipos de mano de obra femeninos en el cuartel octavo de la zona. Las obreras ponen, en sus comentarios, un acento ostensible de recíproca emulación.

—¿A qué equipo pertenecéis? —les preguntamos.

—Al número 3, —nos responden a una sola voz.

El equipo número 3 figura en el gráfico de la ruta con uno de los más bajos rendimientos. Volvemos a preguntar a las obreras:

—¿En qué trabajáis?

—En los terraplenes que quedan por allá, a la derecha, no lejos de aquí.

—¿Por qué figura vuestro equipo a la zaga de los otros?

—Por varias causas. Primero: porque casi todas nosotras vivimos muy lejos de aquí y llegamos un tanto ya rendidas al trabajo. Después, porque somos, en la mayoría, nuevas en esta clase de faenas. Después, porque, una por una, no disponemos de iguales energías para el mismo trabajo. Y luego, porque los útiles de trabajo que nos tocaron ayer, estaban muchos de ellos en malas condiciones. Y, en fin, porque...

—Todo esto no es culpa vuestra, según nos parece. Es culpa de una defectuosa organización del trabajo y del mal utilaje. Supongo que vo-

sotras habéis ya reclamado y que seguiréis reclamando, hasta que se haga lo necesario para ponerlos en condiciones de igualar a vuestras camaradas de los demás equipos.

—Hace tiempo que hemos reclamado y no se nos hace caso. Por eso, nuestro equipo se queda siempre atrás de los demás.

Muchas de ellas no pueden ocultar su desagrado de no poder rendir el mismo trabajo que otras. La tragedia económica de todos los tiempos: producir más, con el esfuerzo mínimo o, al menos, con el mismo esfuerzo. Esto ocurre también en la producción capitalista. Pero en Rusia ello obedece a otros estímulos. Aquí es la emulación socialista, la competencia desinteresada, la rivalidad por el orgullo y la satisfacción del deber social cumplido, en fin, el *match*, si queréis, por el *record* individual de revolución y de edificación colectiva.

—¿Formáis, sin duda, una brigada de choque?

—No. Formamos un simple equipo obrero corriente.

—¿De cuántas obreras se compone vuestro equipo?

—Se compone de ocho. Todas las que estamos aquí.

—Si no pertenecéis a una brigada de choque, ¿por qué, entonces, esa ansiedad de aventajar a los demás equipos? ¿Es, sin duda, porque ganáis así una prima?

—¡No! rectifican unánimemente. Lo duro del trabajo que hacemos, no corresponde a los cuantos kopeks que se nos paga por lo que hacemos

de más cada día, aparte de la faena ordinaria. Lo que nuestro equipo busca es únicamente colocarse a la cabeza de los otros equipos, porque así deben hacerlo todos los trabajadores de Rusia.

—¿Y para qué?

—Para que Rusia progrese.

—¿Y qué se gana con ese progreso?

—Vivir todos mejor. Comer y beber bien. Estar mejor en todo.

El socialista austriaco les pregunta:

—¿No creéis vosotras que estáis trabajando para otros, para que se lo coman otros?

—¿Quiénes?...

—No lo sé. Sois vosotras quienes debéis saberlo.

—¿El Soviet? ¿El camarada Stalin? ¿Los bolcheviques? ¡Quizá! ¡Tal vez! Pero el camarada Stalin trabaja tanto como nosotras y vive modestamente en el Kremlin. En cuanto a los bolcheviques, por allí andan viviendo como los demás. Ya pasaron los tiempos del Zar...

LA DIÁLECTICA Y LA MANO DE OBRA

Las obreras se alejan en dirección de los terraplenes. Unas calzadas de botas y otras de zapatos anchos y gruesos, como de hombre, las vemos hundir sus pies en la ciénaga, encendidos los rostros, fornido el talle, rápido el paso. Las seguimos. Tras una corta andada, volteamos un altozano y llegamos al cuartel de cantería número 8. Un gran número de obreras acuden de distintas direcciones al lugar de trabajo. Este es una zona inmensa, situada a la margen izquierda del Niéper, donde se cava y extrae cascajo para la fabricación de betón.

El viento, con el crecer del día, aumenta, sopla más fuerte y se hace cada vez más frío. Las polleras de las obreras se alborotan. Pero casi todas vienen, por cierto, vestidas de prendas cortas, estrechas, ceñidas, empezando por la falda

y terminando por la saya. Si se divide esta falda en dos verticalmente, toda la indumentaria se masculiniza de golpe. He aquí, en su más simple expresión, la frontera económica de ambos sexos. Uno u otro se sentirían, con este traje, a sus anchas para las faenas en los terraplenes.

Empieza el trabajo. Tras el reparto de útiles y herramientas y una rápida revista de las obreras, éstas se dispersan, por equipos, siguiendo, sin duda, un croquis establecido de antemano por invisibles técnicos. A los pocos minutos, vemos en torno nuestro una multitud de cuerpos sometidos a diversos movimientos, con distinto ritmo y en tiempos diferentes. Las obreras operan directamente sobre la tierra. Apenas las separa de ésta un objeto casi insignificante: la herramienta. Tal es la posición de la mano de obra dentro de la producción: más cerca de la naturaleza que del pensamiento. Su acción, por consiguiente, está sujeta estrechamente a los rigores telúricos, que el pensamiento —supremo inventor y dispensador de comodidades— no ha logrado hasta hoy vencer sino en muy ínfima parte. El socialista me dice:

—¡Pobre gente! Es, indudablemente, un trabajo duro el de la mano de obra, y, más todavía, hecho por una mujer. Sin duda, hay que ser muy fuerte para realizarlo y más aún en este clima y al aire libre.

En efecto. Por mucho que estas mujeres estén acostumbradas al clima y al trabajo material, veo claramente en sus ojos y en sus gestos, reflejarse penoso el esfuerzo, difícil y reacio el trance productivo. La costumbre no modifica el carácter y la naturaleza objetiva del acto al cual uno

se acostumbra. El acto penoso sigue siendo penoso. Lo que uno ha hecho es acostumbrarse a esa pena, que continúa siendo una pena. La costumbre está aquí figurada por el callo. Pero el callo, es una excrecencia natural, una expresión orgánica de salud, si no una indurancia anormal, un signo enfermizo, una exteriorización de dolor. La burguesía repite con frecuencia que los trabajos duros de los obreros, son duros únicamente para los que no están acostumbrados a ellos, pero no lo son para los obreros, que están habituados a practicarlos. ¡Como si la costumbre tuviese, en este caso, la virtud divina de volver alegre o, al menos indolora, la pena del esfuerzo! No. La costumbre no santifica nada. Más aún: la costumbre, en si misma, está en contradicción con la ley del movimiento y transformación incesantes de la historia. Lo demás no pasa de una posición clasista de sociología conservadora.

Estas mujeres que así están trabajando ahora en las grandes construcciones del Niéper, sufren, con toda evidencia, al efectuar sus faenas. Las acometen y las llevan a cabo con dolor. Su esfuerzo es un desgarramiento. Hay en el fondo de él, no obstante su entusiasmo y abnegación colectivos, un principio trágico, tenaz e inherente a este trabajo. Las obreras, al realizarlo, no son felices. El trabajo es aquí una desgracia. El socialista austriaco tiene razón. El trabajo de la mano de obra es duro y más si lo realizan las mujeres, en un clima tormentoso y al aire libre. He aquí, resumida la ecuación trágica de tales faenas. En la ecuación apenas entra, con un signo menos secundario, el fervor revolucionario del trabajador. El

esfuerzo resulta siempre dramático, con todas las proporciones y caracteres de una lucha y de una heroicidad.

Mientras el hombre haga dentro de la producción, lo que podía y debía hacer la máquina, eso que haga será siempre un esfuerzo penoso. La máquina, reemplazando al brazo humano, en todos los trabajos que ella es capaz de verificar, redimirá al hombre. La mano de obra espera esta redención, total, definitiva. Ella viene ya redimiéndose del trance penoso del trabajo en general, desde el instante en que fue inventada la primera herramienta. La técnica contempla y busca, entre otros objetivos de bienestar social, el advenimiento definitivo del trabajo alegre, que ha de reemplazar y está ya reemplazando al trabajo doloroso. Así lo exige la dialéctica de la producción. Esto se realiza, en parte, dentro del sistema capitalista y no como efecto práctico de ningún altruismo patronal, sino como resultado ineluctable y entrañado orgánicamente al proceso histórico objetivo de la economía.

LA MUJER EN LA ECONOMIA BURGUESA Y EN LA ECONOMIA RUSA

Pero ¿qué ha hecho y qué hace el Soviet en este terreno?

—Ya está usted viéndolo con sus propios ojos —me decía el socialista de Viena—. El trabajo de la mano de obra —duro y embrutecedor ya por sí mismo y tal como se efectúa en el sistema capitalista, ha sido aquí, en Rusia, en el país del proletariado, agravado por el Soviet. Ha sido agravado en profundidad y en extensión. Lo primero porque el Estado ha emprendido trabajos para los que carecen absolutamente de utilaje. Usted habrá tenido ocasión de ver que en Alemania, en Francia, en la Gran Bretaña y, particularmente en los Estados Unidos, existen y se emplean numerosas máquinas en la perforación, descuaje, levantamiento y transporte de cascajo de las cante-

ras. Son éstas, faenas que la mano de obra realiza en condiciones más o menos confortables. Aquí, como está usted viendo, no existen esas máquinas y los obreros trabajan en condiciones lamentables. De otra parte, el mal ha sido agravado en extensión, porque no sólo son los hombres los que lo sufren, sino también las mujeres, cosa que no ocurre en ningún país del mundo. Mire qué espectáculo: las pobres mujeres se debaten penosamente, manejando la pala, el pico, la azada, la parihuela. El sexo débil no puede suministrar la considerable energía física, necesaria a esta suerte de labores. Esto, realmente, es un crimen de lesa humanidad. Por último, semejante trabajo, realizado en la forma y circunstancias que estamos viendo, es un error económico inaudito. La productividad, aquí, se reduce a cero. Por muy bajos que sean los salarios que perciban estas mujeres, su rendimiento no los compensa, seguramente.

Más tarde, añadía, muy intrigado:

—Me gustaría conocer cuál es el porcentaje de mano de obra en Rusia. Por cierto, será difícil obtener datos exactos, tratándose de un país tan grande. Pero me parece que ése es un dato de primera importancia, para comprender la capacidad industrial de estos momentos del Soviet.

Sin embargo, la cuestión es, probablemente, mucho más compleja de cómo la plantea mi compañero de viaje.

Registremos, sin embargo, como ciertos, los dos hechos advertidos por el socialista austriaco: el trabajo de mano de obra se lleva a cabo en Rusia en condiciones elementales, primitivas, atrasadas y nocivas para el trabajador; y este trabajo,

en estas condiciones, se ha extendido en el país, arrastrando también a él a las mujeres. Todo esto es verdad. Pero todo se halla en parte debatido y explicado en mi libro "Rusia 1931". De otro lado, todo es, en éste como en cualquier otro terreno, relativo y, a veces relativísimo. Es relativísimo, primero: porque el trabajo que los obreros hacían, la víspera de pasar a la industria soviética, se efectuaba en condiciones mucho más duras y nocivas, pues vivían en sus *itzbas* como trogloditas, en la desnudez y en el hambre, mientras que su intervención directa y activa en la edificación industrial del país, no sólo ha suavizado sus trabajos —reduciendo las horas de su jornada, supervigilando sus faenas para protegerles de peligros y accidentes—, sino que los ha iniciado en la vida consciente por la escuela y la práctica viviente de la cultura proletaria y les permite ganar un salario suficiente para satisfacer sus necesidades elementales y cotidianas. Una ligera comparación entre estos trabajadores y los *mujiks* que aún viven actualmente alejados de las actividades industriales del país, basta para confirmar lo que decimos. Segundo: porque millones de obreros del régimen capitalista trabajan en peores condiciones que la mano de obra soviética. Como ejemplo, dése un vistazo en los asientos mineros del Transvaal, de Sudamérica y de España, a los astilleros norteamericanos, ingleses y japoneses, a los obreros agrícolas de Australia, Argentina, Italia y Europa oriental, al régimen de trabajo en las colonias de Asia y Africa. Hasta en el mismo género de trabajo que nos ocupa —la cantería—, la técnica usada generalmente en Francia, Austria, Italia, España,

no es superior a la de los obreros del Niéper. Tercero: porque aún comparándolos con los de los Estados Unidos, si éstos, por ahora, trabajan en mejores condiciones que los de Rusia, los de aquí, en cambio, viven en una sociedad de rigurosa democracia y sirven, libre y conscientemente, a la revolución, que ha de traer la justicia social y el bienestar, por igual, para todos los hombres. Esta última diferencia es de una importancia decisiva en la cuestión. Cuarto: porque la mujer, en la sociedad burguesa, ha sido arrastrada en los últimos tiempos, a actividades mucho más nocivas, física y moralmente, que en Rusia. Durante la guerra imperialista de 1914, y mientras los hombres morían en las trincheras, eran las mujeres francesas, alemanas, inglesas, yanquis, que trabajaban en las fábricas de municiones y armas, doce y catorce horas al día, con salarios miserables, a la fuerza, y con centinela de vista. Por regla general, la mujer interviene hoy en la producción económica capitalista, inmolando en ésta cuerpo y alma. Trabaja como una esclava y se prostituye al mismo ritmo. Eso pasa con las legiones de obreras de metalurgia, tejido, costura; con las sirvientas, las empleadas, vendedoras, cajeras, dactilógrafas, profesoras, sin contar los millones de mujeres que la miseria obliga y empuja al burdel y al bulevar, al café y al cabaret. Véase los millones de mujeres tuberculosas, raquílicas o atacadas de otras enfermedades, que perecen víctimas de la explotación burguesa en las grandes urbes capitalistas. Hasta cuando la mujer ayuda a su marido, colaborando con él en tal o cual comercio, lo hace prostituyéndose, como medio de facilitar así una transacción

o simplemente de atraer la clientela. En Rusia, el Soviet ha suscitado y promovido en la mujer únicamente una inclinación sana y racional y tomar parte directa, consciente, por su propia cuenta e independientemente del hombre, en la producción económica colectiva. La inclinación es sana y racional, primero: porque obedece a una ley dialéctica de la historia según la cual el trabajo tiende a ser cada vez más colectivo, atrayendo a él la totalidad de las fuerzas sociales; segundo: porque las buenas condiciones actuales de salud de la mujer rusa le permiten metabólicamente realizar ciertos trabajos físicos, sin violentar la naturaleza y posibilidades inherentes de su sexo. La ciencia y la experiencia diaria han demostrado que estos trabajos, no solamente no hacen daño a la salud de las obreras, sino que las robustece. Tercero: porque, moralmente, tales labores encienden en las mujeres un nuevo sentimiento de la vida, cual es el de la solidaridad socialista en el trabajo. Este sentimiento las transforma, por cierto, en una dirección muy distinta a la que siguen las mujeres en el sistema capitalista, bajo el yugo de la explotación simultánea de su sexo y de su espíritu. La obrera o *midinette* más oscura e ignorante es, justamente, la que más forzada se ve, por la miseria y por su propia ignorancia, a traficar allí con su cuerpo a merced de sus patrones, sus jefes o, simplemente, del primero que le paga una comida o un sombrero. Por lo que toca a las otras —banqueras, comerciantes, mecanógrafas—, la eficacia o éxito económico a base de la prostitución, llega a límites que asustan. En suma, la mujer que hoy trabaja como mano de obra en Rusia, sigue un

derrotero ascendente de promoción económica y social, mientras que la que trabaja en los países capitalistas, independientemente o como obrera, avanza hacia su ruina moral y material.

RENDIMIENTO DEL TRABAJO

En cuanto al coeficiente de rendimiento de la mano de obra soviética, anda lejos de ser un error económico inaudito, como decía el socialista austriaco, imitando a Kaustky, a Dubreuil y a los economistas de "Le Populaire" y del "Vorwaerts".

Comparando los coeficientes de rendimiento de trabajo en Rusia de 1928 a 1932, o sea de los comienzos del Plan Quinquenal con su fin, se ha registrado un aumento de 135%, pues mientras en 1928 la energía mecánica por obrero era de 2.490 kwh, en 1932 llega a 5.184. Los salarios han aumentado en igual período en un 92%. La diferencia entre uno y otro aumento está constituida por la abnegación y emulación socialista.

Ahora bien: ¿dónde hay que buscar las causas del aumento de esta base energética del trabaja-

dor ruso? Indudablemente, en tres fuentes simultáneas: en la mejora del utilaje, en las buenas condiciones de existencia del obrero y en el entusiasmo que éste despliega por la edificación socialista. La simple existencia objetiva de los porcentajes indicados, así lo prueba.

Recuérdese por lo demás, que como decía Lenin, "la base económica de la violencia revolucionaria, la prueba de su vitalidad y de su triunfo está en que el proletariado persigue y obtiene una organización social del trabajo superior a la del capitalismo". Grinko añade: "El sentido de la reconstrucción económica de Rusia reside, sobre todo, en la transformación radical de la base energética y en la mejora del utilaje puesto a la disposición del trabajo humano".

¿Llegarán los reformistas a entender esto y a percibir y reconocer lealmente la actual realidad de Rusia sobre el particular?

DESTINO DIALECTICO DE LA MANO DE OBRA

Con todo y aún probado como queda que el Soviet, contrariamente a lo que dicen sus enemigos, no ha agravado las condiciones y formas de trabajo de la mano de obra, sino que más bien las ha mejorado en relación con las que se observan en muchos países capitalistas y con las que en la propia Rusia se practican fuera de la producción de Estado, falta todavía ver qué ha hecho y qué hace el Soviet para liberar a los obreros, del trabajo intrínsecamente penoso de la mano de obra. En otros términos, falta conocer los esfuerzos prácticos y efectivos que la revolución rusa lleva a cabo, para maquinizar al máximo la técnica de producción, tomándola, para ello, en el punto a que ha llegado en el sistema capitalista.

La respuesta iremos hallándola, poco a poco, lo largo de nuestro reportaje. Ella debe ser de tal naturaleza, que no ha de ser dada en palabras, sino en realidades vivas y palpables. Por el momento, registremos una de éstas: en la prensa, en los órganos sindicales y de fábrica, en las asambleas y reuniones obreras, en las sesiones y debates del Partido Comunista, en fin, en la boca de las masas de trabajadores del país entero, se habla, en tono urgente y repetido, de la necesidad diaria, apremiante y casi angustiada de obreros calificados para todos los trabajos. Por todas partes y en las diversas regiones del país, se abren nuevas escuelas e institutos politécnicos y se amplían y perfeccionan otros. En las Universidades, ramos científicos de aplicación inmediata, abarcan el alumnado más numeroso. Las Facultades Obreras establecidas en las fábricas y centros industriales importantes, preparan a millares de manos de obra, para labores técnicas y especialistas. Los llamamientos del Consejo Nacional de Economía del *Gozplán* y del Consejo Central de los Sindicatos de la Unión, para atraer a las masas de mano de obra al aprendizaje de oficio y especialidades, son cada día más frecuentes y hasta desesperados. Signos son todos éstos de que la producción atraviesa por una etapa de técnica avanzada, dentro de la que la necesidad de obreros calificados es tanto o más ayuda q' la de mano de obra, lo cual no es difícil comprender, si se tiene en cuenta lo que hemos dicho ya en párrafos anteriores, o sea que el trazo dominante de la actual economía rusa, lo constituye la industria pesada, la fabricación sobre el terreno de los

instrumentos de producción fundamentales, de las máquinas para fabricar máquinas. Por otra parte, la colectivización mecánica del campo, es el segundo trazo característico de la actual economía soviética. Ambos implican una técnica ultra-avanzada, pues ni una ni otra cosa son posibles sino a base de un aparato de producción —máquinas y obreros—, de suma perfección y de una sutileza mecánica casi intelectual, en medio de su complejidad y precisión implacables.

Que las condiciones necesarias para semejante tecnización, se hallan, a esta hora, satisfechas, se deduce del proceso del Plan Quinquenal, en el último año de su realización. ¿Qué nos dice el resultado de dicho Plan?. Nos dice, primeramente, que existen, a la hora actual, una serie de núcleos de industria pesada ya en funciones y otros en construcción, cuyo desarrollo, en cuanto a su capacidad productiva y a su perfeccionamiento ilimitado, espera y exige una masa de obreros especialistas infinita. Nos dice, luego, que esta misma producción de máquinas para fabricar máquinas, ha empezado a lanzar a los talleres millones de aparatos e instrumentos destinados a la fábrica de productos de uso y consumo inmediatos. Nos dice, asimismo, que igual cosa ocurre con los tractores y demás instrumentos de producción agraria colectiva, que están saliendo en cantidades fantásticas de la industria de base. Y todos estos aparatos y máquinas, destinados al taller y al campo, también esperan y exigen otras tantas masas de obreros calificados para manejarlas. El resultado del Plan Quinquenal nos dice igualmente, que tales datos y resultados testifican un cre-

cimiento innegable de la capacidad financiera del Soviet, que irá afirmándose, a su turno, a base de la influencia automática que esos mismos resultados ejercerán y están ejerciendo ya en la economía rusa. Por último, el resultado del Plan Quinquenal nos dice el enorme grado de intervención a que han llegado las masas trabajadoras soviéticas, —obreros industriales y campesinos—, en los distintos aspectos de la edificación socialista del país. Una y otra cosa, —la holgura financiera del Soviet y la intervención creciente de las masas en el trabajo colectivo—, constituyen, sin duda, otros tantos elementos de primera importancia para la tecnización de la economía, por el utilaje y por el obrero.

La proletarización y tecnificación de la masa rusa se realizan de dos maneras. La una consiste en la entrada de la masa campesina directamente a las escuelas e institutos politécnicos, a las Facultades Obreras y a las Universidades Industriales, donde aprenden un oficio o especialidad; la segunda consiste en su ingreso previo a los trabajos de mano de obra, para pasar luego a una especialidad, por estudios y cursos en esos mismos centros de enseñanza. De donde resulta que la afluencia de trabajadores a las esferas técnicas, es mayor o acaso doble de la afluencia a los trabajos de mano de obra, pues al terreno especialista acuden, como vemos, directa e indirectamente. Así es como vemos que si la mano de obra ha aumentado y sigue aumentando en Rusia, el número de obreros especialistas aumenta más todavía, y su aumento lleva tal velocidad, que la maquin-

zación tiende a absorber, literalmente y en plazo corto, la totalidad de los trabajadores del Soviet.

En general, la envergadura y velocidad de la industrialización soviética han alcanzado tales proporciones, que el ritmo de la proletarización y tecnización de las masas no guarda proporción con ellas y, en estos momentos, la falta de obreros calificados y de mano de obra, adquiere una acuidad realmente exasperada.

ACCIDENTES DEL TRABAJO SOCIALISTA

Abandonamos los terraplenes y seguimos bajando hacia el río. Vamos ahora al centro mismo de la estación eléctrica en construcción, al corazón económico de la ciudad industrial.

El frío aprieta. Sobre todo, es el viento y el barro. Ciertamente, estamos en uno de los climas más duros y glaciales de Rusia. En la ceja misma de la vertiente, la humedad y agitación de la atmósfera nos penetran hasta los huesos.

Cruzan ante nosotros y en diversas direcciones, obreros y obreras, en grupos o aisladamente, discutiendo ante unas cuartillas de notas o con herramientas piezas de metal en las manos. Su andar es rápido, casi impaciente. El traje, como el de los trabajadores de las ciudades tradicionales, aunque más burdo y descuidado. Por todo abrigo, ante

tanto frío, llevan las mujeres, sayas que las cubren hasta la cabeza, y los hombres, una pelliza de cuero o de tela gruesa. La mayoría lleva enormes guantes de cuero. Raro es el obrero que lleva barba. Y todos, jóvenes, de menos de cuarenta y cinco años. Muchos se detienen a leer y comentar los diagramas de madera en colores, expuestos en numerosos pilares esparcidos en las rutas y callejuelas. A veces, de lo que se trata es de periódicos obreros manuscritos, con dibujos y caricaturas a tinta o a lápiz de color y hasta con fotografías. Son los órganos murales, la prensa diaria del proletariado de Nieprestoi, destinada a reflejar la vida y las luchas —con todas sus lacras y sus heroísmos—, de la masa que edifica el socialismo.

Atravesamos el puente del Nieper a pie. La anchura del río, en esa parte, mide unos cuatrocientos metros. Su travesía se hace lenta, a causa de los trabajos que se llevan a cabo a lo largo del puente. Sobre éste se hallan superpuestos tres pisos y, lateralmente, a uno y otro lado, los cimientos y muros de sostén se suceden en arcadas. El conjunto está construido de betón. Por cada arco circula, a lo largo del río, una formidable corriente de aire, de unos veinte y cinco metros por segundo de velocidad. Al salir del puente, por el lado opuesto, nos detenemos de pronto ante una mujer que se ha desmayado. Su cuerpo exánime, se halla arrebujado sobre unas tablas y contra el muro del puente. Esta completamente fría, quizá muerta. Los otros obreros pasan ante ella, sin siquiera mirarla, de prisa y absorbidos. ¿Desde qué hora yace esta obrera aquí? ¿No hay en estos

trabajos, duros por sí mismos y por la inclemencia del clima, un servicio sanitario y farmacéutico apropiado. El socialista austriaco me dice, con su peculiar pesimismo:

—¡Cómo en cualquier centro industrial capitalista! Ni más ni menos. En Rusia, bajo el Soviet, como en los Estados Unidos o Alemania, bajo la república burguesa, hay obreros que perecen en su trabajo y nadie puede evitarlo. Aquí tiene usted la prueba. Esta pobre mujer tiene, seguramente, una congestión del horrible frío que hace y la dejan morir como un perro...

—En efecto, —nos ha dicho después un obrero, al que le hemos contado el caso de esa mujer—. Existe un servicio sanitario en Nieprestoi, pero no es ambulante, porque no ocurre casi nunca semejante accidente. La gente está aclimatada al frío. Todos son nativos de la región. El caso de esa compañera es raro. Sin duda, debe haber estado enferma y el frío la ha fulminado... ¡Los accidentes del trabajo! Los hay también en Rusia. Aquel mismo día, en Nieprestoi, hemos visto caer, desde una gran altura, una formidable plancha de acero, de varias toneladas y aplastar a dos obreros. El hecho causó estupor extraordinario entre los trabajadores, que no están acostumbrados a semejantes desgracias. La sangre de los dos soldados del trabajo, de estos dos héroes de la revolución socialista, llenó de visible dolor a los demás. Un calofrío paralizó un momento a la masa trabajadora, testiga del accidente. Los obreros soviéticos no han perdido, en medio de sus luchas y sacrificios diarios, la sensibilidad para el dolor, particularmente si éste proviene de un error, de

una imperfección o de un defecto de la técnica y es, por consiguiente, evitable. En las fábricas capitalistas, al contrario, los obreros parecen de accidentes parecidos, sin que los patrones y ni los propios compañeros de trabajo, se emocionen. La frecuencia con que ocurren tales catástrofes los ha encallecido. Y, sin embargo, el efecto debería ser más profundo y doloroso, puesto que los accidentes del trabajo capitalista provienen de defectos, errores e imperfecciones técnicas mucho más evitables que en Rusia, ya que ellos tienen, a su vez, por causa, la racionalización desenfrenada y usurera, propia del sistema patronal. Probado está que el 90% de esos accidentes se producen por la explotación *áoutrance* de que es víctima la masa trabajadora.

En Rusia, un accidente del trabajo, —como el de Nieprestoi—, conmueve y sacude el ambiente social. Primero, porque, como ya se ha dicho, hechos así acontecen muy rara vez y, luego, porque se tiene la convicción de que, en principio y por regla general, todos los accidentes del trabajo pueden ser evitados. Es así cómo se instruye inmediatamente un proceso, para deslindar responsabilidades. Casi siempre, éstas aparecen con gran claridad y consisten en descuidos, imprevisiones o imprudencias individuales, que se castigan con una severidad realmente implacable. Así se procede en los accidentes ferroviarios, en las minas, en los talleres, etc. Las catástrofes se hacen, de este modo, cada vez más raras en Rusia.

EL FRIO Y EL CONFORT DEL PORVENIR

El obrero interpela a otro trabajador que pasa a la sazón junto a nosotros y éste acude inmediatamente a un teléfono vecino, para dar aviso al Servicio Médico. Yo le digo a nuestro interlocutor:

—¿Es usted obrero?

—Sí. Metalúrgico. ¿Y vosotros?

—Somos extranjeros y visitamos Rusia.

—¿Queréis que os acompañe?

—Gracias. Pero estará usted ocupado.

—No. Ocupado, si. Pero no de urgencia. Iba al Club Obrero a oír por radio noticias del extranjero. Estoy libre hasta la una de la tarde, hora en que vuelvo a mi trabajo.

—¿Pertenece usted al Partido?

—No. Pienso entrar a él este año.

Los tres subimos por la vertiente derecha del río hasta los laboratorios. La conversación se anima. El metalúrgico es un hombre simpático. Es joven y cordial y parece interesarse profundamente en la política extranjera. Pero yo, que no puedo aún olvidar a la obrera del puente, le pregunto:

—La revolución social es, en efecto, una cosa maravillosa. Pero, compañero, el frío es también algo terrible. ¿El socialismo suprimirá también el frío inaguantable de la estepa, como va a suprimir y está ya suprimiendo la injusticia social?

El metalúrgico responde sonriendo:

—Desde luego. El socialismo suprimirá también el frío. Lo suprimirá con los progresos de la industria. Las posibilidades de la ciencia y de la técnica son infinitas. Ahora mismo, existe la calefacción en las casas e interiores de las ciudades, y aún se tiende a instalarla en las calles. Ahora mismo, para las clases sociales ricas, el frío no existe. Aunque estén en medio de las nieves perpetuas, el confort, trajes, alimentos y género de vida apropiados, las ponen a cubierto del frío y de las temperaturas peligrosas. El problema se reduce, por consiguiente, a generalizar ese confort a todas las capas y sectores sociales, o lo que es igual, a socializarlo. El confort debe ser para todos. Hay que hacerlo llegar a todas las alturas y los valles, a todos los meridianos y rincones del mundo.

—Eso, arguye el socialista austriaco—, puede hacerlo también el capitalismo. Estamos viendo ya cómo, en los Estados Unidos, el automóvil por ejemplo, ha llegado hasta los obreros.

Dice el metalúrgico:

—En efecto, el capitalismo ha procurado, en parte, un cierto confort al proletariado. Es verdad. Pero únicamente en una parte infinitamente mínima. Nadie podrá sostener que el aceitador de máquinas de las fábricas de Ford, disfruta del mismo confort que la familia de éste.

En el mejor de los casos, un obrero medio norteamericano posee el diez por ciento, a lo sumo, de las comodidades de un patrón. Pero he aquí que hemos llegado a un instante en que ni aún ese confort mínimo es posible acordar al trabajador. Los conflictos entre el capital y el trabajo, cuya expresión más aguda y universal la constituye la actual crisis económica, ha destruído, entre otros movimientos ascendentes del sistema capitalista, el alza de salarios. Y no sólo lo ha detenido, sino que ha hecho bajar hasta un 40% esos salarios. De otro lado, se ha pretendido mantener el volumen de la producción al nivel al que había llegado y hasta se ha querido aumentarla. Una contradicción ha surgido de semejante juego: la disminución de la capacidad de compra en todos los mercados, frente a una superproducción. El cierre de fábricas y la falta de trabajo han venido luego a agravar la situación económica de las masas, a tal extremo que el obrero carece, él y su familia, del pan de cada día. El que tenía automóvil, se ha visto obligado a venderlo, si ha encontrado comprador, cosa que resulta ya difícil o imposible. El obrero no sólo, pues, no puede aumentar su confort, sino que lo reduce. De otro lado, habiéndose detenido la producción capitalista con todos los caracteres de una deba-

de irremediable, no se puede pensar en generalizar el confort a todos los sectores sociales y a todas las latitudes. Los recursos y elementos actuales no bastan para esta democratización universal, que exige una producción centuplicada y de muchos años.

—Pero el día que pase la crisis, —replica el socialista austriaco...

—Al paso que llevan las cosas, —le digo yo— resulta quimérica toda esperanza en ese sentido. La bancarrota se precipita a un ritmo que espanta. No hay sino que comparar la situación de 1921, 1923, 1929 y 1931. Jamás, en la historia del capitalismo, la depresión ha conocido una curva más honda ni más dilatada.

El metalúrgico añade:

—En Rusia, por el contrario, la economía social progresa a grandes pasos y a los ojos de todo el mundo. Ella tiene vida propia. Mientras la crisis mundial hace estragos en la economía de todos los países del globo, sólo Rusia se mantiene ileso y vive cada día mejor y con mayor holgura. Esto lo han reconocido ya, amigos y enemigos de la revolución. No tenéis sino que ver lo que pasa económicamente entre nosotros y cómo se vive aquí.

II

LA CENTRAL ELECTRICA MAS PODEROSA DEL MUNDO

Nuestra permanencia en las oficinas y laboratorios es corta. Mi reportaje concierne más a la manera de vivir del proletariado en Rusia, que al desenvolvimiento técnico de la economía soviética. Unos cuantos datos me bastan para enfocar globalmente lo que es hoy y va a ser Nieprestoi, según el nuevo Plan Quinquenal.

Nieprestoi va a ser, como hemos dicho ya, una gran central eléctrica, a base de la fuerza hidráulica del río. Pero, también será una gran fuente de irrigación, para la época de sequedad absoluta, que abrasa varios meses de verano. En fin, se va a canalizar el agua en una longitud considerable, para hacerla navegable. Al efecto de realizar estos tres proyectos, se llevan a cabo en la ac-

tualidad ingentes obras de ingeniería hidráulica, tales como inmensas esclusas, instalación de gigantes turbinas, construcción de una barrera elevadísima e indestructible para el salto del agua y edificación y montaje técnico de la central eléctrica propiamente dicha. En cuanto a la urbanización adecuada de la zona para la masa obrera que trabaja aquí, se trata, como ya he dicho, de un conglomerado heterogéneo de pequeñas aldeas, de carácter provisorio, pues ellas deben desaparecer en el momento en que las obras del río terminen, para dar lugar a una nueva y gran ciudad industrial, fundamental y completamente social.

La altura de la caída del agua deberá alcanzar cuarenta metros, término medio, entre invierno y verano y la fuerza hidráulica será, como hemos dicho, de cinco millones de caballos. En estos momentos, esta fuerza es ya de millón y medio. El número de turbinas construídas es de nueve, con las cuatro instaladas en mayo de 1932. El betón necesario para la barrera general y las esclusas, es de 1.500.000 metros cúbicos, de los cuales ha sido ya fabricado y utilizado, más o menos, un millón. En 1931, se fabricó en un solo día, 5,000 metros cúbicos, cantidad que ha batido el record mundial de fabricación de esta materia.

Desde la puerta de los laboratorios, observamos unos instantes, los trabajos que ejecutan sobre el río. Es un espectáculo grandioso y de una fuerza impresionante. Se trata de un solo y vasto cuerpo de mampostería, de varios pisos, en el que trabajan miles de obreros, movilizandó máquinas e instalaciones de albañilería de gran aparato. A lo lar-

go de toda la altura y distribuídos en sectores superpuestos, se agitan cientos de equipos de trabajadores, circulando verticalmente o en asíntota por las escaleras, pegados como grupos de insectos a la gran muralla o bullendo en los diferentes pisos y al pie de ella, en un hormigueo incesante. A la derecha, se yerguen las primeras armaduras de la central eléctrica, a manera de una inmensa telaraña, y, a la izquierda y al norte, aparecen las aldeas proletarias, en manchas grises y blancas, sobre el azul de prusia del paisaje. Hacia el sur, el Niéper se aleja y se pierde pronto, bajo la línea brusca y negra de compactos nubarrones.

Junto a los laboratorios y oficinas —que ocupan edificios magníficos y flamantes—, se hallan unas casas de vivienda, cuyo aspecto difiere visiblemente de los demás. Aquéllas parecen mejores, más cómodas y más hermosas. Son las casas donde habitan los técnicos e ingenieros norteamericanos, que dirigen los trabajos de Nieprestoi. Ya en otras ciudades y regiones de Rusia, había visto estas mismas casas para los técnicos e ingenieros yanquis, que han sido construídas especialmente para ellos y que son de un confort y elegancia inusitados, al lado de las casas de los técnicos e ingenieros rusos y del proletariado soviético. A los obreros que nos rodean ahora, se les pregunta:

—¿Por qué se les aloja a los yanquis con tanto confort? ¿Por qué esta diferencia con los demás trabajadores del Soviet?

Se me responde:

—Les rodeamos de toda clase de comodidades, porque así nos lo exigen. Para venir a Rusia,

nos exigen buenos sueldos y buena vida. Si no les damos todo eso, se marcharían. Muchos de ellos ganan hasta seis y ocho mil rublos mensuales. Además vienen con la garantía del contrato.

—¿Hay en Rusia muchos técnicos e ingenieros extranjeros?

—Muchos. La mayoría son norteamericanos. Los hay, luego, suizos, alemanes, ingleses y hasta franceses. Y todos ellos exigen, aproximadamente, confort, pingües sueldos, garantías, etc., etc. En los últimos tiempos, después de la crisis bursátil de Nueva York en 1929, sus exigencias han disminuído, puesto que la falta de trabajo en los países capitalistas les obliga a venir a Rusia, único país del mundo, en este momento, donde, por el contrario, sobra trabajo y faltan trabajadores. Este año, han entrado a Rusia miles de técnicos y obreros de Alemania, Austria, Francia, Inglaterra, Hungría, Italia.

Precisamente, al instante, sale de los laboratorios un grupo de técnicos y se unen a nosotros. Un ingeniero húngaro nos pregunta qué idioma hablamos y, al enterarse que el austriaco y yo hablamos francés, se nos ofrece amablemente para acompañarnos unos instantes en nuestra visita a los trabajos del río. Yo se lo agradezco y eludo su compañía. Quiero, más bien, contacto directo con los obreros, con la masa, y un contacto sin testigos ni control de ningún género. La presencia de un ingeniero incomodaría al trabajador de base, para expresar libremente sus ideas respecto del Soviet y de la actual situación de Rusia. De otra parte, el metalúrgico se me antoja demasiado

ortodoxo e iniciado en política y economía. El metalúrgico no es el hombre que necesitamos. Lo eludimos también a él, y el socialista y yo tomamos un camino cualquiera, solos.

COMO COME EL OBRERO SOVIETICO

Son las doce y media del día. Hay que comer algo. El frío aumenta. Entramos a un restorán, en el momento en que el personal de servicio dispone lo necesario para la comida de los equipos de una de la tarde. El restorán aparece, por el momento, vacío. Es una sala inmensa, llena de cientos de pequeñas mesas con cuatro sillas, burdas y esquemáticas, unás y otras. Sobre la mesa esperan cuatro platos hondos de porcelana, cuatro pequeños cubiertos de hierro niquelado, cuatro vasos de cristal, un plato rebosante de pan negro y una gran garrafa de agua, al medio. En torno de la sala, se abren numerosas y grandes ventanas sobre el aire libre del campo. En cada ventana hay un alto macetero con líquenes y pinos de la estepa, verdes y frondosos. Los muros aparecen pintados

de azul pálido y gris. A un extremo de la sala, está la entrada a la cocina, los grandes aparadores del servicio y la caja. El personal está totalmente integrado por mujeres, cuyo indumento de servicio se reduce a un gran delantal blanco, que cubre por entero el otro traje, y un lienzo igualmente blanco, que les ciñe la frente, a modo de un turbante. En suma, éste es el mismo decorado de todos los restaurantes rusos. Es el mismo ambiente, el mismo personal, el mismo local.

Hace buena temperatura en la sala. Cuando pedimos la lista del menú para escoger el nuestro, se nos dice que aquí no se come a la carta. Una nueva transformación, revelada en este viaje: ya no se come, en ninguna parte, a la carta. A todos los comensales se les da idéntica comida. El menú se ha standarizado rigurosamente. ¡Exigencias y ventajas de la técnica!

Pienso en los restaurantes obreros de Alemania y de los Estados Unidos, donde es el propio comensal el que se sirve a sí mismo, recibiendo su comida en una ventanilla de la cocina y llevándose-la a una gran mesa colectiva para devorarla al mismo ritmo y en el mismo tiempo que el comensal anterior y que el que le sigue. ¡La última palabra en la materia! ¿Por qué no hace lo propio el Soviet, ya que aquí, como en otros terrenos, el socialismo se edifica a base de los más adelantados métodos de la técnica capitalista?

Distingamos. El Soviet no está obligado a cargar con toda la herencia, buena o mala, del capitalismo. Si así lo hiciera, el socialismo no sería el socialismo, sino una nueva versión, corregida y aumentada, del capitalismo. El soviet toma única-

mente de éste, lo que en él hay de dialéctico, es decir, los gérmenes y elementos dotados de virtualidad socialista, las formas en potencia de socialismo, separándolas de las formas o ensayos capitalistas, que han perdido toda vigencia en el proceso social. El restorán obrero yanqui al que hemos aludido, constituye un ensayo típicamente capitalista, porque en él sufre el trabajador de los suplicios más crueles e inhumanos cual es el de comer desafortadamente, en un plazo angustioso y quiera o que no quiera, lo que le dan. Es lo que podríamos llamar el alimento a la cadena, paralelo y completamente del trabajo a la cadena, con todos los vicios de explotación y esclavitud de este último, elevado al cubo. Una fila de obreros pasa ante la ventanilla de la cocina, a paso de hambrientos y de hambrientos cansados, digo, a paso exacerbado. El trabajador, que acaba de abandonar el ritmo envolvente e implacable de la máquina, desemboca, sin solución de continuidad, en el ritmo, no menos implacable y envolvente, de esta cola ante la cocina. Le llenan su plato y, si no le place la comida, no le está permitido ni dispone de tiempo para rechazarlo o pedir que se la cambien o modifiquen. Ya en la mesa, su masticación y su deglución no pueden retardar sobre la del que le sigue. Luego, toma su plato y su vaso y, siempre, siguiendo la cola, sale por el otro lado de la mesa y los deposita en otro compartimiento o ventanilla. Después, un eructo, y la vuelta al taller. Ni un instante de sosiego y libertad para los músculos ni para el pensamiento. Se come maquinalmente. Y esto es, desde luego, lo que no quiere hacer el Soviet. Esta es otra de

las diferencias entre la vida del obrero capitalista y la del obrero ruso.

El restorán de Nieprestoi se llena, de súbito, de trabajadores. La radio empieza entonces a transmitir a la sala una audición sinfónica de "Los bateleros del Volga". La muchedumbre de obreros hace un vocerío alegre y libre, instalándose en las mesas. De grandes fuentes, surge el humo de la sopa caliente: caldo de carne, muy guisado y con una salsa, un trozo de carne, patatas y repollo. Se ven también sobre las mesas, muchas botellas: agua mineral y gaseosa. Ni una gota de alcohol. Luego, una especie de beefsteak apanado con puré. Como postre, un gran pastel dulce. Y aquí viene la diferencia del restorán obrero yanqui o alemán: aquí, en Rusia, el comensal rechaza, a veces, un plato, para que lo modifique la cocina, cocinándolo más, aumentando su cantidad, cambiando la porción por otra mejor o, simplemente, calentándole una salsa, etc. El comensal escoge su bebida. Se le sirve a donde está, cosa que le permite dar a sus miembros un juego o una posición de asueto, a sus anchas. Por último, su yantar no está constreñido a ningún plazo ni ritmo coactivos. Circunstancias son todas estas que hacen del restorán un lugar de liberación y reposo, y del acto de comer, un verdadero regocijo fisiológico y espiritual.

Por término medio, esta comida dura media hora, pero a nadie se le obliga a terminar antes ni un poco después, ya que los obreros disfrutan, en conjunto, de una hora al mediodía. Tras de la comida, hay un reposo de media hora, por lo general, antes de volver a los talleres.

EL REGIMEN ALIMENTICIO SEGUN LOS TRABAJOS

Tratándose de las comidas y de la duración y estructuras de las jornadas, coexisten también en Rusia numerosas formas y regímenes, según sea el trabajo y las necesidades del momento. En ciertos casos, el trabajador toma, a primera hora y antes de empezar su labor, un desayuno corriente; al mediodía toma, en u mismo taller u oficina, un buen *lunch*, y es sólo a las 4 ó 5 de la tarde, que toma la comida de fondo del día. Este es el caso, por lo general, de los trabajos más o menos fáciles o que no exigen un rendimiento intensivo de fuerza material: oficinistas, técnicos, ingenieros, directores de trusts, de cooperativas y de fábricas, vigilantes, profesores, "sirvientes", artistas, obreros de tráfico urbano, médicos y similares. Otras veces, el trabajador toma a primera hora y

antes de empezar su labor, la comida de fondo del día; a mitad de ella, toma un *lunch* ligero en el mismo lugar de su trabajo y, por la tarde, otro igualmente breve. Tal es el caso, en general, de la mano de obra y de los obreros calificados de base de la industria y de la agricultura. Uno y otro régimen corresponde a la jornada de trabajo de una sola pieza, que propugnan los ingleses. Un tercer sector, en fin, coloca la comida de fondo del día a media labor y esto lo hacen, por regla general, parte de la mano de obra y parte de los obreros especialistas, cuando unos y otros trabajan dentro de talleres o interiores a cubierto de los rigores del clima. En este último caso se cuentan los comensales que, en estos momentos, —una de la tarde—, llenan los comedores de Nieprestoi.

LA EMOCION ARTISTICA Y TECNICA

Se diría una inmensa y única familia, que de parte, de sobremesa, en esta enorme sala. Todos se conocen. Los que terminan antes, se quedan unos instantes sentados, a conversar fraternalmente o forman, de pie, pequeños corrillos, a lo largo de los muros, fumando y riendo. La radio transmite ahora una partitura sinfónica de Glazunov, "Primavera en la estepa". Numerosos son los obreros, cuyas frentes meditativas y silenciosas, se levantan un tanto, para oír mejor la música. Sus ojos parecen hundirse entonces en el mundo de los sueños infinitos. Le digo a mi compañero:

—Siento la cabeza rebosante de imágenes e ideas encontradas. Quisiera hablar y discutir las. Busquemos conversación a uno de estos obreros,

que comen en nuestra misma mesa. Pregúnteles si les gusta la música:

—Naturalmente que nos gusta, —replican—.

A uno de ellos, joven de unos veinte y cinco años, le pregunto:

—¿Qué quisiera usted ser: músico o ingeniero?

—Ingeniero, —responde sin vacilar— Estoy, justamente, terminando mis estudios de ingeniero de construcciones. Soy, actualmente, obrero calificado y hago mis últimas prácticas en los talleres. Músico también quisiera ser. Pero, sobre todo, el Soviet necesita de ingenieros.

—Pero ¿Usted quiere ser ingeniero, porque le gusta esa profesión o porque se lo exige el Soviet?

—Porque me gusta y porque así lo exige el Soviet. Más tarde, pienso aprender a tocar violín.

—¿Dónde? ¿A qué hora? ¿Cómo va usted a poder hacer eso, si la revolución necesita, por ahora, de obreros antes que de artistas?

—Sí. Lo podré hacer más tarde, dentro de cuatro o cinco años, cuando Rusia sea rica y cuando se haya producido la revolución en el mundo entero.

—Pero, entonces, producida la revolución mundial, habrá que hacer la edificación socialista, también en la escala mundial. Faltarán entonces tantos o más obreros que hoy necesita Rusia sola.

—No, —arguye el otro obrero— Rusia era industrialmente pobre y atrasada y, por eso, tenemos que hacerlo ahora todo, mientras que tomada la industria y agricultura universales en conjunto, son, hoy mismo, suficientes para abastecer, con cierta holgura relativa, las necesidades

de consumo y producción cotidianos del momento. No habrá, en el ángulo mundial, la penuria que ha habido, a raíz de la revolución, en Rusia. Toda la tarea se reduciría a distribuir y organizar los elementos de producción y los productos mismos, de modo racional y sintético y en la escala universal. Nada más. Y partiendo de esa organización, soltar los frenos del tren y ¡fis!... ¡hacia adelante!...

—Y, entonces, —añade, con juvenil entusiasmo, el futuro ingeniero—, nos liberaremos automáticamente del cuidado económico y nos daremos a la vida espiritual: el arte, la ciencia, etc. Todo tiene su hora. No se puede hacer todo, a la vez. Cuando se tiene hambre, no se toca piano, sino que se come. La necesidad dominante de la humanidad, en este momento, es la necesidad económica. Luego, satisfecha ésta, vendrán y serán satisfechas las demás.

Dé pronto, nos damos cuenta que el restorán se ha quedado vacío. Pagamos. Un rublo y cincuenta kopeks, la comida, para el extranjero (léase para el burgués). Al obrero le cuesta apenas 75 kopeks.

EL FUEGO PASIONAL Y RACIONAL

Delante de la cooperativa del restorán, veo, al salir, una gran muchedumbre de obreros, al pie y en torno de una plataforma improvisada, en la que se levanta, elevada en un ángulo, una bandera roja. Va a empezar un mitin proletario. Son las dos menos 25.

Un grupo de obreros sube al tablado y la masa calla, disponiéndose a escuchar. El mitin ha sido organizado por la brigada de choque de ebanistería número 4, con el objeto de dar cuenta de las labores y éxitos de todas las brigadas de ese ramo, durante los primeros días del cuarto año del Plan Quinquenal en Nieprestoi. Todos los días, a esta misma hora, hay un mitin en este mismo sitio, organizado siempre por una brigada de choque y con fines diversos, pero destinados todos a despertar y mantener despiertos los en-

tusiasmos revolucionarios de la masa, en orden a la edificación socialista.

Tres oradores han hablado. El tema de los discursos se refiere a las flaquezas y faltas, a los aciertos y triunfos de los trabajadores en las obras del Niéper. Una exposición clara y concisa de los hechos, una crítica severa y leal y, en el fondo de todas las cifras, cálculos y acusaciones, mucho ardor revolucionario constructivo. Es esta oratoria una paciente lección de cosas para los no iniciados y una repetición infatigable de los mismos imperativos y admoniciones, para toda la masa. El socialista de Viena estima que la reunión ha resultado mortalmente aburrida y hueca. En efecto. Para una mentalidad burguesa y, más aún, para un intelectual burgués, —erudito y enciclopédico por excelencia— la elocuencia soviética no pasa de un pueril ejercicio de retórica primaria. El intelectual burgués busca, en estos discursos, la idea nueva, la invención, la novedad al menos, y puede que no halla ahí sino el tópico de siempre, aunque sentido y expresado con una pasión y una grandeza moral constantemente nuevas. Felizmente, a la masa militante, a la masa materialista, a la humanidad de base, cuyo destino revolucionario contiene una vasta reacción, saludable y creatriz, contra el intelectualismo y el vicio de la abstracción por la abstracción, lo que le hace falta, en estas horas de combate y de praxis tangible, es el impulso, el fervor y el coraje clasistas: valores de sentimiento, consciente o instintivo. La conciencia revolucionaria vive y se nutre de fuego pasional y racional, más no de luciérnagas cerebrales, ni de fuegos fatuos literarios.

EL ESPIRITU BOLCHEVIQUE ENTRE LAS MASAS

Hemos eludido, asimismo, la compañía de los dos obreros que comieron con nosotros, en la misma mesa, en el restorán. Me parecieron también muy de la entraña del Soviet y demasiado instruidos en las cuestiones de la revolución. Buscamos otros obreros, capaces de revelarnos otros matices y aspectos inéditos e insospechados, de la vida y del pensamiento rusos. Muchas veces, hemos dialogado con infinidad de trabajadores de Nieprestoi, encontrando en todos idéntica ortodoxia soviética, idéntica iniciación teórica en materia revolucionaria. Esto prueba, por cierto, cómo ha crecido y se ha afirmado últimamente la política del Partido Comunista en las masas laboriosas, y cómo han penetrado en ésta las doctrinas y espíritu bolcheviques.

EN UNA LIGA ATEA

Entramos a una casa, siguiendo a un grupo de obreros, que nos invitan a una sesión de la Liga Atea. Es casi de noche.

—Probablemente, —me decía el socialista austriaco—, estamos vigilados y seguidos por la policía secreta; pero esta vigilancia debe ser tan discreta y hábil, que no la sentimos.

En la Liga Atea, la sesión dura hora y media y durante ella, me he dedicado a sondear en el ánimo de varios de los trabajadores asistentes, ávido de sorprender una corriente de opinión inédita entre ellos, acerca de la vida y la situación de Rusia. Pero he perdido mi tiempo, pues los *besbósnikis* (ateos) forman en las primeras filas bolcheviques. “La lucha contra la religión, —reza uno de los principios de la Liga— ha dejado de ser una actitud meramente espiritual del que no

crea en Dios. La lucha contra la religión, dentro de la concepción marxista de la historia, es una forma de la lucha de clases, una forma o aspecto de la revolución económica y política”. Doctrinal y prácticamente, el comunista contiene al ateo y estar en una reunión de ateos, equivale a estar en una célula bolchevique.

Sin embargo, he logrado obtener de uno de los *besbósnikis*, pasar la primera noche en su casa, con su familia y en un círculo íntimo (éstas han sido textualmente sus palabras) de compañeros. Se me ocurre que este hombre tiene algo realmente *heterodoxo* que decirme. Nos separamos de los otros y, ya muy entrada la noche, penetramos, él y nosotros dos, a tomar té en una cooperativa. Aquí se nos une una compañera escritora, de unos treinta y cinco a cuarenta años. Inmediatamente, me apercibo de que entre ésta y el *besbósniki* media un abismo social y espiritual: ella es un tipo de literata menchevique o social demócrata, una inadaptada, una “víctima” del Soviet. Pero es cuñada del ateo, hermana mayor de su mujer. De aquí que se ven frecuentemente a pesar de sus antagonismos políticos. El *besbósniki* se muestra ahora visiblemente contrariado por la presencia de la escritora entre nosotros. A menudo, se lo da a entender. Más ella parece decidida a quedarse y acaso a comunicarse políticamente con nosotros y, particularmente, con el socialista austriaco, de cuyas ideas anti-comunistas se ha dado cuenta desde el primer momento.

La menchevique niega, por cierto, en el curso de nuestra conversación, ser menchevique. Solo

se permite expresar sus reservas estrictamente profesionales respecto del movimiento literario imperante en Rusia. Pero el ateo nos lo ha dicho claramente, lo que origina un largo y espinoso diálogo entre ambos. Desfilan por este diálogo, en forma de incoherentes alusiones y de reproches recíprocos, síntomas bonascosos de luchas y tragedias cotidianas. La política, introducida hasta los huesos, en la vida familiar y en la amistad. La violencia a que llega ahora esta mujer en su conversación, prueba un estado de espíritu exasperado. Por instantes, tiene miradas y gestos inquietantes de perturbación mental.

Hemos tocado, sin duda, un sector *caso* de la sociedad soviética. Mi interés por penetrar en él profundamente, me lleva a invitarlos a salir de la cooperativa, a fin de hablar y discutir afuera, solos y a nuestras anchas. El ateo nos conduce entonces a su casa, que queda un tanto lejos, al otro lado del Niéper, en la cabecera norte de la ciudad. La menchevique se despide, por desgracia, a la puerta de la cooperativa. Pero nos promete ir a la casa, dentro de una hora.

—¿A dónde va? —le preguntó al *besbóniki*, mientras ella se aleja, perdiéndose en la bruma y en la penumbra, como un fantasma.

—Lo ignoro, —me responde, alzándose de hombros—. Es una mujer terrible. Es uno de los pocos seres furiosamente individualistas y reaccionarios, que aún quedan en Rusia. Pero es una mujer muy inteligente. Hace traducciones excelentes, del alemán y del inglés y, a veces, escribe ella misma cuentos maravillosos.

—¿En qué trabaja? ¿De qué vive?

—Trabaja como traductora y también como escritora. Sólo que es muy perezosa. Gana muy poco. Vive miserablemente.

La menchevique va, en efecto, trajeada casi de harapos. Su delgadez y su figura atormentada, acaban de hacer de su persona, algo semejante a una sombra de otro mundo. Fuma sin descanso. Permanece con frecuencia y repentinamente, pensativa. Se ve, con toda evidencia, que sufre y se siente a una distancia infinita respecto de la actual vida soviética. Declara que ella es socialista, como los comunistas rusos y que tan sólo le repugna el "carneraje pedestre de los escritores bolcheviques". Pero la pobre mujer se engaña. No es socialista verdadero sino el que es revolucionario, y no es revolucionario sino el que sirve, en cada momento, a las necesidades y directivas prácticas emanadas del Partido Comunista, vanguardia y cabeza del proletariado. Lo demás es menchevique, social-demócrata.

Trabajo nos cuesta no perdernos por el largo camino y bajo la oscuridad de frecuentes y largos trechos despoblados. Empieza a llover de nuevo y, por este lado, el barro es profundo. Advertido en Nieprestoi, como lo he advertido en otras regiones y centros industriales, la ausencia completa de policía. La hay únicamente en contadas calles y esquinas de ciudades importantes, por razones de orden en el tráfico, mas no por garantía de seguridad personal. Conviene, en este punto, hacer notar que, en mis visitas hechas a varias prisiones rusas en 1928 y 1931, he constatado una disminución vertiginosa de la criminalidad. En los tres últimos años, la baja ha sido de 70%.

AMOR CLASISTA Y AMOR REVOLUCIONARIO

Ya en la casa del *besbóniki*, subimos a un segundo piso y, tras de recorrer varios pasadizos, —pues ésta es una construcción nueva y vasta— el obrero abre la puerta número 16 que estaba sin llave y enciende la luz. Su compañera está en el hall del piso, en una reunión del Soviet de la Casa, destinada a tratar del estado actual de los trabajos finales de su edificación.

—Aquí tenéis mi departamento, —nos dice el ateo— Aquí vivo con mi compañera, desde hace cinco meses.

—¿Sois casados?

—No. Pero, como si lo fuéramos. Mi compañera era, hace cinco meses, *komsomolka* y yo, *komsomolko*. Nos conocimos. Nos amamos. Pedi-

mos un departamento para una pareja y vinimos a instalarnos aquí.

Esta es la historia de la mayor parte de la juventud soviética y, en particular, de la juventud comunista. Dentro de las actividades de ésta, los jóvenes de uno y otro sexo, viven en estrecha comunicación en cada centro industrial o población. El cumplimiento riguroso y entusiasta de sus deberes comunistas no es incompatible —tratándose de un *komsomolk* y de una *komsomolka*—, con el amor. La incompatibilidad existe solamente si uno de los dos es comunista y el otro no lo es. La diferencia de temperamento social se erige en barrera para el amor, más que la diferencia de raza, de idioma y de medio telúrico. No hay frontera mayor entre dos corazones, como la clase social. La comunidad de temperamento político, es terreno aborradado para el amor en Rusia. La mayoría de *komsomolks* y *komsomolkas* se casan entre sí, e idéntica cosa sucede entre bolcheviques de mayor edad. Es raro encontrar una pareja, en la que el hombre piense políticamente de un modo y la mujer, de otro, opuesto o siquiera sólo sea diferente. Por su lado, los reaccionarios, francos o encubiertos de la revolución, hacen lo propio entre ellos. Sólo que, tanto la prole de aquéllos, como la de estos últimos crecen y se educan, desde luego, en la cultura comunista envolvente y acababan, todos, siendo bolcheviques.

Antes que venga la compañera del *besbóniki*, me atrevo a preguntarle a éste:

—Me parece usted muy joven. ¿Cuántos años tiene usted?

—Diez y ocho.

—¿Los jóvenes de su edad pueden ser ya maridos, según la ley soviética?

—Los jóvenes y las niñas, a partir de los diez y siete años. Casi todos formamos familia a esta edad más o menos. Parece que está probado científicamente que el hombre y la mujer deben realizar la totalidad de sus funciones biológicas, a partir de los diez y siete o diez y ocho años, salvo casos excepcionales. La ley que postergase tal edad, no hace sino introducir en el organismo un desorden gravísimo y de fuertes consecuencias.

—Permítame otra pregunta: ¿Ama usted, realmente, a su compañera?

El ateo responde sonriendo, pero con una gran convicción:

—Naturalmente. Si no la amase, no me habría unido a ella.

—Porque, como andáis, vosotros, los comunistas, tan absorbidos por la política y la vida colectiva, me temo que no os quede tiempo ni espíritu para otras cosas, y menos todavía, para el amor.

—Eso depende de cómo siente cada cual el amor. Para nosotros —para mi compañera y para mí—, el amor nos ha resuelto muchos problemas y facilita, por consiguiente, nuestras actividades al servicio del Soviet y de la revolución. El amor, en este caso, es un medio para un fin social universal. Lejos de quitarnos el tiempo y devorar nuestras energías, simplifica nuestro mecanismo vital y allana las formas de nuestra acción social. Yo no sé cómo sientan los otros el amor.

—Excúseme estas preguntas. Pero se las formulo, primeramente, porque a eso he venido a Ru-

sia: a conocer las costumbres reinantes y, luego, porque usted, en su doble condición de ex miembro de la Juventud Comunista y militante de la Liga Atea, es el hombre autorizado para decirme la verdad sobre estas cuestiones. Así, pues, le voy a preguntar otra cosa. ¿Qué siente usted por su compañera? ¿Cómo sabe usted que la ama? ¿De qué modo le simplifica la vida este amor y le facilita sus actividades al servicio de la causa revolucionaria? ¿Qué diferencia encuentra usted entre su vida anterior a este amor y su vida posterior? ¿Por qué cree usted que el amor es un medio para un fin social universal? Cuénteme sinceramente la historia de su amor.

Llega en este instante la compañera del *besbóniki*. Trato entonces de desviar la conversación, por no rozar el pudor de la pareja en el tema de tanta intimidad. Pero el obrero sigue tratándolo con la llaneza de antes de que viniese su mujer. Su sentimiento de pudor masculino no es mayor ni menor referido a ella, que referido únicamente a nosotros. En Rusia, el hombre tiene tanto pudor como la mujer y, juntos o separados, ese pudor es invariable. El ateo nos dice:

—Yo sé que amo a mi compañera, porque es compartiéndola con ella, como la vida se me presenta más social y más revolucionaria. Muy pronto será madre. El amor supone una sociedad espacial y de duración, con todos los errores, vicios e injusticias que la idea de sociedad tiene hasta ahora. Existe, pues, entre ella y yo, un mundo, creado por nosotros o a través de nosotros, lacrado de defectos y crímenes, que ha de ser vivido y que hay que corregir y transformar. Ni ella ni yo

concebimos ni sentimos el beso como un acto de egoísmo exacerbado o como un trance bestial de los instintos. Sin duda, mi compañera es mujer y yo soy un hombre. Pero, precisamente, como mujer que es ella y como hombre que yo soy, nos amamos en un terreno racional y humano y, de ninguna manera, más allá ni más acá, en la decadencia ni en la animalidad.

“Junto a mi compañera siento, por eso, que mis instintos se realizan racionalmente y en el cuadro de mis deberes sociales revolucionarios. Nuestro acuerdo es perfecto sobre cuales son y deben ser los placeres, las luchas y el sentido de nuestros actos cotidianos. Este acuerdo, perfecto e íntimo, yo lo considero como una forma concentrada de la solidaridad y armonía clasistas del proletariado. La pareja revolucionaria es una imagen, en pequeño pero al estado denso, de la unión de los obreros en general. Ella completa, por otro lado, la organización de la sociedad revolucionaria. Es uno de los puestos avanzados de ésta, porque ella cierra, por su base íntima —espiritual y fisiológica—, la esfera de las ideas, intereses e impulsos sociales revolucionarios. El obrero y la obrera redondean su vida individual y colectiva, desenvolviéndola entre el taller, donde obra la multitud, y la casa, donde obra la pareja. En otros términos, la casa es una dependencia del taller o, si se quiere, una y otro constituyen un verdadero juego de vasos comunicantes. El contenido social es en ambos idéntico, de romperse o faltar uno de ellos, la abertura provocaría automáticamente el derrame del contenido”.

—Pero en otros momentos —le observo al *bósniki*—, he observado y se me ha dado a entender que el hogar ruso ha sido desplazado por la revolución económica, al taller. Según usted, existe la casa, en la acepción que los burgueses damos a esta palabra, como vivienda familiar.

—En realidad, la palabra *casa* carece para vosotros de ese significado. Cuando decimos *casa*, nombramos un lugar de paso, casi como el *hotel* de los burgueses, donde se pasa unos pocos momentos cada día. El centro de toda vida y actividad lo constituye el taller, del cual, como acabo de decir, la *casa* no es más que una dependencia, como el comedor de la fábrica, como la dirección o la sala sindical o la célula de Lenin o la biblioteca, etc. El espíritu, los intereses y hasta la mecánica social de la *casa*, no son sino una simple prolongación de los del taller. La familia gira en torno del trabajo. Y esto explica, por cierto, cómo el amor simplifica y allana, repito, nuestras actividades al servicio de la causa revolucionaria. ¿De qué manera? Con la correlación social recíproca entre la *casa*, —simple dependencia de la fábrica—, y ésta —simple prolongación de aquélla. La una no incomoda ni se opone a la otra, sino que se completan, como ya he dicho, y se ayudan en su común misión revolucionaria y socialista. Cuando falta el amor así concebido, es como si el círculo social clasista del trabajador, estuviese al descubierto por uno de sus lados más importantes. Lo propio sucede, cuando el comunista hace pareja con una mujer expresa o tácitamente reaccionaria. En este último caso, la *casa* se convierte

en un punto negativo o contrario al contenido social del taller.

“El amor, pues, existe en Rusia. Un amor clasista, como lo ha sido el amor hasta hoy. En la sociedad capitalista, el patrón no forma nunca familia con su sirvienta, salvo casos muy contados, que la “buena sociedad” tiene siempre como extravagantes, absurdos y condenables. En Rusia, cuyo Estado es aún clasista, el amor no hace sino reflejar la estructura social y económica vigente. Sólo el día en que impere el socialismo integral, será el amor también socialista, es decir, universal, sin clases...

LA VIDA FAMILIAR

La *casa* o departamento del ateo se compone de una habitación —que es a la vez, sala y dormitorio—, y de una pequeña cocina, que es también lavabo. Esta es casa para una pareja sin hijos. Cuando existen éstos, la pareja ocupa, por lo general, un departamento compuesto de una sala-dormitorio, un dormitorio para niños y una cocina-comedor-lavabo. El obrero u obrera solos viven generalmente, en una habitación única y pequeña, semejante a las habitaciones de estudiantes de los otros países.

En cuanto al régimen familiar de los parientes, considerado desde el punto de vista de la vivienda, la cuestión varía al infinito, según los trabajos a los que ellos se dedican, según su edad y, sobre todo, según las necesidades colectivas de ca-

da caso. A veces, si los hijos son tiernos y no numerosos —cosa esta última que ocurre raramente en Rusia—, habitan los padres con ellos. A sus horas, cada cual va a su trabajo o a la escuela, tomando sus comidas en el taller o en el plantel y reuniéndose solamente por la tarde, para una merienda común y, por la noche, al acostarse. Otras veces, cuando hay escasez de vivienda, se hace de cada departamento familiar tres o cuatro habitaciones independientes, destinadas a tres o cuatro parejas, cuyos hijos viven y duermen en los colegios y “gotas de leche”. En este caso, los padres van a ver a los hijos todos los días, pues aquellos asilos se encuentran situados con este fin, cerca de los lugares de trabajo de los padres o en estos mismos lugares. Tratándose, por ejemplo, de la primera infancia, todas las fábricas que he visto disponen de “gotas de leche”, a fin de permitir a las madres que trabajan en esos talleres, pasar una gran parte del día con sus hijos. De todos modos, el problema de la vivienda va resolviéndose rápidamente en las grandes ciudades y centros industriales, por un vertiginoso movimiento de edificación de casas socialistas, junto a las viejas urbanizaciones y por la fundación casi instantánea de aldeas enteras, socializadas desde sus cimientos.

Fuera de los padres y los hijos, los demás parientes viven dispersos, cada cual por su lado. El sentimiento y el vínculo familiar —en el sentido tradicional de esta palabra—, rigen únicamente entre padres e hijos y con una salvedad: desde el momento en que un joven, cuya madre vive todavía, forma una pareja y tiene un vástago, ese

sentimiento y ese vínculo cesan, por decirlo así, respecto de la abuela, o se amortiguan a tal punto, que la familia del joven acaba por circunscribirse a él, su compañera y sus hijos. Los abuelos, nietos, hermanos, primos, cuñados, sobrinos y demás parientes caen, de esta manera, en la simple condición de compañeros de los otros miembros de la sociedad soviética. Esos parientes forman así, con todos los trabajadores de dentro y fuera de Rusia, la nueva gran familia clasista del proletariado, base y raíz dialécticas de la familia universal socialista del porvenir.

ALGUNOS TIPOS SOCIALES DE MUJER

La compañera del *besbósniki* toma parte acaloradamente en nuestra conversación. En Rusia, la mujer debate todos los temas, cualesquiera que sean el lugar y las circunstancias en que se producen. En la teoría y en la práctica, la opinión y la acción femeninas tienen un peso considerable y que aumenta día a día. La mujer radicaliza y extrema. Con frecuencia, un debate, un acuerdo o un hecho práctico encuentran su mayor justeza o acaban de definirse en la palabra o en las manos de una mujer. En muchas ocasiones, han sido las mujeres quienes, llevando las ideas y el examen a sus últimas consecuencias, han aclarado y redondeado las respuestas y los informes que los hombres han dado a mis preguntas. Esto ha ocurrido hasta en las aldeas y en el campo.

En los más adelantados países capitalistas, la mujer juega siempre papel social secundario. En los Estados Unidos, su acción se detiene donde empiezan arduos problemas de moral o biología o simplemente, donde se inicia tal o cual tópico escabroso de salón o de *fumoir*. En Francia, ni siquiera ha llegado la mujer a la política. En otros países, ni siquiera al alto comercio ni a la gran banca. Rusia no les pone ahora barrera en ningún terreno. Habiéndose depurado, mediante las nuevas relaciones de la producción, la atmósfera social en que se ejercen el pensamiento y las preocupaciones diarias de los hombres, no queda ya nada que ocultarle a la mujer, por turbio, oscuro o malicioso. No hay en Rusia lugar a eso de "compartimento para caballeros", ni "sólo para mujeres", etc. de la sociedad burguesa. Donde entra un hombre, puede entrar una mujer. No hay temas de conversación privativas a uno de los sexos, con exclusión del otro, sino cuando se trata de especializaciones derivadas, en forma sana y transparente, de la naturaleza intrínseca de cada sexo y por razones técnicas. Los problemas y cuestiones de la vida cotidiana, social e individual, son accesibles por igual, a hombres y mujeres. En el trabajo, la política, la moral, el derecho, el arte, ambos sexos intervienen desde un pie de igualdad absoluta. Al efecto, la educación y la cultura soviéticas se hallan orientadas y organizadas de manera tal que, hombres y mujeres —desde la infancia y el colegio—, son iniciados, por igual, en el conocimiento universal del mundo y de la vida, sin reservas ni hipocresías para ninguno de los sexos. En particular, la vida sexual, las cuestiones

de puericultura, de profilaxia y moral familiar, etc., junto con las nuevas relaciones introducidas por la revolución económica en la vida del hombre y la mujer respecto de la colectividad, componen la base de la instrucción primaria y secundaria.

Hoy, es la mujer del ateo —una joven vendedora de la cooperativa de vestidos—, la que nos decía:

—Mi padre, en buena cuenta, no tiene ya nada que ver conmigo. Mi madre, tampoco. Mi hermana, menos. Dos tíos y una sobrina tengo. ¿Dónde andan todos ellos? ¿En qué trabajan? ¿Están enfermos? ¿Son felices? ¿Qué sé yo, ni qué me va ni me viene? Entre todos ellos y yo, apenas queda un lazo sentimental difuso y muriente. Casi nada. Y lo propio me ocurre con los parientes de mi compañero.

Yo la observo con cierta severidad:

—Pero, al fin y al cabo, sus padres son sus padres. Supongo que usted los ama y se interesan por su salud y su bienestar. ¿Dónde viven?

—Lo ignoramos. Ellos mismos no saben ni les interesa saber dónde vivo, ni cómo estoy. ¿Que si nos queremos y anhelamos a la recíproca, un bienestar común? Probablemente. Seguramente. Pero ni ellos ni yo, necesitamos de la hija, ni de los padres. El Estado cuida hoy de la vida y bienestar de todo el mundo. Queda, como repito, sólo el afecto. Pero el afecto que no se traduce por hechos, como en este caso, degenera en una cosa vaga y casi inexistente.

Datos son éstos que, como se ve, denuncian, ciertamente, la disolución consciente y racional,

de la familia de tipo tradicional burgués, disolución que, hace tiempo, ha empezado a diseñarse en la propia sociedad capitalista, aunque en forma inconsciente, arbitraria y caótica. La introducción de un orden social en el que cada individuo, cualquiera que sea su edad, sexo, capacidad productiva, etc., goza de garantías prácticas de subsistencia económica y de asistencia colectiva, ha hecho innecesario en Rusia el régimen burgués de la familia, como fuente de apoyo recíproco entre sus miembros. La medula de los vínculos familiares es y ha sido siempre, dígame lo que se quiera en contrario, el interés plural mismo de los parientes. Desaparecida la posibilidad de esta ayuda recíproca, —ya que en Rusia cada trabajador gana únicamente para el día y para su persona— se quiebra automáticamente la viga central del hogar tradicional. El proletariado ruso no hace más que constatar, aprobándola, esta bancarrota familiar, que no es más que una expresión lógica y sana de la revolución colectivista operada en las bases sustantivas de la producción económica. Se independizan los miembros de la familia, basándose en el apoyo colectivo y para servir mejor a la sociedad. En la sociedad capitalista, la naciente debilidad de la familia obedece, por el contrario, a la exacerbación de los valores individualistas, que constituyen la piedra de toque de todas las instituciones burguesas. De aquí que en Rusia termina la familia tradicional, transformándose en otro tipo de hogar, más ancho, más natural y justo, mientras que en Inglaterra o Alemania, termina para siempre, sin transformarse en otro. En Rusia

se trata de una revolución; en Francia o los Estados Unidos, de una decadencia.

Otro día, fué en Moscú que una mano de obra de la "Electrozavod", me decía alegremente:

—Yo vivo sola. No me rodean ni padres ni hermanos. Compañero, tampoco. Me quedé viuda hace un año. Y soy perfectamente feliz. Trabajo, estoy siempre con los compañeros y compañeras de la fábrica, estudio, voy a los teatros. Algunas veces, duermo con el compañero Paschova, éste que acaba de irse; pero no hacemos vida común. El va por su lado y yo por el mío. Una que otra vez, he visto en la calle, así, al azar, por casualidad, a mi madre y a mi hermana. Nos saludamos y cada cual sigue su camino. No sé dónde vive ni en qué trabaja el uno ni el otro. Me parece que mi padre murió recientemente, según me lo dijo alguien, pero no estoy segura.

—¿En qué trabaja usted? le pregunté.

—Hago la limpieza de los talleres del primer piso, donde funciona el Sindicato Eléctrico.

—¿Desde cuándo no está usted con sus padres?

—¡Uf!... Ya ni recuerdo. Desde muy chica. Me parece que nunca he vivido con ellos. Crecí en un plantel infantil. Luego, me evadí. Vagué por Ucrania mucho tiempo. Volví a Moscú. Aquí estoy trabajando hace dos años y meses. Pero estoy estudiando electricidad y voy a hacerme obrera especialista en este ramo. Hay en esta fábrica mucho trabajo y faltan obreros especialistas.

—¿Por qué no se casa usted con Paschova?

—No. ¿Para qué?

—¿No quiere usted ser madre?

—Mucho. Pero para ser madre no se necesita casarse y ni siquiera vivir en común con un hombre.

—¿Ama usted al compañero Paschova?

La mano de obra permanece pensativa y dice:

—Un poco.

—¿Quizá, por el momento, hace usted algo para no ser madre? ¿Lo ha sido ya con su compañero muerto?

—No lo he sido nunca, ni tomo precauciones de ningún género. Le he dicho que, por el contrario, quisiera tener un hijo.

—¿Entonces?

—El doctor de la fábrica está tratándome. Dice que no es nada grave y que pronto podré ser madre.

La mano de obra tocaba todas esas tremendas cuestiones, con una despreocupación casi infantil. Idéntica despreocupación demuestran en estos asuntos, todas las mujeres rusas. ¿Por qué? Sencillamente, porque en todos estos trances se apoyan en la asistencia y cuidados del Estado. Las anormalidades peculiares de su sexo, la preñez, el alumbramiento, la condición social del hijo, su alimentación y educación, todo corre a cargo de la sociedad. ¿Por qué, pues, poner cara trágica ante tales problemas? Aquí no estamos en la sociedad burguesa, donde la joven pobre que adolece de una parecida anormalidad, se queda con ella para siempre; donde la mujer, para ser madre, está obligada a casarse previamente y donde la madre que carece de medios económicos para alimentar y educar a su hijo, se ve constreñida

a un aborto clandestino y diz que criminal; ¿Cómo, pues, no va a poner cara trágica la obrera, ante tales perspectivas?

Existe en Rusia una gran diversidad de tipos sociales de mujer. Volvemos a lo de siempre: el mundo soviético se encuentra aún y seguirá encontrándose por largos años, en plena fermentación revolucionaria en todos los terrenos, y esta circunstancia explica la coexistencia actual de formas diversas y hasta opuestas en economía, política, derecho, moral, arte, religión, costumbres. Al lado del tipo de mujer que, como la mano de obra de la "Electrozavod", se semeja —hablo únicamente desde el ángulo de su vida moral familiar—, a la obrera de París, existe el tipo de la compañera del ateo o del "sirviente" del hotel Europa, que corresponde, muy de cerca, a la esposa del obrero comunista de Berlín o de Budapest. Después, hay el tipo de la campesina rusa clásica e intocada aún por la colectivización agraria y que conserva intactos su moral y su papel medievales dentro de la familia. Un cuarto tipo nos lo dan las mujeres de las tribus del norte y del oriente. Otro, muy extendido todavía, particularmente en las grandes ciudades y centros industriales y agrícolas, lo constituyen la mujer del técnico, del ingeniero, del burócrata, del escritor o artista de origen burgués, del "nepman" y del "kulak" proletarizados, del oficial procedente del ejército zarista, del profesional y del profesor de formación antigua, convertidos o adaptados al régimen soviético. Este tipo de mujer se caracteriza, en general, por un fuerte acento fami-

liar pequeño burgués, y corresponde en esencia, a la totalidad de las mujeres del orden capitalista, cualquiera que sea la clase social a que pertenece, pues la mujer del obrero sin conciencia de clase, así como la del aburguesado o la del socialdemócrata o del anarco-sindicalista, se conducen, en Austria, en los Estados Unidos o en España, con la misma mentalidad y los prejuicios de la mujer de un comerciante o industrial cualquiera. Por último, un tipo de mujer no menos frecuente en Rusia, lo hallamos en la cuñada del *besbóniki*, que ingresa, precisamente al instante, al departamento donde estamos, acompañada de Lazzló, un joven poeta, y Avrinskaya, un mano de obra de unos cincuenta y tantos años.

EL PEQUEÑO SOCIALISMO

Entran, saludan y se sientan sin etiquetas, como si todos nos conociésemos de tiempo y fuésemos familiares. Es la conducta dominante en los círculos soviéticos. Ninguna preocupación de cortesía. Aún sin conocerse, las gentes se conducen, unas respecto de otras, con una familiaridad y sencillez irresistibles. Hay más todavía. Esta democracia, de cepa genuinamente proletaria, toma en ciertas ocasiones, las formas de una especie de confianza comunista, si se nos permite la frase. Se penetra a una habitación cualquiera, aún en ausencia de la persona que la ocupa y sin su previo permiso. Se toma un objeto ajeno, de la misma manera. Se puede salir y volver de una casa, de apartamento o habitación a voluntad y sin anunciarlo a nadie. Quedarse a comer o, si se quiere, a

dormir en tal o cual lugar, no requiere ninguna invitación. En fin, las puertas, las cosas y todos esos menudos bienes y derechos que, en la sociedad burguesa, son privados e inaccesibles a los demás —salvo al pariente cercano o al amigo íntimo—, se brindan en Rusia, cordial y universalmente, a todos los camaradas. Esto significa o que el parentesco y la intimidad se han extendido y socializado o que han desaparecido, siendo sustituidos por vínculos inéditos y de mayor anchura humana. De todos modos, el hecho no deja de tener una gran significación psicológica revolucionaria.

UNA EXTRAÑA ESCRITORA MENCHEVIQUE

Apenas entra la menchevique, pide un cigarrillo. La noto muy deprimida y un poco nerviosa. ¡Nerviosa! ¡Deprimida! Hé aquí dos estados de ánimo que es muy raro encontrar hoy en Rusia, sino es únicamente en los medios sociales anti-revolucionarios: mencheviques, "nepmans", "kulaks", campesinos no iniciados en la noción de su conciencia de clase, o en los sectores francamente burgueses de técnicos, ingenieros y gerentes de concesiones extranjeras. La escritora parece estar enamorada del poeta que, desde el primer momento, se acusa como un bolchevique al rojo subido. Es Lazzló fornido mozo de unos 25 años, de aire más bien proletario que literario, alegre, despreo-

cupado. Hace quince días que está en Nieprestoi y vino de Moscú, enviado por su sindicato a estudiar aquí la vida y los trabajos de los obreros, para escribir una novela. En cuanto al viejo mano de obra, noto en sus palabras y en sus gestos un disgusto rencoroso por todos los que le rodean, que él se esfuerza vanamente en ocultar.

Enterado Lazzló de que soy escritor, me plantea algunas preguntas del oficio:

—Su trabajo, —me dice— ¿Le da a usted lo suficiente para vivir? ¿Cuál es la situación económica de los escritores en América Latina y en España?

—Nos morimos de hambre, —le digo— Pero, permítame, más bien, interrogarle a usted sobre lo de aquí, de Rusia, que interesa considerablemente al mundo entero...

La menchevique interviene, —diciéndome:

—Es inútil que le pregunte nada. ¿Ha hablado usted ya con otros escritores bolcheviques?

Le respondo que sí y ella añade:

—Pues el compañero Lazzló le dará exactamente las mismas respuestas que los otros. La literatura rusa no es hoy más que una fórmula, que se repite monótonamente en todos los escritores y poetas. Esto es lo que no se quiere comprender. Cuando alguien, como yo, pretende reaccionar contra semejante anquilosamiento del espíritu, nos llaman mencheviques, contra-revolucionarios...

Lazzló toma su cartera para irse, contrariado, y le dice enérgicamente a la escritora:

—¡Milosva! Eres una reaccionaria inconsciente. Tienes que radicalizarte con nosotros o ver lo que haces. Si no dejas ahora que hablen estos compa-

ñeros (se refería al austriaco y a mí) con nosotros, me voy, porque tengo que hacer en las canteras.

Milosva le toma por un brazo, apasionada, y le ruega y le pide perdón, haciéndole que se quede. En realidad, esta mujer parece enferma. Ataca con frecuencia y violentamente a los escritores soviéticos y luego se arrepiente y le da sus excusas a Lazzló. Por momentos, sus escenas con éste son patéticas. El ateo, su cuñada, le reprochan su conducta, con la que no nos deja hablar tranquilamente, y su propia hermana, la compañera del *besbósniki*, llega a decirle:

—Ya te he dicho, Milosva, que no vengas a vernos. Mientras no cambies tus absurdas ideas y tu manera de ser, mejor no quiero verte. Eres insoportable.

La menchevique llora en un rincón, con todo el rostro oculto entre sus manos. El viejo mano de obra se acerca a ella y la consuela en voz baja.

Milosva parece sufrir de una crisis pasional patológica. Se adivina en ella una opresión intermitente, casi espasmódica. Esto es muy de la mujer rusa. Pero, ¿Las ideas y disciplinas aportadas por la revolución a la psicología eslava, no han modificado este complejo femenino? Ciertamente, en muy escasa medida. Se trata de un terreno demasiado profundo, para ser transformado en diez ni veinte años. Ello llegará poco a poco. La gran base central de esta transformación, se halla ya planteada con la actual igualdad absoluta de ambos sexos ante la sociedad. La personalidad de la mujer, como ser sustantivo e independiente del hombre, tiene la ruta abierta hacia su absoluta li-

beración sexual y psicológica. El sentimiento del pudor ha empezado en Rusia a modificar sus fundamentos biológicos y humanos promoviendo a la mujer hacia un nuevo y más justo equilibrio moral respecto del hombre. Esta reparación histórica se patentiza ya en la mujer bolchevique y en un importante sector del proletariado, cuyas maneras, hábitos y demás formas cotidianas de conducta, revelan su igualdad con las del hombre. En el dominio sentimental, no es difícil advertir cómo la mujer rusa de hoy ha liberado muchos de sus instintos y necesidades secularmente "refoulés" de su naturaleza. Mas la menchevique pertenece, por sus ideas y su género de vida, a un sector femenino al que aún no ha llegado esta lenta revolución psicológica. Posiblemente, hay entre ella y el camarada Lazzló, un complejo sexual cuyo origen principal radica en su propio temperamento social.

Por lo demás, he dicho ya haber tropezado en Rusia, con alguna frecuencia, con hombres y mujeres poseídos de un extraño patetismo. ¿Neurosis? ¿Neurastenia? ¿Histeria? Rostros descompuestos, miradas tormentosas, ademanes absurdos, silencios de pesadilla. En su mayoría son gentes de 30 a 50 años y la totalidad, pequeños burgueses y antiguos patrones. Sin duda, ello obedece a una crisis de conciencia clasista, suscitada por la revolución. Quizá, en muchos casos, esta crisis se agudiza, por el alcohol u otro vicio cualquiera. Lo cierto es que el tema de su patetismo se refiere, en general, a la revolución y a la actual vida rusa, que ellos juzgan criminales e insoporta-

bles. Suelen, de otro lado, agarrarse, individualmente, a manías pasionales más o menos incongruentes y disparatadas, que contrapesan, sin duda, su evasión o decepción social.

LITERATURA Y BUROCRACIA

Le pregunto al poeta:

—¿De qué vive usted? ¿Quién le paga sus viajes y su subsistencia, mientras se documenta y escribe en estos momentos?

—El sindicato al que pertenezco. Es una especie de adelanto que se me hace sobre el precio de la obra que preparo. Una vez terminada ésta, se fija el precio y se me paga, descontando ese adelanto.

—¿Se le ha señalado un plazo para hacer esta obra?

—No. Soy yo mismo el interesado en hacerla cuanto antes.

—¿A qué se reduce su trabajo, en total?

—Documentarme y escribir la novela. Para lo primero vivo y hasta trabajo con los propios obre-

ros y en sus mismas labores. Puedo penetrar a todas partes. Se me da toda suerte de explicaciones y facilidades. Si es menester que haga un viaje, se me proporciona lo necesario. Muchas veces se me dan nociones especiales de industria y hasta de economía, según los casos. En lo tocante a mi técnica literaria, la recojo y la inspiro en la técnica misma de la producción económica. La planificación, estructura, fines y hasta el estilo de la obra literaria, deben reflejar la planificación, estructura, fines y estilo económico del momento.

—¿Futurismo o neofuturismo?

—No. El futurismo es o fue un movimiento reaccionario. Ya ve usted como Marinetti y los suyos se han convertido en lacayos de Mussolini. La literatura soviética no toma al maquinismo como un ídolo de fuente divina de la existencia moderna. Para el escritor realmente revolucionario, la máquina no es ni más ni menos que un instrumento de producción. A lo que nosotros aspiramos es a establecer entre el mundo del arte y el mundo económico la íntima relación que hay, en el terreno individual, entre el pensamiento y la vida psicológica o material de cada instante. El hombre piensa según el juego vegetativo de base de su organismo. Dime lo que comes y te diré lo que piensas.

—Volviendo al aspecto económico de su trabajo ¿Usted no gana, entonces, un salario, sino que le pagan un tanto por ciento por cada obra que escribe? No es usted un obrero, sino, más bien, un artesano. La producción literaria no ha sido, por lo visto, proletarizada en Rusia, puesto que el caso económico de usted corresponde literalmen-

te al de cualquier novelista burgués. Más todavía: el escritor soviético se halla, en este punto, en una situación mucho más atrasada que el escritor capitalista, desde el momento que éste, en los países más adelantados, —Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania, Francia— ha pasado de la etapa de artesano a la de un verdadero industrial del libro. Cada obra suya es, muchas veces, objeto de una explotación y acumulación capitalista al infinito. Pirandello, Wells, Shaw, Mann, O'Neill, Valery, Ludwig, Remarque, Romain Rolland, han llegado a millonarios, como cualquier fabricante de seda o cualquier banquero.

—Hay un error original en su apreciación, me dice Lazzló. Mi trabajo literario corresponde más bien, y es, en realidad, una verdadera producción al destajo de la última etapa capitalista, antes que un trabajo artesanal. El artesano vende o venderá directamente sus productos al consumidor. De otra parte, ya no soy propietario del producto de mi trabajo, ni siquiera para vendérselo al Soviet, como una mercadería. Así, pues, la producción literaria soviética carece de la forma artesanal que usted le atribuye. Pero carece, a su vez, de forma capitalista, porque la obra que escribo no es, como repito, de mi propiedad particular y porque no puedo explotarla ni hacer de ella objeto de plusvalía y de acumulación capitalista, como cualquier invento literario o científico burgués. Mi trabajo obedece a necesidades sociales del momento, como eslabón necesario e insustituible del proceso total de la producción económica colectiva. En la distribución organizada del trabajo colectivo, me ha tocado a mí una faena: yo no ha-

go más que realizarla. A esta faena corresponde, a su vez, un salario, cuyo monto estará determinado por una distribución igualmente organizada de la riqueza o ganancia colectiva. Este salario lo va a fijar mi Sindicato, en vista de mi obra. Lo que me pague será lo justo, pues lo que se me deja de pagar redundaría en perjuicio, positivo y automático, para la sociedad.

—¡Falso! —exclama, de pronto, Milosva, desde su rincón— Todo eso es pura teoría. En resumidas cuentas, el escritor ruso se ha convertido en un autómatas intelectual y en una víctima económica. La obra literaria se hace sobre medida y a gusto del Partido. ¿Invención? ¿Espíritu de invención y creación? ¡Nada! El escritor ruso ya no inventa ni crea nada. ¿Su vida? La vida miserable y oscura de cualquier mano de obra. ¿Cómo va a crear nada bueno, con una existencia semejante?

El poeta bolchevique acaba por tomar en broma a la menchevique y replica, riendo regocijadamente:

—Ahí está, retratada de cuerpo entero, la contra-revolucionaria, la liberal, la individualista. ¡Libertad! ¡Libertad literaria! ¡Como si la hubiera en los países burgueses! ¡Buena vida, regalada y egoísta, para el escritor!... ¡Sí!... ¡Ya, ya...

El viejo mano de obra, que ha permanecido en silencio y taciturno, durante la conversación literaria, irrumpe de pronto, en tono borrascoso:

—¡Compañero escritor! Para tí, todo lo que hace el Partido está bien. Se ve que eres comunista...

—No, compañero, —le dice Lazzló con calma y respeto— Yo no pertenezco al Partido...

—Bueno, —prosigue Avrinskaya— como sea. Al menos, yo te he visto la otra noche en el teatro sentado en un buen sitio. Serás, entonces, *udárniki* (miembro de una brigada de choque). También he visto tu retrato en un periódico de la fábrica de betón. Para mí, pobre mujik, que no soy comunista ni *udárniki*, la vida es dura y no acabo de comprender nada de la revolución. Lo único que sé es que las cosas van igual que antes. Yo no veo revolución por ninguna parte. El Soviet debería proceder con mayor rigor. Hay muchos abusos e injusticias...

—Culpa de los burócratas —arguye el ateo—. Diga usted, —me dice a mí, pues sabe que soy periodista—, diga usted a los obreros del capitalismo que los obreros soviéticos seríamos completamente felices sin los burócratas. ¡Yo los he acusado y les acuso todos los días! No les pasa nada. Pero hay que vigilarlos y controlarlos más. Hay que fusilarlos.

—Sí, —dice el mano de obra— Dicen que ya no hay explotadores en Rusia. ¿Y los burócratas? Ellos son hoy nuestros amos y verdugos.

El poeta discurre entonces largamente sobre el funcionarismo subalterno ruso, atacándolo, a su turno. Habla de la responsabilidad de los burócratas, que casi siempre es ficticia. Habla de ciertos sistemas de intrigas y arribismos y de la influencia nociva del espíritu y los métodos burocráticos en el seno de las masas laboriosas.

El mano de obra dice:

—¿Qué han hecho en el Comité de Fábrica de Betón, de la denuncia que presentamos un grupo de obreros, sobre la atribución injusta de la Orden de Trabajo al compañero Vatch? Hasta ahora, nada. ¿Cuántas veces hemos escrito sobre éste en "La azada" y en "A los tres años"? (periódicos murales escritos a mano por los obreros).

Una áspera discusión se produce, a propósito de las faltas y defectos de los órganos dirigentes de las masas, entre el *besbósniki*, el mano de obra, el poeta bolchevique, la compañera del primero y su hermana, la menchevique. Noto que el debate se polariza en dos bandos: la escritora y el mano de obra, de un lado, y del otro, el ateo, el poeta y la compañera del *besbósniki*. Pero éste mismo no está totalmente de acuerdo con su compañera y el poeta. El ateo es quizá más ortodoxo en sus ideas revolucionarias, que estos dos. Su radicalismo comunista es tal, que toca los límites del fanatismo y de la utopía. En este sentido, es más rojo que el mismo Soviet y que el propio Partido. De aquí, su crítica severa e implacable contra la línea central de éste, exigiendo de Stalin una mayor ofensiva, política y económica, contra las formas e intereses clasistas de la reacción y contra las desviaciones de izquierda y de derecha del Partido. Sus ataques a la táctica actual del Comité Central, tienen todos los caracteres de una subversión. Hay momentos en que el ateo me habla de sus discrepancias de la línea central del Partido, en tono casi de conspirador. A fuerza de ortodoxia, el ateo llega a la heterodoxia. Me cuentan su labor política casi terrorista en el seno de todos

los núcleos obreros de Nieprestoi. Ha habido ocasiones en que se le ha acusado y juzgado ante los tribunales especiales por desviación anarco-sindicalista. En realidad, su ardor revolucionario tiene, por momentos, trazas anarquistas. Esto explica la impresión que el ateo produce, desde el primer contacto, de ser un militante exasperado e incomprendido, un caso entre los diversos comunistas rusos, por mucho que él no milita formalmente en el Partido.

REVELACIONES TRASCENDENTALES

En verdad, este círculo de hoy, en casa del *besbósniki* y la atmósfera en que se desenvuelve la polémica, constituyen un valioso aporte sintomático para descubrir y medir las distintas tendencias e intereses sociales de la Rusia actual. No es, en efecto, la primera vez que caemos en una atmósfera heterogénea y contradictoria de personas e ideas. Ello ha ocurrido ya en otros centros industriales. En general, esta divergencia no se produce nunca en Moscú, Leningrado y demás grandes ciudades y, por el contrario, es frecuente en las zonas apartadas, donde se diría que las dificultades de comunicación han impedido la condensación y unificación de la conciencia revolucionaria.

Sin embargo, esta misma división de las ideas políticas denota, en cambio, otro estado de espiri-

tu y otra realidad social no menos importantes y revolucionarios, desde el momento en que la discrepancia se produce casi siempre con caracteres violentos, por encima de los lazos tradicionales de la familia, de la amistad, del amor y hasta de los intereses comunes de clase, y con la tendencia constante e invariable de contribuir al enderezamiento y consolidación de la dictadura proletaria. Nunca o sólo en muy contados casos, hemos oído opiniones contrarias al principio del Estado Proletario. La guerra se circunscribe a una cuestión estratégica o, menos aún, táctica. En este sentido, el sector social al que hoy penetramos, ofrece revelaciones de mucha trascendencia.

Estas revelaciones corresponden a los siguientes puntos: Primero. La mano de obra, en general, no ha sido aún penetrada de la justeza revolucionaria de la línea del Partido Comunista. A pesar del ritmo creciente con que se produce, —técnica o automáticamente— la afluencia de la mano de obra en la industria socialista, su iniciación y educación revolucionarias no siguen el mismo ritmo y llevan un retraso enorme. Segundo: la mano de obra tampoco goza de la plenitud del *standard* de vida que le corresponde, en relación al grado actual de la economía. Esta laguna va a ser resuelta, seguramente, con el alza reciente de los salarios. Tercero: la mano de obra anda lejos de intervenir eficazmente en la organización socialista del derecho proletario. Su acción política dentro del taller no está suficientemente garantida. Entre la masa y los órganos dirigentes media una distancia que no guarda relación con la socialización de la técnica del trabajo. Cuarto: la li-

teratura soviética contiene un considerable porcentaje de elementos contra-revolucionarios. Muchos de estos elementos lo son a conciencia y por vocación clasista y los demás lo son inconscientemente y por desorientación profesional. Quinto: la "desviación infantil del izquierdismo" corroe de modo subterráneo la línea central del Partido Comunista, disfrazada de centrismo á outrance, de un centrismo demasiado centrista, para ser justos y realmente revolucionario. Sexto: por último, la diversidad de oficios y trabajos influyen decisivamente en la dispersión y división de la unidad revolucionaria de las masas. Hay que esperar, sin duda, mucho tiempo todavía, para que una técnica más sociabilizada del trabajo, barra de raíz las fronteras sociales y políticas que la necesidad de la especialización impone, por ahora, entre los trabajadores.

TIPOS INDIVIDUALES INTERINOS Y PROPIOS DE LA CRISIS DE CRECIMIENTO SOCIALISTA

La crisis de crecimiento de la sociedad socialista ofrece en Rusia múltiples manifestaciones en el individuo y en las relaciones de la familia y de la sociedad en general. Junto a las formas moribundas de la vieja estructura y a las nacientes de la nueva organización, aparecen otras de transición, más o menos efímeras, casi siempre insólitas por patéticas o truculentas. Estas formas interinas se registran más a menudo en la vida de las ciudades y de los grandes centros industriales, donde la crisis de crecimiento adquiere una acuidad mayor, debido a la rapidez con que se lleva a cabo la transformación de la economía. A este respecto, he tenido ocasión de encontrar y constatar una gama riquísima y variada de casos,

de los que el lector se habrá enterado ya y seguirá aún enterándose, tomándolos de la interlínea de muchos pasajes de este reportaje. Sin embargo, conviene aquí añadir otros, más concretos y mucho más sugestivos. He de advertir, antes, que los casos a que voy a referirme, los he visto repetirse, con menudas variantes, dos y tres veces, en un mismo lugar o en distintas zonas del país, aparte de haber recogido informes fidedignos, según los cuales he podido convencerme de que se trata de casos típicos o patrones, correspondientes a otros tantos sectores en serie de la actual vida soviética. De otro lado, anótese que el fenómeno no es totalmente privativo de Rusia. Lo es de la coyuntura o puente entre el imperialismo ("última etapa del capitalismo") y la dictadura proletaria (primera etapa del socialismo). En los Estados Unidos han surgido, en los últimos años, posteriores a la guerra, numerosos casos irregulares, fuera del *standard* de vida cotidiana, de individuos y formas sociales. El profesor Philipp y André Sieffrig los han registrado en gran número. Sin embargo, unos y otros casos, los de Rusia y los de los Estados Unidos, difieren entre sí profundamente. En los Estados Unidos, es la rebeldía de un exasperado individualismo, atizado por las formas imperfectas de una técnica socializada unilateralmente. En Rusia, es la debacle individualista, producida por la socialización integral de la vida. De ahí que casi todos esos casos tienden, dentro del Estado imperialista, a retrotraer a la sociedad hacia formas primitivas, de pleno rescate individualista, mientras que, dentro del Estado proletariado, tienden a la disolución absoluta

del individualismo, como régimen social. De todas maneras, semejante fenómeno, común por su mera existencia y repetición a Rusia y a los Estados Unidos, sintomatizan un peculiar ciclo de desplazamiento realmente revolucionario de las fuerzas y direcciones históricas de la sociedad tradicional.

Existe en primer lugar, el individuo "déclassé" psicológicamente, cuya irregularidad se reduce tan sólo a modos de pensamiento, de gusto y apreciación y que no llegan a la esfera de los actos positivos de una voluntad operante y en contraste con la realidad objetiva. Este es el evadido, el raro psíquico, semejante en este terreno, al tipo social del artista romántico. Es un taciturno o un sonámbulo, un grotesco o un neurasténico, un solitario o un idiota. Su "rareza" no es incompatible con una conducta enteramente normal dentro del trabajo, de la vida jurídica y de las costumbres. A estos individuos se les encuentra con harta frecuencia y en todas partes y pueden ser obreros manuales, especialistas, técnicos, ingenieros, intelectuales y hasta campesinos.

Luego, tenemos el "déclassé" psicológico, cuya irregularidad avanza hasta el dominio de su conducta, aunque sólo sea en forma de actos de mera abstención. Es una especie de inhibición de las normas regulares y circulantes de la sociedad. La voluntad se manifiesta aquí, negándose a seguir rumbos dominantes de la realidad social. Es el prófugo constante y activo. Tal es el caso de la mayoría de los burgueses o aristócratas caídos con el zarismo, que pretenden haberse adaptado al nuevo régimen, pero que, en verdad, se hallan con

un pie en el pasado y otro en el presente. A estos individuos se les encuentra entre los nuevos ricos ("nepmans" y "kulaks") y en el mismo seno de los trabajadores.

El "déclassé" francamente social y no ya solamente psicológico, aparece en el sujeto cuya conducta diaria es un cuadro realmente excepcional de actos "hors de serie" social. La "rareza" se traduce entonces positivamente en las relaciones de familia, en el trabajo, en la política, en los hábitos y costumbres. A este género de individuos pertenece una infinidad de casos extraños de hijos, padres, maridos, hermanos, trabajadores, funcionarios, ingenieros, técnicos e intelectuales. Ya es el hijo que abandona a sus padres, para ir a buscar otros, por elección propia y en la persona de gentes enteramente desconocidas, o es el hombre que, en la imposibilidad de ser padre, ruega a su mujer buscar un hijo fuera del hogar, para luego hacerlo suyo o es la mujer que concibe de un hombre cualquiera tan sólo por haberse visto obligada a compartir el cuarto de éste, a falta de alojamiento independiente, o es el hermano que fusila a su hermano, por discrepancias de ideas políticas, o son dos cónyuges, que se casan por octava o décima vez, o es el obrero que anda vigilándose a sí mismo y se acusa y se castiga, aún contra o a pesar del juicio y el voto de los demás, o es el ingeniero que se niega voluntariamente a aprender y perfeccionar sus conocimientos por sabotaje contra el régimen soviético, o es, en fin, el antiguo propietario de colecciones de artes plásticas, que después de expropiadas éstas por el Estado, solicita el puesto de con-

servador de las colecciones, para gozar del sentimiento cabal e inmutable de seguir de verdadero propietario de ellas. La gama, como se ve, es interminable.

Una circunstancia muy importante, hay que registrar al respecto y es que semejantes formas arbitrarias e interinas de la vida individual o social rusa, no se produce sino contadamente en la masa obrera y campesina de base. Ellas son, más bien, genuinas y características de las capas con cierta tradición burocrática y técnica o con cierta vecindad a las formas típicamente contrarrevolucionarias o con cierto origen clasista, francamente burgués o feudal.

Por último, si comparamos cualquiera de los casos antes citados al del propietario de automóvil de los Estados Unidos, que recorre las ciudades mendigando para comprar bencina para su carro o a los vagabundos (hobos) que recorren en grupos aquel país, viviendo intermitentemente en los bosques o en los barrios obreros de las grandes urbes o a bordo de los barcos, leyendo la biblia y burlándose de toda organización social, fácilmente podrá comprobarse los puntos de contacto y los diferenciales de uno y otro fenómeno en ambos países en el que representa la decrepitud del sistema capitalista y en el que encarna el nacimiento del orden socialista. Prueba de más es ésta de que una vecindad histórica innegable une a Rusia con los Estados Unidos: la vecindad que supone el salto del fin hacia el principio, del pasado hacia el porvenir. Los crepúsculos de la mañana y de la tarde son fundamentalmente parecidos.

LA VERDAD SOBRE LA SITUACION DE RUSIA

Se repite frecuentemente en el extranjero la especie de que el Soviet no muestra ni deja ver al viajero sino lo que conviene a la propaganda revolucionaria internacional. La prensa capitalista se esfuerza siempre en poner en duda cuantos testimonios o reportajes hablan bien de la situación rusa, tachándolos de unilaterales, incompletos o superficiales, cuando no de tendenciosos. El Soviet, —se arguye—, esconde el lado tenebroso o lo dora, haciendo aparecer a los ojos extranjeros que en Rusia todo anda bien y como en el mejor de los mundos. Pero esto no es cierto. Lo que sucede es que no pocos funcionarios subalternos, —revolucionarios meramente sentimentales y, como tales, exagerados, que los hay— se empeñan,

con frecuencia, en la tarea de falsear la realidad, dando de ella datos e informes ingenuamente halagüeños al repórter. Esto lo he constatado varias veces, principalmente en provincias y en el campo, donde el contacto directo del extranjero con el obrero y el campesino de base, es casi imposible, a causa de ignorar éstos toda lengua internacional. Ejemplo: una vez, en una estación ferroviaria de Ucrania, en plena estepa, bajé del tren para tomar una sopa, al mediodía. Tras de recorrer unas callejuelas, entramos a un restorán, en el que almorzaba, a la sazón, una gran masa de trabajadores. He dicho ya que en Rusia no queda casi el menú a la carta y que se ha generalizado en todo el país y para todos los sectores sociales, un menú *standard*, a un precio igualmente *standard*. El que se me sirvió aquí fué, pues, igual al de todos los demás comensales circunstantes. El precio que pagué fue el de un rublo y cincuenta kopeks. Entonces, un ingeniero del ferrocarril, a quien le pregunté cuánto les costaba a los trabajadores el mismo almuerzo, me dijo:

—Un precio increíblemente reducido: treinta y cinco kopeks.

—Pero hé aquí que, al abandonar el restorán, traté de ponerme en contacto directo con la masa, aunque sólo fuese por señas. Quizá encontraría algún obrero con quien mi compañero de viaje, el austriaco, podría cambiar algunas palabras en alemán, dado que este idioma se halla tan difundido actualmente en Rusia, más que ningún otro europeo. Y así fué. Un campesino originario de la frontera alemana, nos dijo, con grandes dificultades de léxico, que el precio del almuerzo para

los trabajadores no era de 35 kopeks, sino de 75. El ingeniero, cuando volvimos la cara, estaba espiándonos entre la multitud, temiendo, sin duda, —y no se equivocaba— que los campesinos iban a desmentir su informe tendencioso.

El caso no es raro. Semejante conducta de los burócratas llega a límites audaces, por no decir alevosos. Siguen al viajero paso a paso, ofreciéndole sus servicios de información con extrema galantería. Los he sorprendido, en ocasiones, obstaculizando mi contacto directo con la masa, por medios astutos, candorosos y casi ridículos. Yo les he increpado, a veces, fraternalmente.

—¿Por qué hace usted eso? Comprendo que lo que usted se propone es proporcionarme una impresión maravillosa del Soviet; pero, en verdad, lo que consigue es desfigurar la realidad, objetiva de la situación. Nada puede, ni podrá engañar al viajero. La realidad es la realidad. Ella trasciende, se filtra y se denuncia, tal como es, a través de los muros y de las palabras y traicionando toda *mise-en-scène* artificial. Aparte de que, en este caso, el que viene a Rusia de lejanos países tan sólo por ver y palpar lo que en ella hay de verdad, lo que usted hace resulta odioso y contraproducente.

Otras veces, la falsificación es más grave y se refiere a las cifras y diagramas generales de grandes volúmenes o ramas económicas proporcionados por oficinas y dependencias menores de la estadística soviética. Semejante falsificación ha sido descubierta, en muchas ocasiones, por el alto funcionarismo y por los órganos de control, dando lugar a sonados procesos criminales y a severas

sanciones. El Soviet castiga con rigor tales falsificaciones. En el propio interés de la propaganda revolucionaria está no mentir, ni disfrazar lo que pasa en Rusia. Así lo comprenden los jefes bolcheviques y los técnicos superiores del Estado. A este respecto, la misma prensa burguesa internacional reproduce, a diario, comentarios y críticas de Stalin, Molotov, Vorochilov, sobre yerros y faltas del funcionarismo subalterno y en las que se declaran y se sacan a relucir, sin ambages ni disimulos, los defectos y vicios del mecanismo soviético. La autocritica dentro del Gobierno y dentro del Partido, es arma que corta y rasga los velos, por cualquier lado que se la tome y utilice. Rara vez se oye en Rusia un discurso o se lee un informe, en los que no hay acumuladas denuncias y confesiones y en los que no se descubre y se desentraña recónditas verdades de la vida y trabajo sociales.

De otra parte, sería vano y lo es, en efecto, toda tentativa, particular u oficial, de adulterar la realidad social si se tiene en cuenta la íntima estructura democrática del Estado Soviético, que repudia, por naturaleza, el misterio y el sistema de reservas características de los estados y gobiernos capitalistas. La masa actúa directa y cotidianamente en todas las cuestiones de Estado. Las ve, las toca, las analiza, las controla, en la fábrica, en el campo, en las oficinas, en los laboratorios, en las universidades, en los sindicatos, en el Partido, en la calle y hasta en el interior de los grandes hogares socialistas. El control obrero es un hecho, no ya circunscrito a la vida del taller, ni a la economía industrial o agraria, sino ahondado y

extendido hacia la totalidad de los asuntos y problemas sociales. Es más todavía: el control obrero ha cesado de ser un instrumento de vigilancia y defensa de los intereses de los trabajadores, como en los países capitalistas, para convertirse en Rusia en la osamenta de todo el sistema de la democracia proletaria.

Los libros, las cuentas, los debates, los informes y los acuerdos de cada fábrica, de cada oficina, de cada cooperativa y de cada trust, están abiertos al que lo pida y en cualquier momento. Cualquier trabajador puede pedir cuentas colectiva o individualmente, a cualquier centro soviético, sobre la situación y el curso de los negocios sociales. Los actos, las tareas y los problemas colectivos se desenvuelven como en la plaza pública y a los ojos de la masa. Cuando sesiona un sindicato, profesional o industrial, no lo hace a puerta cerrada, ni toman parte en la sesión y en sus decisiones únicamente quienes, según la ley, tienen en sus manos la gestión directa e inmediata de ese organismo. Sesiona al aire libre y pueden intervenir en sus deliberaciones y acuerdos todos los trabajadores, en general. Con harta frecuencia, he visto en el curso de sesiones de Consejos de Fábrica, presentarse, de pronto, en el local, obreros de otras fábricas y otras ramas industriales y terciar, —con voz y voto— en los debates y resoluciones.

A menudo, los diversos organismos soviéticos —militares, económicos, profesionales, agrarios, técnicos, artísticos, científicos o estrictamente políticos— sesionan y ventilan sus problemas más entrañables y graves, en los cinemas y teatros del

lugar. El acto reviste entonces la fisonomía de un verdadero comicio de masas. La entrada es libre y gratuita para cualquier transeúnte. Así es como ingresan también al local hasta los extranjeros y turistas. En algunos casos, estos mismos, —independientemente de sus credos políticos o de su filiación de partido—, suelen formular objeciones o examinar con sus propios ojos los libros y las cifras y toda la documentación del trust financiero, del kolkoz o sovkoz, de la célula comunista o de la cooperativa comercial, de que se trata.

¿Existe en el mundo, acaso, otro Estado semejante, de mayor o igual contenido democrático? ¿Y un funcionamiento tal de los órganos del Estado? ¿Puede dar lugar al más pequeño asomo de farsa o mentira, ni mucho menos al embauque del visitante extranjero? Imposible. Las tentativas de desfigurar la realidad social, debidas a la torpeza de algunos y al fanatismo de otros, fracasan a la larga y bien pronto, derribadas por el control de los sectores conscientes del Partido y, principalmente, por el propio peso de la democracia y la autocrítica soviética.

ADVENIMIENTO DE LA CIUDAD SOCIALISTA

Entre las innumerables fábricas, talleres, kombinatos, centrales de fuerza motriz, fundiciones y minas que he visitado en Rusia Blanca, en Ucrania, el Cáucaso, los Urales, etc., voy a transcribir ahora la actividad de uno de esos centros del trabajo soviético —el Donetz—, la famosa cuenca carbonífera del sur de Rusia. Voy a referirme aquí a la vida de las masas trabajadoras, a las relaciones sociales y económicas del obrero. No me propongo describir gráfica y fonéticamente el mecanismo de los oficios y el movimiento de las máquinas, que nada revelarían de nuevo al lector habituado a idéntico espectáculo en los grandes centros mineros capitalistas. La máquina es la misma en todos los sistemas de producción. Sus

movimientos, sus formas y sus sonidos, son los mismos en régimen burgués y en régimen soviético. Lo que cambia es la función social de la máquina, su rol cultural entre los trabajadores, rol y función que, con toda evidencia, se reflejan en la existencia diaria del trabajador y en su posición material y moral respecto de la colectividad a que pertenece.

En primer lugar, aparece en la región del Donetz un fenómeno ciudadano típicamente revolucionario, y es la urbe socialista. La zona industrial va cubriéndose de casas colectivas. No son éstas ciudades obreras o barriadas proletarias, semejantes a los arrabales que el capitalismo constituye para los trabajadores; en torno a las minas y fábricas de Alemania o Inglaterra, de Francia o Estados Unidos. Las ciudades del Donetz, como las que están naciendo en el resto de Rusia son esencial y plenamente socialistas, porque el trabajador goza en ellas de medios materiales de existencia realmente confortables y decentes, de una parte, y, de otra, vive en ellas dentro de un orden riguroso de libertad, igualdad y fraternidad realmente democráticas y no desterrado en una especie de colonia social inferior o de rebaño de parias encadenados. Estas ciudades que son ya numerosas de Rusia y que van multiplicándose con ritmo acelerado (en 1931 se han empezado a edificar 23), son, desde los cimientos, totalmente nuevas. Se está repitiendo el fenómeno ocurrido en los Estados Unidos a fines del siglo pasado, en que surgieron, en menos de 25 años, varias de las más importantes urbes yanquis de la actualidad. Con una diferencia: la esencia social del

estilo arquitectónico del *building* o rascacielo es típicamente imperialista, en tanto que la de las nuevas construcciones soviéticas es fundamentalmente socialista. Específicamente, el rascacielo, en verdad, acusa ya ciertos gérmenes socialistas. La arquitectura soviética, asimismo, participa aún de muchos rezagos proletarios, correspondientes a la etapa de la dictadura bolchevique. De esta manera, una y otra se dan la mano para formar el puente dialéctico entre el fin histórico de la lucha de clases y la epifanía del socialismo.

LA NUEVA ARQUITECTURA

La socialización de la masa y de su vida diaria, ha empezado por la arquitectura y el decorado doméstico. Mientras los hombres vivan en las casas de las actuales ciudades capitalistas, el socialismo será imposible, aún cuando todas las demás condiciones sociales objetivas de transformación comunista hayan sido ya logradas. La arquitectura capitalista no puede albergar sino a personas entre las cuales impera una jerarquía clasista. La dificultad insoluble de estas cosas, reside en la incompatibilidad de clase que hay entre el salón patronal y el "cuarto de sirviente", aparte los mil compartimientos y dependencias destinados al confort individualista y a la confinación particular. En las nuevas ciudades rusas la arquitectura obedece a muy distinta concepción. En los

diversos pisos y secciones de cada edificio, el trabajador disfruta de un confort material y espiritual, idéntico al de los demás. La luz, el calor, el aire, la vista, el material de construcción, los colores murales, el piso, la disposición de las habitaciones, los muebles, todo está resuelto o distribuido por igual siguiendo un sistema de equivalencias y compensaciones. Este es el *standard* del confort, pero un *standard* universal y diferente del norteamericano, que es casuístico y viciado de excepciones y limitaciones. En Rusia, es la vara con que se mide a todos; en los Estados Unidos, el *standard* se detiene ante el millonario que se da el lujo o la excentricidad de un canapé único en el mundo o ante el simple director de empresa o gerente o ingeniero o químico, que se acuesta en un lecho Luis XVI auténtico o que, en lugar de un aparato de radio, tiene un gran piano de cola o un estradivarius, o ante el banquero que vive en una villa o castillo construido según dibujo especial, o ante el senador o el inventor enriquecido, que se hace servir a la mesa por media docena de lacayos de librea. Se dirá que en los países capitalistas, los que así viven son poquísimos. No tal. Del empleado o vigilante de fábrica para arriba, son innumerables las excepciones al decantado *standard* capitalista. Igualdad, sí, pero solamente en el seno de la masa trabajadora. Una igual explotación de todos los obreros y una igual indigencia de medios de vida para todos. Pero tratándose de los demás: rentistas, patrones, intelectuales afortunados, altos empleados, financieros, políticos, profesionales, que constituyen un veinte o veinte y cinco por ciento de la sociedad,

el *standard* pierde su vigencia y surge, en su lugar, el privilegio de la espléndida mansión, de los muebles raros y del confort especial. Hé aquí una de las diferencias prácticas y efectivas entre el *standard* capitalista y el *standard* socialista.

LA MASA LIBRE Y FRATERNAL

A esto hay que añadir en Rusia, la fraternidad y la libertad de la masa y del trabajador en su vida privada o, más exactamente, en todos los momentos de su vida. De la igualdad de medios materiales de existencia, nace la fraternidad de los hombres. Ni envidias ni celos. Ni odios ni rivalidades. La concordia más bien y la paz social, estos dos maravillosos fenómenos que, a lo largo de la historia, —incesante encadenamiento de luchas de clases— han sido tan imposibles de realizarse, que han tomado, a los ojos de los soñadores sociólogos burgueses, las trazas de verdaderas utopías colectivas. Y es que, en realidad, la concordia y la paz sociales seguirán siendo quiméricas mientras los medios materiales de existencia sigan distribuidos en forma arbitraria y desigual entre los hombres. Lo único que cabe entre Deterling y su criado o entre Rothschild y su palafrenero, es el

resquemor económico del desheredado al millonario, resquemor que se traduce, en la escala moral, por el odio de individuo a individuo.

Conozco la existencia diaria de los obreros de Alemania, de Italia, de Francia, de Austria, Polonia y en la España anterior al 19 de Julio. El estado de esclavitud en que viven respecto del elemento patronal y de los órganos, instituciones, normas, instrumentos y agentes de dominio clasista que lo representan, es más que absoluto. El trabajador es un esclavo hasta dentro de su propio hogar. Todo atestigua en éste la dependencia humillante y la inferioridad de la masa y del obrero: el camastro en que éste duerme, el taburé, el rincón de la prole, los muros ahumados, el pasillo maloliente, el solitario foco de luz, el frío, el piso de cemento y hasta las estampas e imágenes que decoran las paredes... Estas son recortes o postales de grandes *vedettes* sociales: ministros de frac, novias de seda, reinas y príncipes, *sportmen* mundanos, banqueros con la Legión de Honor, mariscales imponentes, fabricantes en viaje de placer, artistas enriquecidos y hasta simples drogómanos o cornudos y jubiladas meretrices, en traje de carácter. Al transponer la puerta, está la callejuela oscura del campamento y el guardia taciturno de la clase dominante. A distancia, se ven las luces de los *buildings* opulentos, donde viven los patronos. A veces, cruzan la barriada lujosos automóviles, con parejas enjoyadas y enlazadas o con borrachos o invertidos de chistera. Todo, repito, rodea a la zahurda obrera y al trabajador de una atmósfera angustiosa de esclavitud económica y de opresión social.

En Rusia, no. El trabajador respira por todas partes la libertad personal y la soberanía de su clase. Durante los ratos que pasa en su pequeño departamento o en su habitación, se ve libre de fantasmas superiores y eximido del yugo social de otros hombres o de otra clase. El marco doméstico y el ambiente de su hogar le hablan siempre de sí mismo, de sus ideas e intereses de obrero, que es, y, en general, de un mundo propio y entrañablemente suyo: el mundo proletario. Si hay en los muros o en la mesa recortes, imágenes o postales, no se refieren a las figuras clownescas o siniestras de la burguesía, sino a los grandes momentos del trabajo colectivo y a los héroes, —auténticos éstos y por razones realmente sociales de sus méritos—, de la edificación socialista en marcha. La radio no le trae sino voces de la masa a que él pertenece y la compacta sinfonía de los esfuerzos y placeres creadores de su clase, en lugar de los ecos de un banquete o baile lejanos de la clase que le explota, como acontece en las audiciones de las centrales capitalistas. En todo el horizonte a la redonda, una justa distribución del confort: la verdadera democracia económica. El trabajador constata con sus propios ojos que todos los demás trabajadores viven exactamente igual que él. Ni palacios ni confort especial para nadie. Ni automóviles particulares, ni holgazanes, ni pederastas, ni ebrios, ni drogómanos, ni prostitutas, ni chisteras en torno suyo. Todos también, como él, trabajan, y en los deberes, en los esfuerzos y obligaciones, tampoco hay excepción para nadie. Y en cuanto a la libertad y a la soberanía personales, el trabajador no inclina la frente an-

te nadie, ni tiene miedo a nadie. El mismo guardia de la milicia urbana —que los hay poquísimos y cada vez menos en las ciudades soviéticas—, no es otra cosa que un simple camarada, un simple trabajador, como cualquiera otro. Sabido es, de otro lado, que en Rusia la función de guardia urbana no es privativa de unos cuantos, sino que la ejercen por turno todos los trabajadores. Así, pues, todos son en suma, guardias de milicia y nadie, en particular, está condenado a sufrir únicamente esa autoridad, mientras que otros no hacen más que ejercerla y no sufrirla nunca. Téngase en cuenta, además, que el orden en Rusia es constante y completo y que, en consecuencia, el rol de garantía de la milicia soviética pierde día a día su razón de ser y la única función que le queda es la de organizar y dirigir el tráfico y el movimiento de las calles. Pero aún para esto, la acción de la milicia va haciéndose, como he dicho, cada vez menos necesaria, pues este movimiento y este tráfico se está normalizando o está ya normalizado por obra de la misma estructura social del tiempo y de la rotación de los trabajos, según los casos. Por último, detrás del guardia no se oculta ni vigila el ojo de una clase social, en cuyas manos está el aparato del Estado, a fin de mantener al trabajador encadenado y sumiso a su servicio. En Rusia, el guardia urbano vigila, por el contrario, que nadie atente contra los derechos del trabajador, a fin de que éste desarrolle libremente sus energías y facultades al servicio del socialismo, es decir, al servicio de la sociedad sin clases, sin verdugos ni explotadores.

HIGIENE, LOCOMOCION, DEPORTE

Tratándose del régimen alimenticio, la *standardización* es, asimismo, rigurosa. La supresión del menú a la carta y el establecimiento de uno solo para todos los trabajadores, servido en inmensos restaurantes colectivos, marcan la democratización efectiva de los alimentos.

El régimen higiénico —baño, deporte, etc.— se halla igualmente *standardizado*. Existen en Donetz cientos de establecimientos de baños para los mineros, que les permiten tomar un baño al día, después de la faena. En este orden también, no hay sala de baño entre los trabajadores en cada departamento o en cada habitación, como ocurre en los Estados Unidos y lo cual constituye un rezago individualista en la vida proletaria. De la misma manera, los deportes de gran envergadu-

ra multitudinaria se difunden y perfeccionan rápidamente, al paso que pierden terreno los deportes unipersonales o de grupos restringidos. Entre los primeros se halla, verbigracia, el fútbol, amplificada la estructura social de sus factores humanos, su geometría y su mecánica. Entre los últimos se halla el tenis, por ejemplo. En general, se busca en Rusia transformar el deporte, de mero espectáculo de unos cuantos para la mayoría, en acto y obra de todos para todos. En los estados capitalistas, son únicamente dos individuos —Tilden o Lacoste—, los que practican el deporte y la masa se contenta con verlos jugar. El deporte se reduce entonces a una preocupación espectacular de la multitud, cuando no a un *snobismo* de unos cuantos. En fin, Rusia ha eliminado todas esas poleas sanguinarias, vesánicas y decadentes que, como el boxeo yanqui o el toreo español, recuerdan, de uno u otro modo, épocas neroneanas y negativas de la humanidad.

Respecto a la locomoción, el fenómeno ofrece todavía serias dificultades y lagunas. En primer lugar, faltan vehículos. En segundo lugar, los pocos que hay dan lugar, como es lógico, a una desigualdad ineluctable. Se da así el hecho de que unos van en tranvía o en camión y otros a pie, según las necesidades de cada caso. En esta cuestión, no solamente el Donetz se encuentra muy atrasado, sino la mayor parte del territorio soviético.

En general, la *standardización* de los medios materiales de la existencia no ha hecho más que empezar en muchas regiones de Rusia, donde la industria está aún iniciándose. Ya sabemos que

semejante igualización viene únicamente con la técnica avanzada y con la socialización progresiva de la técnica.

Conviene discernir a los ojos no iniciados, lo que significa la *standardización* socialista, dentro de la idea del socialismo en general, considerado éste como meta precisa y definitiva de un ciclo de la historia. Cabe preguntarse entonces: ¿la igualdad *standard* de los medios materiales de existencia, que actualmente se instaure y generaliza en Rusia, bajo la dictadura del proletariado, es ya, simple y llanamente, la igualdad socialista de esos medios, a que aspira y tiende dialécticamente la revolución rusa? Esta dilucidación reviste una gran importancia para una inmensa parte del proletariado mundial y para la totalidad de la pequeña burguesía liberal y vacilante, que no acaba de ver claro en lo tocante a las semejanzas y diferencias que, con cierta frecuencia, se presenta entre el individualismo yanqui y la edificación socialista en Rusia. Un esclarecimiento a este respecto, iría también a despejar, aunque sea en parte y por resonancia deductiva, la incógnita relativa al hombre *standard*, según lo concibe el capitalismo, y sus relaciones con el hombre dialéctico, según lo concibe la revolución proletaria.

De tan trascendentales temas he conversado con un grupo de técnicos y economistas rusos en el Donetz. Nos hemos reunido, al efecto, en un Club Obrero de la región alta de la cuenca carbonífera. Han estado también presentes algunos miembros del Partido Comunista regional, de los Sindicatos, de las brigadas de choque y simples obreros sin partido y anónimos de base.

Como de costumbre, los circunstantes se prestan estusiastamente al cambio de ideas y al esclarecimiento de nuestras impresiones. Las más entusiastas son las mujeres, que manifiestan aquí, como en el resto del país, vivo interés por la propaganda socialista en el extranjero. Ellas demuestran, en este empeño, una tenacidad y un fervor emocionantes.

—En primer lugar, —he dicho a los obreros— advierto en el Donetz una cosa que me choca en el país de la revolución socialista, y es que no todos los trabajadores viven de la misma manera, es decir, no todos disfrutan de los mismos medios materiales de existencia. Los hay que viven mejor que los demás: los ingenieros y los técnicos por ejemplo. ¿Por qué semejante privilegio?

Un mecánico se ha adelantado a responderme:

—Son éstos los técnicos y los ingenieros extranjeros, —norteamericanos, alemanes o suizos. El Soviet les da alojamientos espléndidos, construídos especialmente para ellos y les paga sueldos pingües. Pero así hay que hacerlo, pues, de otra manera, no vendrían a Rusia.

—Pero ¿es que Rusia necesita todavía, como cualquier país semicolonial, de técnicos e instructores norteamericanos?

Una obrera electricista, de una brigada de choque, arguye:

—No es éste el caso de los países semicoloniales. Rusia tiene y aumenta rápidamente sus cuadros técnicos. Lo que pasa es que el personal no es bastante numeroso para afrontar la dirección de las inmensas e innumerables empresas y cons-

trucciones que hoy se llevan a cabo en el país. El trabajo socialista abarca ahora tal amplitud y profundidad, que nos faltan dirigentes técnicos y nos faltarán mucho tiempo aún.

—De otra parte, —añade el mecánico—, tenemos que confesar lealmente que nuestros cuadros actuales carecen también de un promedio suficiente de preparación técnica y de experiencia, para la suprema organización de los trabajos y las obras. Poseemos ardientes investigadores y sabios de laboratorios, pero nos faltan hombres de iniciativa práctica, constructores en grande, en una palabra, realizadores de la ciencia aplicada. Los estamos formando en nuestras escuelas e institutos politécnicos. Ya los tendremos pronto y, a lo que parece, superiores a los yanquis. Entre tanto...

PATRIOTISMO HORIZONTAL

El social-demócrata austriaco interrumpe:

—Noto, compañeros, que el tono con que habláis es un tanto nacionalista, patriotero y hasta *chauvin*. Si no me equivoco, creo que os preocupa mucho el afán de superar a los Estados Unidos y de rivalizar económicamente con las más grandes potencias capitalistas. Oyéndoos, me confirmo en la idea de que lo que busca Rusia no es otra cosa que devenir un nuevo imperialismo, semejante, en su esencia nacional, a cualquier imperialismo burgués. Esto me congratula en parte, puesto que confirma la teoría de la Segunda Internacional que propugna la coexistencia del interés y el espíritu nacionales con el espíritu y el interés de un bien entendido socialismo.

La respuesta viene ahora del secretario del Sindicato Minero, que dice con gran ardor:

—Aunque la discusión toma, en este punto, un giro extra-técnico y francamente político, voy a manifestar al compañero austriaco que no debe extrañarle el calor combativo y el afán de superación con que el camarada mecánico y todos los trabajadores rusos hablamos de nuestra edificación socialista. No debe tampoco interpretar este calor y este afán como signos de nacionalismo ruso y, menos aún, de patriotismo o chauvinismo. Más equivocado estaría todavía, si los interpreta como síntomas de un naciente imperialismo, a base de no sé qué mezcla amarilla de vino nacional y agua socialista. No. Cuando los trabajadores soviéticos nos entusiasmos hablando de una lucha, que la hay y sin merced, —entre las potencias imperialistas —Estados Unidos, Alemania, Francia. Inglaterra— y la Unión Soviética Rusa, y ansiamos, con la idea y con la acción, no sólo superarlas, sino también vencerlas y dejarlas atrás, lo hacemos, es verdad, con un íntimo y entrañable sentimiento de rivalidad, y de ambición, pero de una rivalidad histórica de clase contra clase y de una ambición justa y dialéctica por la victoria pronta y definitiva del proletariado sobre el capitalismo. Nuestro ardor polémico y combativo es clasista y, por consiguiente, internacional. Excluye las fronteras verticales, los nacionalismos. Marxistamente, quien dice proletariado dice anti-patriotismo. El orgullo de nuestra edificación socialista es un orgullo de clase. Es así cómo el proletariado ruso se siente también orgulloso del avance comunista chino y de todos los esfuerzos comunistas de la tierra. Es así también cómo los proletariados de los demás países se sienten or-

gullosos del Plan Quinquenal Soviético. La ausencia, en todos hechos, de sentimiento patriótico y, más aún, de arribismo imperialista, no puede ser más palpable. Si hay en nuestra obra revolucionaria algún patriotismo y algún imperialismo, son éstos un patriotismo clasista y un imperialismo clasista. Existe la patria de la clase proletaria y lo que buscamos es el dominio mundial del proletariado, sobre todas las demás clases sociales. Ya ve usted, compañero, cuán diferentes son las teorías y los actos de la Tercera Internacional de las teorías y los actos de la Segunda Internacional.

JERARQUIA DE COMODIDADES

Yo vuelvo a mi tema:

—Me parece que hasta los ingenieros y técnicos rusos viven mejor que los demás trabajadores. He visitado muchas viviendas de estos profesionales. El confort de que gozan supera, a la vista, al confort *standard* proletario. Lo propio debe, probablemente, ocurrir en la alimentación. En lo que toca a la locomoción, lo mismo. Casi todos ellos no andan sino en automóviles del Estado.

El Secretario del Partido Comunista dice:

—Hay, indudablemente, un grado superior de comodidades para los técnicos y especialistas, en general. Esto, no solamente es innegable, sino que es de estricta justicia socialista. Veamos cómo y por qué. Antes, debo recordar a los camaradas extranjeros, que no han tenido, sin duda, tiempo su-

ficiente de penetrar y extender sus observaciones de modo más completo en Rusia, que los medios de vida de los técnicos y especialistas rusos no difieren mayormente de los demás trabajadores, en general, incluso la simple mano de obra. Lo que hay, de esta última a un técnico o a un ingeniero, —considerados como polos de la sociedad— es una jerarquía de comodidades muy larga e infinitamente matizada. A veces, de un trabajador a otro, subiendo, la diferencia consiste apenas en una silla de más, en un catre más brillante, en una ventana más grande o en una habitación más amplia. Otras veces, el matiz crece y se aviva, en una ventana más, en una cocina más moderna y práctica y hasta en una habitación de más. Hé aquí, en suma, todas las diferencias. Por lo que refiere a la alimentación, dado que muchos ingenieros tienen familia e hijos y prefieren comer en sus departamentos, la comparación los favorece más, seguramente, desde el punto de vista sentimental, que desde el punto de vista práctico y objetivo. Esto es ya cuestión de gusto. Hay otros técnicos que se placen más en comer en los restaurantes colectivos, aún teniendo familia. Su compañera come también en las cooperativas y los hijos, si son tiernos, en las gotas de leche. Respecto a la locomoción, los compañeros que andan en automóviles lo hacen por razones y urgencias colectivas y está, precisamente, en el interés general de todos en que así lo hagan. Graves retardos y tropiezos sufrirían los trabajos y las obras en general, de suprimir este servicio de automóviles.

—Con todo, —dice enérgicamente el bolchevique—, la jerarquía, en síntesis, existe.

Le interrumpo, generalizando el problema:

—Y existe en el Donetz y, más acentuada todavía, en las regiones atrasadas industrialmente. Dentro del panorama entero del país, la desigualdad resulta mucho más, posiblemente.

—Sí. Es cierto. Esto tiene dos explicaciones. La primera es la insuficiencia de nuestra producción de artículos y medios materiales de existencia para abastecer una población y un territorio tan grandes. Durante el zarismo, se producía solamente para una ínfima parte de la población: para la aristocracia, los patrones y los funcionarios. A partir de 1917, se ha empezado a producir en mayor volumen, para todos los trabajadores. Por grandes que han sido y son los esfuerzos y los resultados favorables obtenidos hasta hoy, la producción de los medios materiales de existencia no es aún suficiente. De allí que en el reparto se queden privados de ellos muchos sectores de la población. Este es un obstáculo o una laguna de los que la revolución ni el proletariado y ni el partido bolchevique son responsables. Si hay aquí algún responsable, es, seguramente, el régimen zarista, que mantuvo al país en un género de vida miserable y casi bestial. La producción de artículos de consumo nacional se redujo a lo justo para abastecer a las clases dominantes y el resto para ser exportado. Semejante industria, como fuente de bienestar material de la masa obrera y campesina, no existía. Sabido es que el grueso de la producción económica de Rusia, la formaba entonces la industria pesada de exportación.

La segunda explicación es de carácter técnico revolucionario. No estamos aún en la sociedad socialista en la que el trabajo individual y el provecho de cada uno, serán funciones temperamentales, por decirlo así, del organismo colectivo y en la justicia será un fenómeno consustancial y automático de la mecánica social. Esta democracia perfecta está todavía lejos. La Rusia del Soviet no es más que una democracia de trabajo y de lucha, de esfuerzo y dictadura.

El socialista de Viena interrumpe:

—¿Cómo? ¿Democracia de dictadura? ¿Es posible soldar, ni siquiera en teoría, dos palabras o ideas tan opuestas?

—Eso será dentro de la mentalidad reaccionaria del liberal o del social-demócrata, mas no dentro de la mentalidad revolucionaria del proletario. La dictadura proletaria es el gobierno del proletariado para el proletariado. Lenin ha dicho que la dictadura obrera es la democracia de los trabajadores, porque ella propicia, dirige y sirve los intereses, aspiraciones y tendencias clasistas del proletariado en lo que ellas tienen de dialéctico y de potencial socialista universal. La idea de democracia es principalmente una idea de justicia. La dictadura proletaria no es más que el órgano o instrumento que el determinismo de la historia ha puesto en manos de la clase trabajadora, para realizar, por medios racionales siempre y coercitivos a veces, la justicia social. Lo que ocurre es que los profesores burgueses han desvirtuado el fondo de la idea de democracia, haciéndola rendir en liberalismo, sistema absurdo, irracional y, por lo demás, derogado.

Decía yo que la sociedad soviética no es todavía la sociedad socialista y que en ella obra, como factor esencial revolucionario o, más exactamente, como forma transitoria hacia el socialismo, la dictadura proletaria. Esta dictadura tiene sus expresiones más dialécticas y creadoras en una serie de normas más o menos violentas, aunque racionales, que pueden resumirse en la conocida fórmula del comunismo empírico o primitivo, que dice: "De cada cual, según sus aptitudes; a cada uno, según sus necesidades". De este modo, el reparto social de los medios materiales de existencia, —puesto que es de esto de lo que venimos hablando—, debe hacerse y se hace, por ahora, según el rendimiento del trabajo de cada individuo y según las necesidades peculiares a cada género de trabajo y a su volumen. El método, como se ve, excluye la idea de igualdad absoluta de los salarios. De aquí la jerarquía de éstos y la jerarquía del *standard of life*.

¿ES JUSTA ESTA JERARQUÍA?

Ahora bien ¿es justa esta jerarquía? ¿Es justa en su fundamento técnico y en su realización práctica? Hé aquí compañeros, una pregunta grave y que interesa al mundo entero. La burguesía, tanto como las masas laboriosas de todos los países, no cesan de inquirir a este respecto, a los viajeros que visitan Rusia. Nosotros lo sabemos de sobra. Por eso, conviene detenerse en lo posible en la cuestión.

Nuestra jerarquía del *standard* de vida es justa, porque representa la fórmula más exacta y racional de equilibrio entre las necesidades de la producción y las posibilidades del consumo.

Esta fórmula consiste en no descuidar ni las necesidades inmediatas de la acumulación socialista de capital, ni las necesidades diarias y materia-

les de existencia del trabajador, que, a la postre, no son más que necesidades mediatas e indirectas de aquella misma acumulación, como veremos luego. Cualquier aumento o disminución de los salarios o cualquier arbitrariedad en la atribución de éstos entre los diferentes trabajadores, —más allá de esa línea de equilibrio o fuera de su recta posición— marcarían un daño y peligro para el orden revolucionario de nuestra economía. Esto quiere decir que, si bien es cierto que en el interés constructivo de nuestra sociedad revolucionaria está atender a los gastos, que exige la actual edificación socialista, también es cierto que hay que rodear al trabajador de un confort de vida material máximo, que le permita producir también lo máximo, sin menoscabar su salud ni la de la especie, que la sociedad se interesa, asimismo, en garantizar e incrementar, por los mismos motivos económicos y revolucionarios que la mueven a procurar aquel confort a cada obrero. El criterio que seguimos para determinar el monto de la reaccumulación socialista, es el de no ir más allá de lo que nos deja la renta nacional, después de atender a la mejora e incremento de los medios materiales de existencia del trabajador. Se suele repetir en el extranjero que para realizar el Plan Quinquenal, los trabajadores rusos han reducido sus medios de vida a una penuria extrema. Esto, como vosotros estáis viéndolo, es completamente falso. Por el contrario, el Soviet cuida y vigila que, por ningún motivo, así fuesen motivos de Estado, se atente, ni de lejos, contra el minimum de confort necesario a la salud y bienestar de los trabajadores. Lo único que sucede en lo del Plan

Quinquenal, es que los obreros erogán, espontáneamente y conforme a sus posibilidades, una cuota mensual que, además, no puede rebasar un cierto límite racional, impuesto por el Estado. Es esta erogación la que en el extranjero se confunde, consciente y tendenciosamente, con la idea de impuesto obligatorio, que reduce a las masas a una hambruna permanente y organizada.

“En el sistema capitalista, donde domina el interés privado del patrón, aumentar racionalmente el salario, o nivelarlo equitativamente entre los obreros, siguiendo la productividad auténtica de cada uno, equivale a una pérdida de dinero para el capitalista, pues se trata entonces de un desembolso improductivo para la empresa. ¿Qué los salarios bajos, o arbitraria y desigualmente establecidos, determinan la miseria, las enfermedades y el aniquilamiento de los trabajadores y sus hijos? ¿Y que pierde con ello el patrón? Obreros sanos y aptos para ponerse a su servicio, sobran en el mercado del trabajo. Mas en Rusia, la inferioridad caprichosa de los salarios o los salarios establecidos arbitrariamente, —altos para los que rinden menos y bajos para los que rinden más— significarían, por el contrario, una pérdida o desastre económico evidente para el Soviet. ¿Por qué? Porque entre nosotros se trata de una economía colectiva y organizada, que abarca la totalidad de trabajadores del país, y en su interés está, como ya he dicho, salvaguardar, —como fuentes vivas que son de energía creadora de riqueza—, la vida y la salud de todos los obreros. De otro lado, ¿Sobre quién caería en Rusia el peso muerto, —miseria, mendicidad, en-

fermedades— de un sector obrero así destruido por semejante explotación? Como no hay más propietarios ni más capitalista que el Estado, sería éste, —esto es la misma sociedad— el que soporte el peso. En el sistema capitalista, el patrón responsable se lava las manos en mil expedientes de impunidad absoluta. A lo sumo, se escuda en una farsa de seguros sociales que, como la instituida últimamente en Francia, lejos de costarle algo a la empresa, sale ésta, más bien ganando; ella o el Estado que, para el caso, son un solo y mismo interesado.

“Así, pues, la estricta justicia en que se basa la jerarquía económica en Rusia, es cuestión de pérdida o ganancia práctica y hasta de vida o muerte para nuestra producción. Un kopek de más que se añade racionalmente al salario de una mano de obra, es dinero efectivo que gana nuestra economía y no que pierde. Por el contrario, rebajarle arbitrariamente un kopek a ese salario, es dinero que pierde la economía revolucionaria y no que gana. Del mismo modo, dentro de la organización racional y sintética de nuestra producción, pagar más al que rinde menos y pagar menos al que rinde más equivale a una doble pérdida, —efectiva e innegable—, para la economía colectiva. Esto, me parece, compañeros, que es de una claridad y evidencia meridianas.

—Una objeción, —exclama, precisamente, un viejo mano de obra, que sigue con gran atención las conversaciones—. El Soviet hará quizá un día lo que hacen los patrones burgueses. Dicen que hay millones de desocupados en el extranjero. No

tiene sino que engancharlos para Rusia, después de explotarnos a nosotros y reducirnos a la ruina.

El bolchevique contesta:

—¿Por qué dices eso compañero? ¿Es que el Soviet explota acaso a los trabajadores?

—No, —dice el obrero—, No digo que nos explota. Pero quizá lo haga algún día.

Entonces el bolchevique y otros obreros entran a propósito de lo que dice el viejo mano de obra, en largas explicaciones. El Secretario del Partido añade:

—Un día se establecerá la dictadura proletaria universal, el Soviet mundial. Todos los trabajadores del universo se gobernarán a sí mismos. En el interés del Soviet mundial estará cuidar la vida y la salud de cada obrero. Si se enferma uno, será una pérdida que no habrá cómo se rescate la economía colectiva. ¿Con qué otro obrero se le podrá reemplazar, cuándo todos estén ocupados, como ocurre ahora en Rusia?

JERARQUIA ECONOMICA CAPITALISTA

El social-demócrata austriaco observa:

—Pienso que la jerarquía económica soviética no tiene nada de nuevo ni de revolucionario. Su simple existencia denota que en Rusia se sigue, en esta cuestión, por el mismo camino de los países capitalistas. Pagar a cada uno, según lo que produce, es lo que se hace y se ha hecho siempre, desde que existe el capitalismo. El que trabaja más, gana más. Esta es una fórmula tan vieja como la burguesía. ¿Para esto se ha hecho tanto ruido bolchevique en el mundo?

Un *udárniki* replica.

—Falso. Pagar a cada uno, según lo que produce, es lo que no se hace, ni se ha hecho nunca en la historia de la humanidad. El capitalismo hace, precisamente, todo lo contrario: paga más

al que produce y trabaja menos y viceversa. ¿Quiénes disfrutan de una gran vida, —residencias lujosas, comidas succulentas, seda, brillantes automóviles? Los que no hacen nada, —patrones y todos sus hijos, o los que apenas hacen algo, —banqueros, diputados, etc. ¿Quiénes viven en la miseria: tuberculosos, desnudos, arrumados como ganados o peor, en pocilgas insalubres? Los que lo hacen todo y trabajan día y noche, como animales o máquinas: los obreros. ¿No es ésta la verdad? ¿Digo acaso lo que no es cierto?

Otro *udárniki* añade:

—En Rusia, sí. A cada trabajador se le paga según lo que produce. Si los técnicos y los ingenieros, ganan más, es porque producen más. Ésta es la pura realidad. ¿Por qué negarla? Decir que ellos producen menos que un picapedrero, por ejemplo, sería una injusticia y una cosa que no es cierta.

Yo les observo entonces:

—¿Y en los Estados Unidos? Ahí está un país donde, en verdad, se paga a cada cual según su trabajo o rendimiento. Los patrones trabajan casi siempre más que los obreros.

—Eso es cierto, sólo en pequeña parte, —aduce el bolchevique—. No todos los patrones trabajan y raro es el caso del patrón que trabaja más que el obrero. De otra parte, los trabajadores se hallan muy lejos de ser remunerados en proporción a la productividad de cada uno, excepción hecha de los sectores burocráticos del proletariado y de la Unión Americana del Trabajo. Por último olvidáis una cosa y es la segunda parte de la fórmula: a cada cual, según sus necesidades.

Esta segunda parte es, respecto de la primera, como el reverso de una misma medalla. No se las puede separar. Forman un todo para organizar el criterio de estimación de los salarios. Cuando se va a cotizar o evaluar el rendimiento de un obrero, se tiene en cuenta el índice objetivo de un trabajo, o sea el resultado social de su esfuerzo productor y, al propio tiempo, las condiciones en que ha operado el obrero al desarrollar su trabajo. Estas condiciones son las que constituyen las necesidades del trabajador. En verdad, la segunda parte de la fórmula, debería ser más precisa, terminando así: según las necesidades (léase condiciones) de su trabajo.

“Expliquémonos. No todos los géneros de trabajo exigen idénticas condiciones para realizarlos. Los hay que son difíciles y las condiciones deben entonces ser mejores, es decir, más favorables y propicias a la realización de ese trabajo. El productor necesita alimentarse mejor, dormir más, un juego alternativo de actividades y reposos especial, en fin, una serie de medios materiales de existencia más o menos escogidos, superiores y costosos. Si su salario real no se halla así equilibrado, su rendimiento disminuye o se anula totalmente. En otros casos, puede, por algún tiempo, seguir el trabajador produciendo lo mismo, pero con grave peligro para su salud. Pues bien: en Rusia, estas circunstancias entran en la fijación de los salarios, en un porcentaje que varía, según otros puntos de vista y factores económicos de cada caso y de cada momento de la producción. Cuanto más complejas y costosas son las condiciones necesarias a la realización de una labor, el

salario y, con éste, los medios materiales de existencia acordados al trabajador, son mayores y más escogidos. En esta graduación, el trabajo de los técnicos y de los ingenieros ocupa, en general, la escala superior. Les siguen inmediatamente los obreros especialistas y calificados.

“El fundamento técnico de nuestra jerarquía económica, tal como acabo de esbozarlo a la ligera, es, a todas luces, de una justicia evidente. Llegamos ahora al segundo punto de la cuestión: la realización práctica del sistema.

LA CUESTION DE LOS SALARIOS

Interrumpo al bolchevique:

—Se ha acusado al Comité Central de demagogia, en la cuestión de los salarios. A la base técnica de que acaba usted de hablar, hay que añadir una base política, según la cual la escala de salarios favorece a los sectores de base del proletariado. He hablado al respecto con muchos obreros especialistas y me dicen que de nada sirve aprender y estudiar una especialización, desde el momento que es la mano de obra la que, en resumidas cuentas, gana más y vive mejor.

—¡Edificante contradicción! —exclama el mecánico—. Primero se dice que en Rusia viven muy bien la burocracia y los técnicos y que es el pobre *mujik* el que vive miserablemente y explotado. Y ahora se dice lo contrario: que el *mujik*, o sea el

obrero de base, gana, en buena cuenta y relativamente, más que los trabajadores calificados. ¿En qué quedamos? Esto prueba simplemente que todo cuanto se murmura en los círculos capitalistas del extranjero, no pasa de antojadizas suposiciones, buenas para envolver a los intonsos. No hay más que atenerse a lo que uno ve por sus propios ojos.

—Pues bien, —le respondo—. Lo que veo actualmente en Rusia es francamente contradictorio. De un lado, advierto que las esferas técnicas y calificadas viven mejor que los trabajadores de base. De otro lado, oigo frecuentemente a los obreros especialistas quejarse de que la fijación de los salarios favorece con exceso a la infra-estructura. Yo también me pregunto: ¿En qué quedamos?

La obrera electricista me dice:

—Quedamos, compañero, en que la realidad está en medio de ambos datos.

—Es cierto, —añade el bolchevique—, que ha habido en otra época mucha política en la cuestión de los salarios. Era una táctica que correspondía con justeza a otras condiciones. Mas ahora, el criterio técnico o económico de que acabo de hablar, rige cada día con mayor rigor en la escala del *standard of life* soviético. En cuanto a su realización práctica, se cometen, por desgracia, muchos yerros y vicios. En este punto, nuestras organizaciones de estadística, de control y de informes, así como el mecanismo sindical, tienen muchas lagunas. Pero es aquí, compañero, donde la vigilancia de nuestro Partido se deja sentir enérgicamente. Falta o error que se comete es co-

regido al punto y, de haber en ello responsables, la sanción es de una severidad implacable. El viejo mano de obra dice:

—Yo trabajaba, hace algunas semanas, con un mozalbete en el mismo trabajo: el transporte en autorriel de limalla en los talleres. El muchacho aprendió, en sus horas libres, un oficio fácil en la reparación de ruedas. De dos rublos y medio que ganábamos al día, gana ahora cuatro rublos. Yo he visto lo que hace en su nuevo trabajo. ¡Nada! Una bicoca. Antes trabajaba más. ¿Por qué se le paga entonces más?

—Porque ha estudiado y sabe ahora trabajar más que tú, le responden a la vez varios obreros. Mientras tú dormías, él desvelaba y estudiaba. Es natural que tenga derecho a un rublo y medio más. Por otra parte, lo que hoy ejecuta es más importante y pesa más en la producción general, que lo que antes hacía al igual que tú.

El mano de obra no opina lo mismo. Le dicen:

—¿Por qué no haces tú lo propio que ese muchacho? ¿Por qué no estudias y aprendes una especialidad?

—Porque, sencillamente, no puedo. Al fin de mi tarea, me quedo muy cansado. Me duelen las espaldas. ¡Mi edad!

—¿Qué dice el médico? —le interroga el bolchevique? ¿Cuándo te ha examinado?

—La semana pasada. Dice que no es nada de consideración. Dice que me está observando y que si sigo así, pedirá que se me envíe a pasar el invierno al Cáucaso.

¿STANDARD SOCIALISTA Y STANDARD SOCIALISTA?

Mi compañero de reportaje, el austriaco, dice:

—En fin de cuentas, vuestra *standardización socialista* o, si queréis, vuestra *igualdad standard*, no me convence. En mi concepto, vuestro régimen no es ni *standardización*, ni *socialismo*. Ved el caso de estos dos hombres: el muchacho y el viejo. El uno tiene lo que no tiene el otro. Son económicamente desiguales. Esto es lo único que yo constato.

El secretario del Sindicato responde:

—Ordenemos el debate. ¿El proceso de *standardización* es un hecho en Rusia o no lo es? Si lo es ¿Por qué? ¿Cómo se evidencia este proceso? Porque, entre todos los tipos de confort material, domina uno, que se ha difundido y sigue difun-

diéndose en todas las capas del proletariado y en todas las zonas del país. La misma vivienda, los mismos muebles, la misma alimentación, el mismo traje, etc. La producción en grande, —que es ya uno de los rasgos característicos de la economía soviética— hace posible y, al propio tiempo necesaria tal *standardización*. Es cierto que ésta no es completa en extensión y que hay muchas regiones a donde aún no ha llegado ese tipo de confort medio. Esto obedece, como se dijo al principio, a la insuficiencia de nuestra producción de artículos y medios materiales de existencia para abastecer una población y un territorio tan grandes.

—¿Por qué no importáis esos productos? —pregunta el social-demócrata.

—Porque costarían mucho, y, en estos momentos, preferimos vivir modestamente, pero capitalizar y desenvolver a fondo nuestra economía. Esta es una dificultad, ciertamente, pasajera. La venceremos pronto, quizá antes de dos o tres años. La hemos resuelto ya en gran parte. Mas queda otra dificultad: la dificultad vertical. Quiero con esto decir que no todos los trabajadores merecen, de modo absoluto y riguroso, el mismo *standard of life* indicado, puesto que los hay que trabajan más y rinden más. La *standardización* contiene, por consiguiente, una cierta jerarquía, que aunque no se traduce por grandes diferencias entre los trabajadores, no es menos evidente e importante. Ahora bien: esta *standardización* jerárquica ¿es capitalista, como a primera vista podría creerse, o es socialista? Respuesta: es, de una sola pieza, socialista. ¿Por qué? Porque ella re-

posa en un justo equilibrio entre las necesidades de la producción y las posibilidades del consumo. Ya hemos dicho que cualquier desvío en la fijación de los salarios, —favorable o desfavorable a los trabajadores—, entrañaría la ruptura de ese equilibrio y el fracaso de la revolución.

—¿Lo mismo, exactamente lo mismo sucede en el sistema capitalista, —arguye el austríaco—. El patrón procede de la misma manera en su fábrica.

—No, —dice el Secretario del Sindicato—. El patrón sólo atiende al aumento de su capital, por todos los medios. Lo posee un furioso apetito de acumular millones sobre millones. En los últimos tiempos, el capitalismo ha ofrecido al mundo ejemplos fantásticos de empresas que, en cuatro o seis años, han centuplicado su capital, llegando a cifras desenfrenadas. El tipo del patrón que busca los millones por los millones y no ya por gozar personalmente de ellos, sino por el placer deportivo o vicio del *building* de oro y de las fábricas gigantescas, nos lo han dado los Estados Unidos. Es un producto representativo de la última etapa del capitalismo: del imperialismo. Y lo son, porque semejante desequilibrio entre una excesiva plusvalía y un sistema miserable de salarios desembocando a una superproducción desatentada e inexorable y a un *stockage* de productos sin salida, termina en la crisis económica mundial de estos momentos, que marca irremediabilmente el ocaso del capitalismo.

CONTRADICCIÓN Y JUSTICIA DIALECTICA

—Muy bien —le digo yo—. ¿Pero en Rusia se cree sinceramente que semejante jerarquía económica motivada por la diferencia de rendimiento de los diversos trabajadores soviéticos, es justo y debe perpetuarse? ¿El caso de este viejo mano de obra y del otro que ha aprendido un oficio? ¿responde, según nosotros, a un principio de estricta justicia y, en caso contrario, no hay manera de remediarlo? Porque nadie puede negar que el uno es más favorecido que el otro y que, en rigor, no disfrutan de la igualdad económica.

El trabajador soviético me dice:

—La actual jerarquía económica rusa es, como queda demostrado, justa y de una justicia estricta. Se trata de un *standard* de vida organizado

y repartido con sujeción absoluta al rendimiento y necesidades de cada trabajador. Sin embargo, la diferencia misma del rendimiento y de las necesidades de los diversos obreros, constituye, en otro plano y vista de manera más profunda y radical, una injusticia innegable. La diferencia económica entre el viejo mano de obra y el muchacho que ha aprendido un oficio es, evidentemente, una injusticia que no debe perpetuarse. En efecto: ¿Qué culpa tiene el mano de obra de no poseer un oficio y de no poder, —por enfermedad, vejez o incapacidad de otro género—, aprenderlo? ¿Por qué ha de estar condenado el uno a disfrutar de un confort como 60 y el otro de un confort como 80 y otros aún como 100? Sin duda, nos hallamos realmente ante una injusticia económica y una desigualdad clamorosa. ¿Qué hacer? ¿Puede o no puede la revolución suprimir una tal desigualdad?

—Si no me equivoco, —aduce el social-demócrata vienés—, el compañero que habla está en contradicción consigo mismo. Primero dice que la actual jerarquía económica rusa es estricta justicia y ahora dice que hay en ella una injusticia clamorosa.

—En verdad, se trata de una contradicción, pero de una contradicción dialéctica, es decir, de una contradicción en movimiento y en marcha hacia una solución. Es una contradicción provisoria. La justicia económica actual del Soviet es momentánea y únicamente consiste en la exacta repartición de los medios materiales de existencia, según la productividad y las necesidades de cada trabajador. Nuestra justicia actual no va más allá.

No va hasta nivelar las fuerzas productivas de todos los individuos, ni sus necesidades y apetitos. Esta es empresa imposible, aparte de ser atentatoria del orden social futuro, que contrariamente a lo que piensan algunos sociólogos simplistas, no se basará en la igualdad de las fuerzas productivas de los trabajadores, ni en la igualdad de sus necesidades, sino, justamente, en la desigualdad y diferencia de unas y otras. La igualdad económica rigurosa, que deberá producirse sin tener en cuenta el rendimiento de cada uno, ni sus necesidades, sólo será posible con la abundancia de los medios materiales de existencia. Cuando la producción pueda abastecer con creces las necesidades universales del consumo, entonces desaparecerá la jornada de trabajo, el salario, el control del rendimiento y del consumo, en una palabra, todo el aparato actual de la administración económica colectiva. La fórmula de "De cada uno, según sus aptitudes y a cada uno, según sus necesidades", también perderá su vigencia. Será entonces automática la justicia económica o exacta distribución de los trabajos y los placeres. El Estado desaparecerá. Todo el secreto de la justicia absoluta del porvenir, reside en la abundancia universal de los productos.

—¿Y el trabajo? Si nadie lo controla, cada cual hará lo que quiera y, como la tendencia humana es la pereza, nadie querrá trabajar. —argumentó timidamente—. Y lo propio ocurrirá con el consumo. Si no es controlado, unos tomarán más productos que otros. Será la vuelta del reinado del más fuerte.

El Secretario del Sindicato Minero contesta:

—Todo será cuestión de educación. El trabajo se convertirá en una necesidad. ¿No lo es ya en la actualidad, para muchas personas? El consumo tendrá, asimismo, su medida en el límite de las necesidades de cada cual. La glotonería, el acaparamiento, son defectos de educación. Hoy mismo, hay muchas personas que son sobrias y parcas en la satisfacción de sus necesidades y apetitos. Cualquier exceso les repugna y les hace daño. De otro lado, es evidente que se acapara únicamente cuando hay la perspectiva de escasez. Mas, ya he dicho, el socialismo sólo será posible por la abundancia de los productos. ¿Qué nunca se podrá llegar a semejante abundancia universal? ¿Por qué no? Ahora mismo, ¿no estamos asistiendo a un exceso de producción mundial del capitalismo? ¿No estamos viendo que hay tanto trigo, azúcar, café, etc. que los propietarios de los *stocks* se ven obligados a arrojarlos al mar? Un día vendrá en que se producirá más todavía, pero no para arrojarlo al mar, mientras perecen de hambre millones de trabajadores y sus familias, sino para dejar abiertos los depósitos al primer transeúnte que tiene hambre. Esa será la sociedad socialista. Esa será la verdadera igualdad socialista, —igualdad ante el derecho a disponer de los bienes universales. Esa será la meta final de la revolución proletaria, el socialismo auténtico y definitivo.

I I I

El tren se hunde en la oscuridad de la noche, lentamente. La política ferroviaria soviética no ha acabado aún de reorganizar el ramo de transportes de la época zarista. Muchas dificultades y fracasos industriales y agrícolas del régimen, obedecen a defectuoso funcionamiento de los ferrocarriles. Las observaciones de Kausky, a este respecto, son, en gran parte, fundadas. Hay que esperar del segundo Plan Quinquenal, la solución completa del problema, como lo ha planteado, por lo demás, el propio *Gozplan*, desde hace tiempo. La cuestión, desde luego, es compleja. Se relacionan con ella otras tantas relativas a la industria de combustibles y a la metalurgia. Fácilmente se comprende, por eso, el que ella haya recibido hasta ahora un impulso restringido, que con

todo y vistos sus resultados en conjunto, marca un importante avance en este ramo.

Avanzamos a través de tierras caucasicas, en dirección del sur y a la margen izquierda del Don. Al amanecer, el terreno es negro, salpicado, a grandes trechos, de pequeñas aldeas o de *itzbas* solitarias. Es la estepa del Cáucaso septentrional. A medida que clarea el día, la negrura del terreno se acentúa y se extiende hasta perderse en el horizonte: es el *hummus* fecundo, la sustancia nutricia del espléndido trigo de estas tierras. El espectáculo es extraordinario. Se trata de una extensión totalmente negra, al infinito. Todo el panorama es una sola llanura oscura, sin fraccionamientos ni parcelaciones. La estepa ofrece dos particularidades: es totalmente negra y forma un solo cuerpo agrario, un solo cultivo inmenso incabable. ¡Una tierra tan rica y tan extensa, integrando una sola sementera! Acaban de sembrarla. ¿A quién pertenece? A la colectividad, a todos. Es un *kolkhoz*. Es el comunismo realizado en la agricultura. Ciertamente, en las pampas de la Argentina y en las de Australia, en los llanos del Canadá y de los Estados Unidos, existen también sementeras tan fértiles y de una sola pieza, como ésta que tenemos a la vista. Pero hay una diferencia: las de aquellos países, son propiedades privadas, dominios de un solo hombre, de una familia o de una compañía, mientras que la de aquí es dominio social, propiedad colectiva de todos y para todos. ¿Una regresión al comunismo primitivo y pre-clasista? No. El comunismo agrario ruso se basa en un nuevo factor social: la máquina, y es post-clasista. De aquí que, mientras a-

qué era imperfecto y condenado a desaparecer, por ser contrario a los intereses de la humanidad y al movimiento dialéctico de la historia, éste de hoy está dentro de este movimiento y es, por eso, científico y perfecto y porque responde a las necesidades e intereses universales de la sociedad. Sin la máquina, la producción en grande, la abundancia de toda suerte de productos, son imposibles y sin esta abundancia, el comunismo o socialismo es, a su turno, imposible.

Más allá, la tierra es verde. La siembra está aquí más adelantada. Pero el espectáculo es el mismo de antes: una sola sementera verde, hasta perderse de vista. Otro predio colectivo. Cada cultivo mide cientos de hectáreas. Los hay que, para atravesarlos, hay que recorrer cien kilómetros de ferrocarril. Las *itzbas* son, en su mayoría, nuevas, construídas por el Soviet. Sus muros son grises y están construídos de sólido material: piedra, ladrillo y cemento, bajo techos de calamina roja o gris, mientras que las antiguas *itzbas* eran de maguey, barro y paja. Mientras se edifican casas colectivas y se fundan las ciudades socialistas, desde los cimientos, ha sido necesario reemplazar las chozas miserables del zarismo, por viviendas más o menos habitables, higiénicas y con relativas comodidades. En particular, las nuevas *itzbas* están preservadas del frío y las emanaciones, por cimientos altos e impermeables. La vivienda antigua aparece enterrada en el barro y en el agua.

Pocos árboles. Apenas algunos en cada aldea de los tiempos zaristas. La época de una aldea se discierne, desde el tren y a distancia, por un raquíto arbolado y por una iglesia bizantina.

En las nuevas aldeas provisorias del Soviet, el árbol es una concepción arbitraria y artificial en tierras cuya virtud productiva por excelencia, la constituye, como he dicho, el *hummus*, es decir, tierras de cereales por excelencia. En cuanto a las iglesias, el movimiento atea las ha desterrado radicalmente del burgo revolucionario. Pocas rutas para carros. En torno a las líneas férreas, se ven numerosos caminos de herradura, que a juzgar por su aspecto, datan de los años del Zar. El automóvil y el camión, la troika y la carreta; son raros. En el primer Plan Quinquenal domina el tractor. Primero, se siembra y se cosecha; luego, se transporta. Hé aquí también otra de las razones técnicas, por la cual el Soviet no ha prestado mayor atención hasta ahora a la política ferroviaria.

De cuando en cuando, tropas de ganado lanar y vacuno. En general, la estepa ya sembrada aparece desierta. Salvo algunos *mujiks*, —en su mayoría hombres—, que por momentos se les ve avanzar lentamente por las estrechas sendas, la desolación del país es impresionante. ¿Máquinas? Apenas los rastros, en las estaciones y los villorrios, donde bajo cobertizos o a través de las rúas cenagosas, percute uno que otro motor o forja somnoliente. Estamos en el corazón de un agro puramente vegetal. Se ha dejado a la tierra operar y fecundarse, —con el grano en sus entrañas—, en una como recóndita y sagrada libertad. La máquina tiene sus horas. Ya volverá el tractor, siguiendo el ritmo de las nubes y del sol y las necesidades del cultivo.

Sin embargo, el viajero tiene la impresión constante de que a través de este llano caucasiaco, se desenvuelve una actividad prodigiosa, de la que la máquina es el eje central y animador. Hay trenes de carga, que cruzan el país en diversas direcciones. Menudean depósitos de carros y furgones, con material en madera, ladrillos, hierro, barriles de cemento. Los propios campesinos y los caballos que tiran angostas y bajas carretuelas, parecen moverse obedeciendo al impulso de un sistema de mecánica invisible. No es éste, ciertamente, el campo patriarcal, en el que la vida y los trabajos del labriego van a la deriva y ciegame, ni el agro burgués donde éstos discurren a la fuerza y encabritándose. El campo ruso ha sido, en su mayor parte, organizado en grandes síntesis mecánicas: el *kolkhoz* y el *sovkoz*, lo que quiere decir, en otros términos, primero: que los *mujiks* viven y trabajan ahora ajustándose a un ritmo consciente y espontáneo o, al menos, con sentido racionalmente y en vista de un fin cooperativo práctico, y segundo: que éste ritmo está determinado por una forma de producción completamente nueva y eminentemente colectiva: el motocultivo, que es la que da cadencia orgánica, concéntrica y regular a las faenas cotidianas. Es así cómo, recorriendo los campos colectivizados del Soviet, se siente que una gran obra germina en ellos, obra cuya síntesis viviente e indefinible, rebasa la percepción material y cuyas partes y elementos constitutivos bullen en torno, movidos por el soplo tácito y creador de una maravillosa organización mecánica de la tierra. Se siente que todo se agita, visible o subterráneamente, alre-

dedor del empeño socialista. Aquí las cosas, los hombres, los animales, el aire, los ríos, las plantas, el horizonte, son más existencias o entidades fraccionales, que entidades completas. Nada está aquí entero. Todo es una parte de algo global y arquitectónico, que es la masa. Yo sé que ese campesino barbado que está en la estación esperando el tren, con una especie de baúl de madera en la mano, está pensando a la sazón y obrando, no por cuenta propia e independiente, sino por cuenta de un *kolkhoz* o de un *sovkoz*. Y así con la bestia que pasa, con el carro que chirria en los charcos, con el trigo que nace y con la lluvia que amenaza. ¿Sería posible esta colectividad plural, en torno a una idea y a un interés solidarios, sin el cultivo en grande, hijo de la máquina? Ciertamente, en el comienzo fué la faena rural cooperativa sin la máquina. Pero las condiciones objetivas de la vida económica han evolucionado y, con ellas, las necesidades sociales. La vuelta regresiva a la comuna primitiva, representaría actualmente una pérdida incalculable, aún comparada aquélla con las cifras de la producción agrícola capitalista. Aceptada la necesidad racional y científica de colectivizar el campo, ella no puede ser posible sino a base del tractor.

A veces, alcanzamos a ver junto a las *itzbas* aisladas o en las callejuelas de los burgos apacibles, gallinas y otros animales de corral. En ocasiones, es un caballo amarrado a la puerta o una oveja que pasta solitaria. Todos estos animales son propiedad privada del *mujik*. La colectivización se detiene en cuanto, de una u otra manera, está vinculada en pequeño y casi sentimentalmen-

te a la existencia diaria del campesino. En idéntica condición se encuentran las elementales y aisladas herramientas domésticas y hortelanas, los objetos y útiles del pequeño artesano, el menaje, el jardín, etc., etc.

Hacia el mediodía, atravesamos terrenos incultos, con vegetaciones de arbustos desmedrados. ¿Es acaso una tierra estéril, ante cuya irremediable pobreza recula la agronomía socialista? No. La ciencia y, señaladamente, la ciencia organizada del Soviet, convertirá el yermo en gleba feraz y productiva. Ante los medios crecientes del cultivo intensivo, no hay o no habrá terreno árido en el mundo. Y la mayor envergadura productiva de ese cultivo, se obtendrá por la socialización mecánica del agro.

He aquí una ciudad nueva, cuyos orígenes datan apenas de 1929: "Tzernogrado", en la región del Kalmuk. Es una ciudad radical y totalmente socialista. El trabajo, los oficios, los medios materiales de existencia, la vida diaria, todo es en "Tzernogrado", socialista. Este burgo es en la agricultura colectivizada, lo que Donetz en la industria soviética: un tipo inédito de ciudad, el que realiza francamente el socialismo. A las características socialistas, observadas en los burgos del Donetz y que son intrínsecas a "Tzernogrado" y demás ciudades creadas por la colectivización agraria, hay que añadir otra, de mucha importancia para redondear la nueva fisonomía de la vida rusa, correspondiente a la actual etapa del socialismo en construcción. Esta característica consiste en la desaparición acelerada de toda frontera social entre el campo y la ciudad. Naturalmente, el

proceso se ha iniciado y cobra toda su amplitud con la colectivización agrícola. En cuanto al resto del país, relegado todavía al cultivo parcelado e individual, la distancia histórica y social entre la vida rural y la vida ciudadana mide aún un abismo.

¿Cómo se está borrando esa frontera? Haciendo participar a los campesinos y a los habitantes de la ciudad, de idénticas formas de existencia social. La máquina, ya por sí sola, suscita en unos y otros un sentido semejante del trabajo, de la producción y del consumo. Políticamente, el Partido introduce una misma disciplina cívica y el sindicato acaba de generalizar, en materia clasista, un propio interés económico. El resto lo hacen las normas cotidianas de existencia material y cultural, derivadas de las disciplinas anteriores: el trabajo solidario y en común, las distracciones *standardizadas*, las ideas concéntricas, la igualdad de fines y aspiraciones, en fin, la esencia socialista de todo acto individual. Fuerzas, tendencias comunes y semejantes, que están servidas por una serie de medios e instituciones, que son los mismos en el campo y la ciudad: los clubs obreros, los círculos campesinos, los teatros y cinemas, la radio, las escuelas e instituto, la biblioteca y los estadios deportivos, etc. En el campo se dan las mismas obras teatrales y cinematográficas que en la ciudad; se leen los mismos libros y periódicos; se discuten y se abordan los mismos temas y problemas; se practican los mismos juegos deportivos, se oye la misma música y se recibe las mismas noticias. Por último, un grado semejante de confort y salubridad acaba de disipar las últimas barreras.

Es sabido que son dos las principales dificultades para que los campesinos y los habitantes de la ciudad ocupen idéntico plano de vida social: la deficiencia de productos, que no permite hacer llegar a los campesinos los medios de vida ciudadana, de un lado, y del otro, la ausencia en el trabajo y la producción rural, de la técnica mecánica que preside el trabajo y la producción industrial de las ciudades. Habiendo empezado a allanarse ambas dificultades en Rusia, con la motocultura y la producción vertiginosa de productos de consumo, la electricidad, entre ellos, el agro y el burgo se están solidarizando rápidamente.

Pero aclaremos este punto. La socialización del campo y la ciudad en un mismo pie de vida material y moral o, en otros términos, la desaparición de toda frontera o desigualdad social entre ambos, no equivale a la identificación de estos sectores colectivos. Uno y otro siguen guardando, —hasta nueva orden—, su género peculiar de actividad social. Empezando por el trabajo y la producción, la diferencia no desaparece. Así, por ejemplo, existe la biblioteca exclusivamente agronómica y la biblioteca exclusivamente minera o textil o metalúrgica y existen los intereses específicos de la vida rural y el deporte escogido o orientado según las necesidades del trabajo y la vida ciudadana y así sucesivamente. Todo lo que hay es una igualdad social de los medios y factores también sociales de existencia. En cuanto a la técnica y demás formas de producción económica, se trata únicamente de un comienzo de igualdad entre ambas zonas. La frontera, en este aspecto, irá desapareciendo poco a poco.

He estado en un *sovkoz* del Cáucaso del norte, que ha dado origen y circunda a la ciudad socialista de Tzernogrado.

La población campesina, que trabaja en este *sovkoz*, vive en Tzernogrado. Es una población de unos diez mil habitantes.

El *sovkoz* nació entre 1928 y 1929 y la primera siembra se hizo en 1929. Las tierras que lo integran, fueron antes de propiedad particular de una docena de *kulaks*, que han abandonado la región y de los que apenas quedan unos cuantos. El *sovkoz* mide alrededor de ciento veinte mil hectáreas de extensión. Hoy pertenece todo este inmenso terreno al Soviet y en él se ha implantado el motocultivo o sea el cultivo en grande y por la máquina y, al propio tiempo, una estación experimental agronómica, destinada a las investigaciones de laboratorio de esta industria. También hay un instituto modelo, integrado por 80% de estudiantes comunistas; 14% de *komsomols* y 6% sin partido. Los profesores de esta escuela son, en su mayoría, prácticos que trabajan en la sección experimental del *sovkoz*.

En esta última hay tres sectores: ensayo de la producción agrícola propiamente dicha, ensayo de las máquinas y planificación y organización de todas las actividades del *sovkoz*.

Cada distrito territorial de 8.500 hectáreas se basta para sus trabajos de explotación con unos cuantos hombres: 1 jefe, 1 ayudante, 1 mecánico, 1 herrero, 1 carpintero y 8 ó 10 tractoristas. Total: 15 trabajadores, para la siembra, el cultivo y la cosecha de 8.500 hectáreas de trigo. Esta es la primera ventaja de la mecanización de la agricul-

tura: la racionalización socialista. Sin el tractor ¿cuántos trabajadores y animales de faena serían menester? De esta manera, se puede, efectivamente, inundar de trigo el universo, en pocos años. Se dirá que idéntico volumen y el mismo ritmo de producción agrícola, podrían obtener los países capitalistas. ¿Cómo? Les falta dos elementos: predios ilimitados, que produzcan tales cifras a base de unas cuantas máquinas y, después, la organización sintética de esta producción. Resueltas estas dos condiciones aparecería una tercera dificultad, un escollo insalvable: la superproducción, es decir, el mismo fenómeno que ocurre actualmente en la industria y que responde a una de las contradicciones insolubles del sistema capitalista.

Existen en el *sovkoz* 225 bueyes, 325 vacas, 220 becerros, 2,000 carneros y 4,000 cerdos, destinados a la alimentación de la población. Este no es un *sovkoz* de cría, pues, por regla general, el cultivo y la cría se hacen en Rusia en regiones diferentes y según la geografía productiva del país.

Un renglón importante de este *sovkoz* lo constituye el diagrama de los precios de producción. En 1929, el costo por hectárea fue de 54 rublos; en 1930, de 50 y en 1931, de 51. El precio de costo por cada 50 kilos de trigo, fue en 1929, de 6 rublos; en 1930, de 4.71 y en 1931, de 3.68. Estas cifras dan una idea de la dirección del movimiento.

RUSIA ANTE EL SEGUNDO
PLAN QUINQUENAL, de Cé-
sar Vallejo, se terminó de
imprimir en los Talleres
de Editorial Gráfica LA-
BOR, Lucanas 1136, el
30 de Noviembre
de 1965.